

SENSACIONES DEL JAPON Y DE LA CHINA

ARTURO AMBROGI



PORTADA:

Detalle del dibujo alegórico a la Fábula (GUWA) llamada: CHŌZYU GIGA. La rana representa al soberano y el conejo a los súbditos.

Autor anónimo.

Arturo Ambrogi nació en San Salvador en 1875 y murió en la misma ciudad, en 1936.

Inicia muy joven su carrera literaria y en poco tiempo su capacidad creadora se muestra espléndida y fecunda. Viaja por Suramérica, Asia y Europa. De sus andanzas, publica varias obras. Conoce y tiene amistad con brillantes escritores como Leopoldo Lugones, Rubén Darío y Enrique Gómez Carrillo.

Su personalidad definida de escritor se advierte en sus crónicas y relatos, no sólo por el manejo del idioma, sino por la variedad de los temas. Al tratar lo nativo, Ambrogi señala un camino a los escritores de su país y deja magníficas páginas relativas a la vida, costumbres, paisajes y festividades salvadoreñas. Su amor por el terruño lo revela a través de su temperamento sensible e imaginativo.

"El benjamín del modernismo no sólo en El Salvador, sino también en toda América fue Arturo Ambrogi, que con un grupo de jóvenes, que le aventajaban en edad, publicaba en 1894 una revista modernista: "La Pluma". "Los jóvenes de "La Pluma" en San Salvador —decía Rubén Darío en aquel entonces— son casi niños. Ambrogi, el *enfant terrible*, tiene 16 años".

Max Henríquez Ureña.
Breve Historia del Modernismo.

Bibliografía del autor: *Cuentos y Fantasías, Máscaras, Manchas y Sensaciones, Sensaciones Crepusculares, Marginales de la vida, El tiempo que pasa, Sensaciones del Japón y de la China, El libro del Trópico, El Segundo libro del Trópico, Crónicas Marchitas,* y *El Jetón*, su obra última.

**Queda hecho el depósito
que marca la ley.**

Primera edición
Imprenta Nacional
San Salvador, 1915.

Segunda edición
Dirección General de Publicaciones
del Ministerio de Educación
San Salvador, 1963.

Tercera edición
Dirección de Publicaciones
del Ministerio de Educación
San Salvador, 1974.

Impreso en los Talleres de la
DIRECCION DE PUBLICACIONES
del Ministerio de Educación
Pasaje, Contreras, 145. San Salvador
El Salvador, Centroamérica.
1974

ARTURO AMBRÓGI

Sensaciones del Japón y de la China



MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE PUBLICACIONES
San Salvador, El Salvador, Centro América.

A

ALFONSO QUIÑONEZ M.

con verdadero afecto.

San Salvador, enero de 1915.

NOTA EDITORIAL

ESTAS Sensaciones del Japón y de la China recuerdan las páginas de Gómez Carrillo sobre el Japón heroico y galante y sus relatos sobre Shanghai.

Escritores europeos que ya habían viajado por el Oriente como Pierre Loti, Lafcadio Hearn, Rudyard Kipling y Claude Farrére, habían divulgado las rarezas, misterios y bellezas de aquellos países, despertando la imaginación y el afán viajero de los jóvenes literatos. Ambrogi no resistió la tentación y como era un espíritu inquieto y poseía, además de recursos, mente ágil, peregrinó hacia aquellos sitios exóticos, revelados por los escritores viajeros.

Cada una de estas breves crónicas de Ambrogi son magníficas estampas que participan de la gracia y la delicadeza de las de Hokusai o de Kiyonaga que él contemplara. Son deliciosas. Están llenas de colorido y movimiento, copiosas de minuciosidades y detalles, esmeradas en puntualizaciones, de tal modo que quien las lee experimenta la sensación que él deseaba transmitir en forma tan perfecta.

Ambrogi, al sólo pasar por los lugares, advierte las bellezas y fealdades de los sitios que visita, ya se trate del Yoshiwara, la Casa de Té, los lotos de la "Hanaya", calles de Tokio, ya arrobado en la contemplación de los cestos pletóricos de esas delicadas

flores o cuanto cuidado minucioso mira. Pero lo desagradable, exclama, no "puede arrebatarme a mi profundo ensueño exótico, a la estupenda embriaguez de rareza y de refinamiento arcano, que de tan lejos, he venido a buscar a estos rincones asiáticos".

La Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación al reeditar *Sensaciones del Japón y de la China*, contribuye a que en estas páginas de Ambrogi se advierta la sensibilidad, fino espíritu, buen gusto y refinamiento literario del brillante escritor salvadoreño.

ARTURO AMBROGI nació en San Salvador en 1875 y murió en dicha ciudad el 8 de noviembre de 1936.

Publicó los siguientes libros: "Cuentos y Fantasías" (1895), "Manchas, Máscaras y Sensaciones" (1901), "Sensaciones Crepusculares" (1904), "Marginales de la Vida" (1912), "El Tiempo que Pasa" (1913), "Sensaciones del Japón y de la China" (1915), "El Libro del Trópico" (1907, 1915, 1918), "El Segundo Libro del Trópico" (1916), "Crónicas Marchitas" (1916) y "El Jetón" (1936).

DOS PALABRAS

RECOJO en este pequeño libro algunas de mis sensaciones de viaje al través del Japón, la China y Cochinchina. Hubiera deseado que fuera de mayores dimensiones, para que así quedaran en él comprendidas todas; pero no me ha sido posible. Hay que resignarse a lo que las circunstancias permiten.

En un volumen posterior, que espero poder elaborar con mayor cuidado, tomándome el necesario tiempo, irán las que de éste quedan fuera. Además, para completar la obra, condensaré mis impresiones de Honolulú (Hawai). Singapur (Indo-China), Colombo y Kandy (Ceylán), Bombay (Indostán), Dibouji (Abisinia), la travesía del Mar Rojo y del Canal de Suez, y la escala en Port Said, El Cairo y Alejandría (Egipto), hasta el momento en que, cruzado el Mediterráneo, dejé en Marsella (Francia), el último de la serie de vapores que utilizara para realizar tan larga e interesante travesía.

Mientras tanto, quiera el amable lector otorgar su benevolencia al que ahora le ofrezco.

EL JAPON PINTORESCO

LA FIESTA DE LAS LINTERNAS

REGRESANDO del Yoshiwara, feérico e inolvidable, con la visión de sus esplendores todavía en la retina, y con las sutiles emanaciones de sus iris, sus glycinas y sus azaleas todavía flotando en mi cerebro. El "kuruma" trota bizarramente, por las ruidosas vecindades de Asakusa Kwannon, entre la doble hilera de tiendas iluminadas, para luego, tomando alguna calleja lóbrega y accidentada, de pavimento desigual, enfilar la orilla del Sumida-gawa. Al paso, en la oscuridad, las piedras de algún "tori", toman proporciones fantásticas. La techumbre de un templo, sombrío y misterioso entre el macizo de fúnebres cedros, recorta sus curvas y sus ángulos, con cierta borrosidad en los trazos, sobre el fondo de cielo en que las estrellas, más pequeñas que en parte alguna, aparecen apenas como un colosal desparramiento de arenillas luminosas. Negra, negra e intensa la noche, tal en el fondo de alguna estampa de Kiyomine o de Toyokuni. El "¡Hei! ¡Hei!" —agudo y repercutiente de mi "kuruma-ya", altera la plácida quietud del ambiente; y la lucecita de la linterna, pendiente del extremo de uno de los varales del vehículo, rebota, salta con él, y es su llamita vacilante y carminosa, la única nota de luz en aquellas tinieblas alarmantes. De pronto, en el horizonte, por

el lado de Mukoshima, comienza a distinguirse un reflejo rojizo, intenso como el resplandor de una hoguera, y que crece, crece, conforme nos aproximamos.

—¡Kawabiraki! —clama, volviéndose a mí, el "kuruma-ya".

La rodela negra del "manjú-kasa" se ribetea de resplandor de incendio, y en el claro-oscuro distingo sus ojitos circunflejos que centellean como los de un gato.

Es, sobre la superficie dormida del Sumidagawa, un deslumbrante desfile de "ko-bunes", de "sampanes" de "fudos" de minúsculos "shosenes" cundidos de linternas, florecidos de globos de luces, como árboles de Noel.

—¡Hokusai!

El nombre del mágico, del portentoso pintor de la vida japonesa, surge en mi memoria, apunta en mis labios.

—Sí, sí! Hokusai! Hokusai purísimo!

Y voy recordando, una a una, una tras otra, sus estampas, revisadas con entusiasmo, con paciencia y devoción, en las vitrinas del Museo de Uyeno, y en los portafolios de los comerciantes de "curios" de los tenduchos de Ginza, a un paso del Imperial, o en las grandes "shima-jinas" de Singho, en la sacratísima Kyoto.

Y tal como en Hokusai, en medio del claro-oscuro de la noche estival, es el largo, lento desfile de las "so", como ascuas, entre la música de las "biwas" y de los "shamisen", el estruendo de las risas, el vocerío estrepitoso y el estallar de los cohetes de colores y fuegos artificiales.

—¡Kawabiraki!

Todo Tokio acude a las riberas del Sumidagawa. Y del Yoshiwara, de la "Ciudad sin noche", de donde volvía, después de pasearme por entre las ringlas

de doradas jaulas casi vacías, y de las silenciosas "hikité-tchayas" de Naka-nocho, la gran arteria luminosa, las "oiranes", las "geishas", las "maikos" y los "hokanes", es decir, toda la alegría del barrio incomparable, habían volado a enriquecer con el trino de sus risas, las pulsaciones de sus "biwas" y "shamisenes", y el gorjeo de sus "tankas" y sus "utas", la desbordante alegría fluvial.

Este "sampán", en el cual un ramillete de "musumés" ríe, ríe, ríe, hasta descoyuntarse, ostenta, a todo lo largo de su mástil, entre sus negras cuerdas, apretados racimos de linternas ovaladas, todas de un uniforme tinte azul, salpicado de revoloteos de mariposas blancas. Este otro, adornado de tallos de bambú, en el que una pareja de "geishas" de "kimonos" color de hoja de té y moños prendidos de capullos de azaleas cremosas, pulsan el "shamisen", con los ojos puestos en lo profundo del firmamento, arbora linternas rojas en forma de calabazas, sin ningún realce, rojo de grana, como semillero de carbones candentes. Y en este "shosen", una honorable familia se congrega: el "chichi-oya", la "haha-oya", los "ko" de ambos sexos, una "oba", un par de "oi" y hasta un "itoko" el cual, europeizado, cree dar prestigio a su "haori" de seda plomiza, encasquetándose una prosaica gorra de ciclista. Las linternas de este "shosen" van, en doble sarta ondulante, de proa a popa, y son de un matiz violeta, esmaltadas de cigüeñas anaranjadas, unas volando, otras detenidas en una zanca, espulgándose bajo el ala; otras en grupo como si discurriesen algo. En aquel "fudo" negro, curtido por el carbón y la salmuera, hediondo a alquitrán, no hay más que una gran linterna romboidal, color de luna, pendiente de lo alto de una asta de bambú añadida al mástil; y el tripulante un "benkyoku" de los muelles, un tanto ebrio de "saké" y eructando el reciente hartazgo de

"uo" seco, "daikón" y "suski", saca de su larga corneta de papel ensordecedores sonidos, semejantes a los graznidos de los pavos. Y en aquella aglomeración de linternas que pasan, que van, que se alejan, las hay del color de la flor del cerezo, del oro viejo de las hojas de cryptomerías tocadas por los dedos del otoño, del amarillo de yema de huevo de grulla, del verde mineral de los líquenes de Uyeno, del rojo de las adormideras, del blanco marfileño de las corolas de los lotos sagrados del "Shinobazuno-ike", del tono caliente de las ciruelas maduras, del gris liviano de la nube veraniega, del cinabrio de las glycinas, de la sangre del azafrán. En fin, hay todas las notas de esa infinita, esa inclasificable gama de colores, matices y tonos que la fantasía y los pinceles japoneses pueden tan sólo concebir y copiar. Todas revueltas las linternas, enmarañados sus reflejos, deslizándose paso a paso sobre las linfas del quieto Sumida-gawa, cuyas riberas, a su vez, responden a su grito jocundo y desbordante, con la loca iluminación, las cascadas de risas y el vuelo de los cantos de sus "hikité-tchayas", improvisadas bajo los cerezos, huérfanos de flores. Y aquí también, entre los árboles desnudos, tristes y llorosos todavía de su ropaje perdido, de su manto de nieve cremosa que apenas duró el espacio de ocho días, entre los macizos rumoreantes de los bambúes, reinan en legión las linternas. Van, en cuerdas tendidas, del extremo de un mástil de madera dorada, en forma de antena, a la cima ahusada de un pino, y ésta, al remate de un "tori". Se pavonean solas en el remate de una asta, elevada sobre los techos de las casitas. Adornan, en caprichosas combinaciones, las fachadas de los "sakaya" y de las casas de té. Por todas partes están. Y todas, al brillar, parecen el reflejo de las que van, en tumulto por el río.

Cerca de mi "kuruma" que se ha detenido, pasa,

riendo y charloteando graciosamente, un grupo de "musumés". Van tomadas de las manos, de dos en dos, y cada una de ellas lleva su linterna, pendiente de su cuerda de seda del dedo pulgar, o clavada en lo alto de una vara de bambú. Algunas de ellas llevan, fajado a la espalda, al "otóto", al "señor hermano menor". Nada más gracioso que ver, asomando por sobre el hombro de la "musumé" la cabeza del diablillo en cuya cúspide el rabito de pelo se enrolla como un tirabuzón burlesco. Las "musumés" ven al "gwaikokujin-san", se detienen, se acercan, forman corro a su alrededor, y siguen riéndose, riéndose, riéndose. La risa cristalina de las "musumés" contagia a mi "kuruma-ya", al grave Nobu, quien a su vez, ríe, ríe. Su cara se llena de arrugas zigzagueantes, de pliegues perpendiculares, de hoyuelos profundos. Semeja una máscara de Koushi. Y esa viejecita comprimida que se aproxima, la carita muequeante como un "koshin"? Ríe, ríe también, mostrando una fila de dientes esmaltados de laka negra. Es una sonrisa negra de la pobre "oba". Es repulsiva. Y ese "oji" que marcha, la cabeza descubierta como japonés respetuoso de las viejas costumbres nacionales, que lleva entre sus labios su humeante "hiseru", a la cintura el abanico, y que no usa bastón como sus paisanos europeizados ¿por qué retira la pipa de sus labios, la sacude en el dorso de la mano, la coloca junto a su abanico en la cintura y viene a mí sonriendo? Y ese "musko", de la mano del "anesan", por qué se acerca, enlazando, al paso, a otro "musko", que ve con los ojos en redondo, sin atreverse a acercarse? Ríe también. Y entre las risas de todos, yo, a mi vez, río. Viendo que el pobre "gwaikokujin-san" va, solo, en su "kuruma", solo y triste, procuran sacudir su melancolía. Cuando el japonés ríe, quiere que todo el mundo ría con él. Y una de las "musumés" se acerca, y me ofrece su linterna,

junto con su más seductora sonrisa. Hace una gran reverencia, y sobre su nuca inclinada veo cómo la luz hace brillar los rizos rebeldes de su moño. Me bajo, rápido, de mi "kuruma" y hago, ante la "musumé" obsequiosa, la misma profunda reverencia, las manos abiertas y pegadas a los muslos. Tomo la linterna que me ofrece. Es de un amarillo bronce, exornada de unas cuantas peonías de un rojo marrón. Mientras tanto, las "musumés" siguen riéndose. Siguen riéndose el "oji" de la pipa, y la viejecita con la misma cara muequeante de los monos del santuario de Nikko, y los "muskos" agarrados de las manos en cómica cadena. Nobu ha vuelto a tomar los varales del "kuruma", grave nuevamente, y levantando muy alto mi linterna, parto veloz, entre la uniforme, profunda, automática genuflexión de todos aquellos amigos de un instante, los más amables, los más corteses, los más simpáticos del mundo entero.

—"Sayónara!" "Sayónara!"

Voy alejándome. Dejo Asakusa para entrar en Nihonbashi. Paso frente al Nihon Ginko. Luego Kojimachi. La alegría queda atrás. Las calles oscuras y lodosas, se suceden. Las calles de Tokio son una verdadera calamidad: sobre todo las centrales. Desfilo frente a los feudales muros, a los apestosos foses del Palacio Imperial, y frente a las sombrías arboledas de Hibiya Koen. El "kuruma" traspone una verja, entra a un jardín enarenado, y se detiene bajo una marquesina. Ante mí se inclina un "boy-san" casi tocando el suelo, y oigo una vocecita de serpiente, silbante, que murmura entre dientes:

—"Yoku irasshaimashita!"

Hemos llegado al Imperial. Mi ensueño japonés se borra; la visión de colores y de luces se extingue; la música de canciones y risas se apaga. En el "hall" espacioso, ante la mirada impasible del Mutsu-Hito de bronce que adorna la chimenea, están los ingleses, están los yanquis, están los alemanes; la raza de antipáticos turistas que lo infestan todo, que ponen su mancha en el esplendor de todo paisaje. Voy a ellos. No hay remedio. Y sentado cerca de uno de los veladores de mimbre (¡importados de Europa!) tomo una de las tantas ilustraciones extranjeras que por ahí ruedan, y me pongo a hojearla, distraídamente, melancólicamente.

EN LA TIENDA DE "CURIOS"

—HOTEI!

—"Hotei!" repito, maquinalmente. Y veo aquella manecita menuda, fina, una manecita "chiisa na, komaka na", cuyos dedos afilados, casi transparentes, de uñas recortaditas en forma de corazón y de un rosado de pétalo de camelia, que va y viene, irreverente, sobre el sacratísimo cuerpo del dios. Bajo la caricia sutil, el bronce parece ablandarse. Enternecerse. Vibrar en intenso estremecimiento voluptuoso. Sobre la egregia panza del dios, una panza obscena, la más indecente y chocarrera de las panzas divinas, aquella manecita se detiene, y parece, sobre el ombligo apuntado como un hongo hediondo, cerrar a la manera suntuosa de joyel de pedrería, el broche de un cinturón hepático. Del abdomen, la manecita desfloradora asciende a la calva, una calva absoluta, total. La palma se apoya sobre la desnudez de cáscara de huevo, y entre los dedos que se agrifan, el cráneo sacro se cobija como en un gorro de dormir. Es gracioso el gesto. Y cuando la manecita se retira, me aproximo, creyendo adivinar la huella del contacto sobre la epidermis metálica. No permanece ociosa. Salta, revuela como una mariposa, y se detiene sobre la nuca, en la que una mancha, menuda cual una peca, aparece como una mácula. Frota, con la yema del índice. No

es nada. La marca desaparece. Luego, afianza el abanico, que en la diestra Hotei esgrime, seguramente para espantar las moscas que la trasudación de la grasa atrae golosas. ¡Imponderablemente feliz aquel antipático Hotei bajo la mórbida pulsación de la manecita de aquella "akindo"! No he visto jamás, rematando brazos de mujer, manos semejantes a las de las japonesas. Todas, todas, sin excepción ninguna, hasta las más humildes "onnas", muestran, envanecidas, verdaderas maravillas.

—Ebisu!

El dios, esta vez, no es antipático. Está sentado en una roca. En vez de un abanico, como Hotei, el holgazán, esgrime con una mano una caña de pescar, del extremo de cuyo hilo pende, palpitante, un soberbio "aji". Esta vez, la yema del dedo pulgar bruñe las lucientes aletas del pescado, y ayudado por el pulgar, rechonchito, corrige una torcedura del bambú. Observo al dios. Adivino detalles.

Cuando mis ojos abandonan al Ebisu, la encantadora "akindo", no está ya a mi lado. La busco en vano. ¿Qué se habrá hecho? ¿Habrá volado por uno de los "shoji" corridos, o ídose a refugiar en aquellos cedros comprimidos? Comienzo a sentir inquietud. De pronto una risa estalla. Parece que un collar de perlas se desatara, y que esas perlas rodaran y rebotaran sobre invisibles cristales. Acudo presuroso. La "akindo" sigue riendo, riendo con todos los menudos dientecitos al aire, blancos entre la sangre de los labios pulposos. Sus manecitas manejan un pequeño objeto. Riéndose siempre como una loca lo pone ante mis ojos, lo deja entre mis manos, con sustos pueriles. ¿Qué es lo que así revuelve, lo que así hace cosquillas a la linda japonesita, y provoca su hilaridad? En mis manos tengo el motivo. Es un "koshin", un monito canelo, felpudo, de cornilla blanca, y movible jeta. ¡Ajá! Es la reproducción de uno de los rituales "koshin" del templo de Nikko; y como los de la Montaña Sagrada, se cubre los ojos con las manos, para, cumpliendo el precepto shintoísta, no ver lo que no debe ser visto. Mientras yo examino el bronce, la "akindo" ha ido en busca de los otros dos "koshin" que completan la trilogía sagrada: el que se tapa los oídos para no oír lo que no debe oírse, y el que se cubre la boca para no decir lo que no debe decirse. La "akindo" no ríe más. A sus ojitos, agudos y penetrantes, asoma su alma de comerciante. ¿Le gustan al "gwaikokujin" los monitos? ¿Los comprará?

Unos cuantos saltos de patita. Rumor de sedas. Musical crujido de las esteras oprimidas por los menudos pies que trotan.

—Tsuru!

En efecto. Una grulla se mantiene sobre una pata, hierática, mientras que con la lanza del pico, se escarba el plumón, bajo el ala caída. El viento parece agitar los costados del pájaro.

—"Kame!"

Su dedo señala una tortuga de metal blanco. De entre las hendeduras del carapacho biselado, surge la cabecita, aplastada como la de una serpiente. La cola semeja el remate sutil de un estilete.

La "akindo" ha desaparecido de nuevo. Vuelve. Vuelve trayendo en las manos, con mil precauciones todas ellas fingidas, una cajita blanca. La cajita blanca huele a sándalo. La abre. Un joyero aparece, un pequeño joyero de plata repujada. Es un verdadero primor. No tiene, como ornamento, en la tapa, en un extremo, más que una cigüeña volando. Es de una sencillez incomparable. De una elegancia, y de una gracia, sin igual. La abre. La cierra. En sus manos, aquella gracia, aquella elegancia, aquella sencillez, se sienten realzadas. Tienen esas manos un extraño poder. Son diestras, son habilísimas en

poner de relieve, en superar la delicadeza de los objetos.

—Tora!

Sobre la lustrosa madera del anaquel, como en un compartimiento de jaula, un tigre de bronce se encoge, se agazapa, listo a saltar sobre una presa. La anatomía del felino es sorprendente. Huele a cubil. Las fauces se entreabren, amenazantes. El ojo, fijo, clava la mirada como un dardo. La cola, recta, engarabita su remate. Se piensa en el junglar. En la carita de la "akindo", que muy pegadita a mí, hombro contra hombro, en una deliciosa intimidad, contempla el "karakane", se pinta el miedo, un miedo graciosísimo. Los dientecitos blancos muerden la sangrienta pulpa de los labios, en una mueca de angustia, la angustia del niño medroso que se detiene en el umbral de un cuarto obscuro. Los ojitos siguen los movimientos de mis manos, que sopesan la estatua. El tigre va a cobrar vida tal vez. Va a saltarle encima a la espantada muñeca, y a hacerla pedazos. El hombro sedeño se aprieta todavía más contra el mío, como buscando amparo. El "momento" se prolonga intencionalmente. La estética me alcahuetea.

Hemos ido más lejos. En sus largas cajas, yacen enrollados, "kakemonos" y "makemonos". Los hay de simple tela; los hay a la vez de seda riquísima. Los hay, que llevan, al margen, las patas de mosca de Hokousai, y que valen una montaña de "yens". Esos, sólo los acaudalados ingleses, o los saladores de cerdos de Chicago pueden llevárselos. Desenrollo dos, tres. Paisajes. El Fusiyama y su perfecto cono nevado, en todo fondo, sin variación. Ramas de cerezo floridas. "Musumés" recogiditas bajo sus frondosas "amagasas". Rincones del Sumida-gawa, en que imperan los claroscuros clásicos, y en medio

de los cuales se desliza misterioso "fune", apenas alumbrado por una linterna roja.

Dejo los "makemonos". Y también los "kakemonos". Dos lotos de laka me atraen. Dos grandes lotos, en la misma forma, pero reducida, de los que, monumentales, sirven de trono a Budha. Están todos polvosos, todos descascarados. Deben de ser viejos, muy viejos. Paso mi dedo sobre la superficie de uno de los cálices. Áspero, asperísimo. Lo retiro lleno de polvo. La "akindo" me observa, curiosa. Ella también ve mi dedo emporcado. Su escrupuloso culto a la limpieza se enfurruña. Saco mi pañuelo, y froto el dedo. Ya está limpio. Mi acompañante sonríe. Junto a los lotos, hay una jarra de cobre. Los dragones se enroscan alrededor de la panza del artefacto. Los dragones, que uno ve por todas partes, en todos los rincones del Japón, hasta el punto de llegárseles a perder el miedo. Hay un incensario de bronce. Es de Oniwa-Kibu. Dos "okimonos" de Hotei, de Korakuyenkido. Un portabuqué sobre el que se despatarra un monstruoso cangrejo marino. Y una caja. Una caja de abeto, apenas pulida. Mi mano, imprudente, se posa sobre ella, y mis ojos se clavan, interrogadores en la "akindo". Ella sonríe, esta vez, con insólito pudor; sus mejillas se tiñen de rosa, y se pone un dedo sobre los labios. Entreabro un tantico la caja, y vislumbrando, apenas, su contenido, comprendo. Son marfiles vedados, esos viejos marfiles inconvenientes, acabadas obras de lujuria, que se esconden en diversos objetos inocentes, y que son tan raros ya en el comercio de "curíos" japonesas. Dejo caer la tapa, y me alejo de la caja, como de una tentación. Y después de examinar una pantalla, florida de glycinas y de peonías, me estaciono ante una de las cinco personificaciones de Kwannon, la diosa de la Misericordia.

ES TOGO QUE PASA...

TOKIO bajo la lluvia.

Hay que ver lo que aquello es. Hay que ver aquel cielo bajo, aborregado, de un desolante color de hollín. Hay que ver aquella niebla, andrajosa, sucia, arrastrándose por los suelos fangosos, prendiéndose a los árboles medio desnudos, deshilachándose y pendiendo en miserables raigones en las curvas y los ángulos de los techos plomizos. Y aquella luz, melancólica, deslucida, filtrándose a duras penas entre las masas de brumas y fluyendo sobre las cosas, poniendo en todas ellas el borroso toque de su esfumino. Y aquel polvo de agua que se cierne durante horas y horas, y envuelve la inmensa ciudad en una húmeda muselina. Paisaje harto desconsolador para quien, muy de mañana, casi con el alba, como buen turista, deja el lecho y se asoma a la ventana de su cuarto de hotel. Valiente perspectiva! Tokio amanece envuelto en andrajos, pringoso, antipático, en lugar de ofrecernos la mañanita que esperábamos, fresca, clara, con esa claridad y esa diafanidad de ambiente que quien no haya estado en el Japón no puede ni imaginarse tan siquiera: una diafanidad de ambiente que es sólo del Japón, y que hace la ilusión misma de que una inmensa cúpula de cristal levísimo recubriera aquel país de

"étagére"; diafanidad con alma de agua; pero del agua impoluta de las sagradas montañas de Nikko. Tras los cristales empañados, escudriño, ansioso, el horizonte, buscando motivo para poder dar aliento a una esperanza. Todo tupido. Todo hermético. Frente al "Imperial", al otro lado del camino del Tokaído, un canal inmoviliza sus aguas cenagosas y pestíferas. (Hay que tener presente que Tokio, tan extenso como Londres, no posee alcantarillado alguno, y sus aguas van a parar a los canales, que se convierten en verdaderos focos de infección). A la otra orilla, en Karasumori, cruza un "tram" eléctrico, pequeño como un juguete. Bajo mi ventana, en las calles fangosas, llenas de baches, salpicadas de charcos, transitan los tokienses como que si ni tal. Es éste un momento en que los amantes del "veritable" japonismo, pueden constatar hasta qué punto el Japón de las estampas de Nakajima Tetsujiro —llamado el Hokusai— y de Kunisada: el Japón, falsificado por Pierre Loti y divinizado por Lafcadio Hearn, está contaminado de occidentalismo, y hasta dónde es cierto que agoniza, que se va, sin remedio. El Japón se europeiza... pero sin dejar de ser el Japón. Se necesita ver aquello con ojos interesados, llevar la cabeza llena de prejuicios, para no ver hasta dónde el "daimio", al trocar su erizada armadura por el impecable uniforme prusiano, ha dejado de ser aquel guerrero que lo mismo manejaba el sable en el combate, que el abanico bajo los artesonados techos de su palacio misterioso. De lo alto de la ventana veo el desfile de los paraguas. Es un espectáculo curioso. Veo pasar cúpulas de seda. Son "koto-kwan" que se dirigen a sus oficinas, o comerciantes de "curios" que van hasta Ginza a abrir sus tiendas. Veo pasar cúpulas de algodón. Son estudiantes que van a sus cátedras, o "typewriters" que

van a su trabajo. Veo pasar cúpulas de sarga azul, de un azul descarado y procaz. Son los de algunos "ro", que van de encargos. Pero en medio de este tango desaforado de cúpulas de paraguas, no veo pasar ni una sola de esas frondosas "amagasas", grandes hongos de seda o de papel de fibra de bambú, que en las estampas de Hiroshighé, o de Sukénobu, abrigaban la afable sonrisa de una graciosa paseante de Asakusa, o la provocativa de una alegre pensionista del Yoshiwara. Ni uno. Hace dos días, allá por Hongo-Dori, vi una. Era toda una respetable sombrilla, como un girasol desproporcionado, gris, sucia y resquebrajada como el carapacho de una tortuga, exornada de sus respectivos caracteres japoneses, bajo la que abrigaba su honorable y menuda personalidad un pacífico "heimin" de "kimono" color de ratón y altas "ghetas" enrejadas. Pero esto es muy raro. Hay que ir muy adentro del país, para encontrarlos con la profusión que el japonista lejano se imagina.

Discretos golpecitos dados en la puerta con los nudillos de la mano, rompen mi elegía sombrillesca. Es Nobu, mi "kuruma-ya", que viene a recibir órdenes. Ayer le hice saber, repitiéndole como una cotorra "d'aprés" el Murray's Hand-Book, el sitio a donde hoy debemos ir.

—"Kon nichí wa, kuruma-ya-San!"

Había dispuesto, para esta mañana, una excursión por Nihonbashi, allá por las riberas del Sumida-gawa, por los muelles del arroz y del pescado; por ese Tokio, que a pesar de sus postes agobiados por los hilos telegráficos, de sus teléfonos públicos y de sus "trams" eléctricos, sigue siendo el Tokio de los "Shogun", y el río, el mismo río en el que Hokusai encontró fuente inagotable de asuntos nocturnos para sus estampas incomparables. Pero esta lluvia... ¡Qué inconveniente! Señalo a Nobu el cielo

gris, las nubes goteantes, el fango batido de las calles. El sigue en silencio el movimiento de mi dedo que indica, y por todo comentario, por toda respuesta, se encoge de hombros. ¡Bien! Tú lo quieres: sea! Vamos. Pero no es el momento oportuno para ir de callejeo. Iremos hasta Uyeno Koen. Se me antoja ver de nuevo la colección de máscaras; pero esta vez en la penumbra de este día de invierno, en medio de la luz difusa en las salas del "Teishitsu Hakabut-sukam". Quiero ver una vez más la carátula de Hotei, del Horan; la de Betan, de Samaobo; la del Fudo, de Kushi.

Ya en la calle, mi "kuruma-ya" quiere alzar la cubierta del vehículo, quiere encerrarme en el "holo". No. Mi sombrero de género, mi "Juvenile", de Grant Avenue, me salvará. A lo más, la manta sobre las rodillas para librarme del fango que salpica.

—"Uyeno ye yukimasu".

El "kuruma" rueda. Rueda vertiginoso, con esa rapidez especial y embriagante de estos frágiles y menudos vehículos. Veo cómo trotan las desnudas y nervudas piernas de Nobu; cómo sus pies, enfundados en sus "tabis" de lana azul oscura, chapotean, impertérritos, osados, en el lodo, que salpica la caja del cochecito. Por sobre la rodela negra de su "manjú-kasa", veo la arboleda del parque Hibiya, melancólico bajo la lluvia interminable, entre la niebla andrajosa.

—"Heí! Heí! Heí!"

El "kuruma" rueda, rueda, rueda.

Grupos de "musumés" penetran al elegante paseo, recogiditas como gatas friolentas bajo sus antiestéticas sombrillas europeas, erguidas sobre sus "ghetas" de madera, altas como zancos. Van, a pesar de la inclemencia del tiempo, a ver los iris del lago, a contar los que han nacido durante la noche, y a lamentarse por los que hayan fenecido. Aquellos para quienes una flor es cosa baladí, o a lo sumo, cuando están enamorados, les sugiere la idea de verla prendida, luciendo a manera de joyel natural, entre las blondas de un corpiño, no pueden comprender el profundo misticismo que encierra la pasión de los japoneses por la naturaleza. He visto en el Shinobazuno-ike, de Uyeno Koen, a un súbdito del Mikado, pasar largo, larguísimo rato de cuclillas contemplando un capullo de loto. Y me cuentan que los días de fiesta, se organizan partidas de campo, con el único, exclusivo objeto de contemplar un árbol raro, una roca de configuración extraña, un paisaje cualquiera. Los estudiantes llevan a los parques sus libros de texto, y a la sombra de los árboles y gozando de la frescura del agua de los estanques, pasan las horas sumidos en el estudio. El ocioso va a los mismos sitios, y bajo las glycinas de las glorietas, o extendido sobre la grama de los "parterres", lee su periódico, o charla con un colega. El japonés tiene la pasión de los parques. Y de Shiva y de Uyeno, puede sentirse orgullosa la más opulenta de las capitales mundiales.

—"Heí! Heí! Heí!"

El "kuruma", al embocar Atagonachi, se detiene de pronto, bruscamente. ¿Qué sucede? Otro "kuruma", cerrado, al que rodean dos, tres, cuatro "kurumas" más, en los que veo gorros blanco y negro de oficiales de marina, pasa en esos momentos frente a mí. Voy a preguntar qué sucede, por qué no continuamos nuestro camino, cuando la voz emocionada de Nobu me grita, volviendo la cabeza:

—Togo Kaigun Taisho!

No ha habido tiempo suficiente para verle. El "kuruma" cerrado, ha pasado ya, se aleja, entre el chapotear del fango y escoltado por su brillante grupo de satélites. Pero a través del cuadrilátero del

"holo" levantado, he alcanzado a divisar unos ojitos diminutos, que brillaban como facetas de diamantes, una barbita en punta, toda encanecida, y bajo la que se esponjaba una sonrisa de abuelo. Es la misma fisonomía buena, bonachona, del viejecito que el fotograbado ha popularizado. Y como yo, Nobu, el conductor y viajeros del tranvía que se ha detenido, las "musumés" que penetran al Hibiya, los viandantes de las aceras, todos, todos a una, nos detenemos y seguimos con el mismo respeto al "kuruma" que se aleja, que se aleja más y más por instantes, llevando encerrado en su frágil estuche de cuero mojado por la lluvia y maculado por el fango, al hombre más popular y querido del imperio invencible, a una de las más altas glorias del Universo.

El Almirante Togo

EN LA "CASA DE TE"

EL "kuruma", después de rodar durante largas horas entre callejuelas empavesadas de banderolas negras, de linternas multicolores, de planchas de laka roja con inscripciones doradas, se detuvo frente a una casita de madera, media oculta entre los emparrados floridos y los barnizados árboles de un jardín, no más grande que un tablero de ajedrez. Los pinos del jardín, no se alzaban más de un metro del suelo, y había abetos de a jeme, y arbustos de camelias cuajadas de flores que no llegaban a la rodilla. Sobre la madera seca, color de avellana, de la casita; sobre el techo de palastro deslucido, una frondosa glycina, cuyas guías se enredaban como enjambre de víboras, ponía la nota roja y riente de sus flores prolíficas. En el jardín había un "toro" de piedra, acolchado por el musgo; un lago extenso como un espejo de bolsillo; un riachuelo, cuyo ruido al escurrirse entre los lustrosos guijarros amontonados en su curso, casi no se percibía; una glorieta en que apenas cabría una persona acurrucada. Por el senderito trazado entre los pinos, caminaba, temeroso de echar a perder alguna de aquellas estupendas obras de jardinería, al menor desvío de mis pasos. Cuando después de algunos instantes de prodigiosa gimnasia, logré llegar a la puerta de la "hikitétcha-

ya", Nobu llamó dando dos palmadas. Los bastidores de papel corrieron, prestos, chirriando sobre sus ranuras, mientras tres, cuatro, seis, ocho graciosas "musumés", de vistosos kimonos y engomados moños acribillados de flores, acudían, inclinándose, sonrientes ante mí, casi hasta besar el suelo, y según el ceremonial de costumbre, con las manos extendidas sobre las rodillas. Después de informarse de mis deseos, de preguntar y repreguntar a mi "kuruma-ya", de medirme de arriba a abajo con la mirada, pero sin dejar de sonreír un solo instante, dos de ellas se pusieron de rodillas ante mí, para descalzarme. ¡Jamás! Mi calzado estaba imposible de fango, hecho una porquería, y aquellas manecitas de "musumé" eran tan blancas, tan delicadas, tan me nudas! Tomando una resolución galante, me senté en las gradas húmedas, y ante las risas, esta vez no contenidas, del grupo de encantadoras japonesitas comencé a descalzarme. Dios mío! Esta operación era la de nunca acabar! Hubo día en que, a mi pesar hube de descalzarme veinte veces. Pero ante el ves tíbulo de una de estas casitas abiertas, ante ese piso de madera lustroso como un acero bruñido, ante esos "tatamis" de paja de arroz, inmaculados, níti dos, no hay quién se atreva a poner la planta em porcada, a macular aquella limpieza, aquel brillo llevados a la exageración. ¡Y qué facha la de extranjero, antipático, feo como una araña, apretado en ridículos pantalones y que, descalzo, vacilante asciende por una de esas frágiles escaleritas de ta blas de abeto, que cruje toda ella bajo la presión de la recia pisada profanadora de aquel santuario Por ella, como tantos otros, ascendí escoltado po las diligentes "musumés" y como para esos otros quién sabe quiénes, ingleses, alemanes, yanquis, par mí también se corrieron entre risas, los "to" de ma dera perfumada, los "fusamas" de papel engomado

para mí sonrió también, misterioso, el grueso Hotei del "kakemono", y sobre el tablero del "chigai-dana", en un vaso de bronce, los tres capullos de iris se entreabrieron tímidamente entre su media docena de hojas, afiladas como lanzas. En esos instantes, cuando mi planta hollaba los mullidos "tatamis", y una de las "musumés" traía los cojines de seda negra bordados de blancos lotos, de unas dos pulgadas de espesor, y los dejaba en el suelo, recordé a Rudyard Kipling, en Kobé, y los apuros que en una de estas "hikité-tchayas" sufriera, las que relata tan graciosa y francamente en sus "Lettres du Japón". ¡Qué facha presentaría el autor del "Libro del Junglar". en calcetines a rayas, lamentablemente agujereados en los talones, deslizándose sobre las lisas esteras! Yo opté por lo más prudente. Sentarme, tomar la postura de ritual, y esperar. En uno de los "tokonomas" vecinos, vibraban las notas agudas, penetrantes de un "shamisen". Alguna "geisha" amenizaba el ágape de alegres comensales, tal vez como yo, extranjeros. Frente a mí, por sobre el "sóji" corrido, adivinaba una perspectiva de techos curvilíneos, de un uniforme tinte de pizarra. La cima de algún pino rompía aquella platitud. Un ruido de pasos apagados me hizo volver la vista. Una "musumé", de kimono cereza llegaba, trayendo en una bandeja de laka roja, la humeante tetera de bronce, la diminuta tacita, no más grande que un cascarón de huevo, y las galletas en forma de flores y animales. Dejóla frente a mí y junto a ella se sentó, sonriente, fijos en los míos sus ojos, esperando un gesto, una orden. Luego llegó otra. Llevaba un kimono vellorí y un "obi" celeste, y traía el "hi-bashi", el estuche de pipas y la bolsita de tabaco. Y como la anterior, se acurrucó sobre sus rodillas, en esa postura que toman las muchachas japonesas, imposible de mantener. Y luego otras dos; una trayendo

una "taburu" de madera, de cuatro pulgadas de alto, y la otra una bandeja llena de platillos, de escudillas lakeadas, de cuencos de porcelana. Era todo el "menú". Y colocándolo con mil primores y mil sonrisas ante mi vista, me invitaban, por gestos, a comer. Primeramente la "musumé" del té, colmó la primer tacita, y con melindres, entre sus dos deditos, me ofreció una rosa de pasta azucarada. ¡Delicioso té, oloroso como un ramillete de claveles! Los japoneses toman el té al principio de las comidas, como un estimulante al apetito. Una, dos, tres tazas. Las que mi graciosa sirviente quiso escanciarme. En seguida, colocó ante mí, ordenadas, todas las fruslerías gastronómicas. Como "hors d'oeuvre", en una tacita del vuelo de un dollar, una ciruela en vinagre toda espolvoreada de azúcar, y que al tragarla enca labrinó mis nervios. Luego una sopa de pescado, en salmuera, entreverada de algas marinas, que toda ella podía caber en una de nuestras cucharas. Como entradas: un trocito de langosta ahumado, el restringido trocito que un cantinero económico pondría en una pulgada de pan, para "boca" de un consumidor; un filete de pescado crudo, con salsa de mostaza y un par de rodajitas de remolacha, ácida como un limón. Rábanos confitados. Retoños de bambú fritos en una mantequilla que sabía a rancia. Un muslo de pollo, grande como el de un sanate, realzado de habas blancas en condimento azucarado. Y arroz, arroz, un arroz blanquísimo, esponjados como capullos los granos, insípido y gelatinoso. Como postres unos cuantos "kakis", más té, y tibio "saké", imposible de tomar. Un delicioso refrigerio, amenizado por las locas risas de las cuatro "musumés" ante mis torpezas al manejar los "hashi" de marfil, ante los respingos de mi apetito de bárbaro, ante mis gestos cómicos y mis posturas de fatiga. Ellas reían; y yo, a mi vez, reía, reía con ellas. Y alentadas po

mis risas, ellas entraban en confianza, y con ademanes exagerados, con mil dengues y monerías, trataban de iniciarme en el difícil manejo de los palillos, sin lograrlo, y procuraban excitar mi apetito probando de las chucherías servidas, y haciendo gestos de paladearlos con delicia infinita. A la mitad del almuerzo, éramos ya buenos, grandes amigos. Ellas me hablaban en su lengua, harmoniosa como la música de una "iroha-uta", y yo en la mía. Ni ellas me entendían una palabra, ni yo a ellas. Pero el juego era tan delicioso! Y sus boquitas sonreían con tanta gracia! Y sus dientecitos eran tan blancos y sus labios tan rojos! Y sus engomados moños olían tan bien a aceite de camelia. Y sus manecitas eran tan menudas, tan blancas y tan hábiles! La hora de fumar era llegada. Y cada una de ellas quería ofrecerme una pipa. Sus deditos extraían de la bolsa puntadas de tabaco, un tabaco rubio, fino como una madeja, y tomando del estuche una de las pipas de metal que parecían lapiceros, introducían el tabaco en la trompetilla. Un chupete, dos a lo más. Y enseguida, "pan"! "pan"! "pan"! "pan"! sobre el borde del "hi-bashi" para desprender la ceniza. Gentil, encantadora, inolvidable sobremesa. Ellas, a la par mía, fumaban con muequecitas de gata, paladeando el humo con delectación. Y llegó un momento en que las pipas iban de los labios de ellas a los míos y viceversa. Todas ellas tenían nombres de flores, nombres de frutas. Todas ellas eran menudas, vivarachas como pájaros, zumbonas como avispas de oro. Es ése el hechizo, ése es el peligro del Japón. La gracia de sus mujercitas encadena, sin sentirlo. Procuran hacernos la vida tan llevadera, la adornan de tal manera, que el extranjero, que suspira por el hogar lejano, busca en los "hikité-tchaya", inocente refugio, y hasta llega a sentir verdadero cariño, a veces amor, por aquellas frágiles y vistosas muñecas.

LOS LOTOS DE LA "HANAYA"

LOTOS... Lotos... Lotos por todas partes... Lotos en cestas, esas cestas japonesas, hechas de fibra de bambú, fuertes como láminas de acero, y armoniosas, en sus formas, como el más prestigioso jarrón... Lotos en haces, recostados en lechos tramados con sus propias hojas y salpicados de un goterío cristalino y relampagueante. Lotos prendidos en vaporoso encaje al tabique de papel, a la manera de un friso. Lotos en gruesa gavilla, apenas anudada, echados en un rincón, al desgaire. Lotos a porfía. Lotos por todos los ámbitos. Lotos en aluvión. Blancos como hostias, o rosados como auroras. Lotos hasta en los umbrales, desbordando sus olas de espuma sobre el fango de la calle, batidos por los alígeros pies de los "kuruma-yas". Y en medio de esos aludes, de los que no se desprende el menor perfume, acurrucada sobre los lustrosos "tatamis", frágil, como quebradiza bajo la engomada arquitectura de su casco capilar, aprisionada en su "kimono" gris pizarra, sobre cuya tela, como sobre un cielo de otoño, pasa fugitivo un alongado vuelo de cigüeñas carmesíes, la "hanaya" me sonríe, me sonríe con los pintados labiezuelos de su boca menuda, con sus almendrados ojitos de gata remolona, con su naricita remangada y provocativa.

—Hasu?

—Hasu-hanatabal

Por estar cerca de aquellas flores místicas, por sentirme bañado por aquel frescor, por disfrutar de aquella inefable gracia exótica de muñeca, desciendo de mi vehículo y hago el sacrificio de descalzarme, por duodécima vez en aquel día, y penetro en la tienda.

La graciosa "hanaya" se ha levantado de detrás de su parapeto floral. Ha surgido, toda ella, diminuta como una hadita, acorazada de reflejos y cambiantes.

Y frente a mí, comienza el desfile de las flores.

Con graciosos ademanes y encantadoras reverencias, va trayendo lotos, lotos, más lotos, siempre lotos. Los pone ante mis ojos, para que admire sus formas; los pasa por mis labios, para que disfrute de la frescura de sus corolas; los acerca a mis narices, para que olfatee un perfume que no poseen ni remotamente esas flores; pero que porque ella, la nipponcita, quiere que lo posea, me hago la ilusión de que lo disfruto. Para que el engaño sea más palpable, entorno las pupilas, y frunciendo las narices, aspiro con fuerza, como si quisiera impregnarme, totalmente, de ficticios efluvios. Y sonrío, sonrío como en el paroxismo de un deleite olfativo; como si mis sentidos nadasen en las procelosas ondas de una embriaguez mirífica.

—Hasu-hanataba?

—Sí, un ramillete... Sí... Para mí...

Ella me mira. Sonríe. Su sonrisa es roja; roja y sangrante del carmín que adoba sus labios.

La graciosa florista comienza a revolotear por la jaula de abeto y de papel como un pájaro inquieto. Atento, embobado, sigo los movimientos de aquellas manecitas de hada. Veo cómo rebuscan, cómo eligen la flor, y cómo tomándola entre el pulgar y el índice, apretando muy apenitas el tallo, cual si

temiera quebrarlo, la sacude ligeramente. Veo cómo, luego de examinarla, para asegurarse de que el cáliz místico no presenta ni la más leve arruga, y de que ni la más impalpable mácula osa ultrajar aquella ideal tersura, la coloca en su sitio. Para juzgar del efecto del conjunto, la alarga un tanto con entrambas manos, y echando atrás, en escorzo, la cabecita, clava en ella sus dos pupilas entornadas, nadantes en un vitrio efluvio. En esa graciosa actitud, permanece unos instantes. Parece sumida en un éxtasis. Repetir, mentalmente, una oración. Luego prosigue su labor. Y es así, lenta, calmosamente, como de aquellos deditos de niña, va surgiendo el pequeño prodigio, ante el pasmo de mis ojos de "bárbaro", que todavía no pueden acostumbrarse a estas cosas, por más que mis días de vida japonesa transcurran, íntegros, en su medio pintoresco, en su propio ambiente, lejos de los barrios europeos, de la vida cosmopolita, en donde un conato de rasca-cielo, un hediondo automóvil, un estruendoso "tram" eléctrico, puede arrebatarme a mi profundo ensueño exótico, a la estupenda embriaguez de rareza y de refinamiento arcano, que de tan lejos, he venido a buscar a estos rincones asiáticos.

La "hanaya" concluye su obra. Por vez postrera juzga de su efecto, echando atrás, en escorzo, su cabecita de gorrión. Sonríe satisfecha, feliz, con cierto ingenuo orgullo. Y haciendo una reverencia, pone en mis manos el ramillete. Es un ramillete en forma de palma de helecho, de caprichosos contornos, de una supina gracia, de una vaporosidad de nube. Los capullos se aprietan, unos a otros, sin lastimarse lo más mínimo. Frescos, perfectamente frescos, tal como entre las hojas ovoidales, sobre las hondas catalécticas del lago.

—Hanabanashiki! Hanabanashiki!

La "hanaya", al ver mi asombro, vuelve a son-

reír, como sólo las japonesas saben sonreír en el mundo, con sonrisa que penetra dulcemente, como uno de esos sutiles alfileres que acribillan los peinados de las "oirán" en las estampas de Kiyonaga, y que ya ¡desgraciadamente! han desaparecido del uso.

—Hanabanashiki! Hanabanashiki!

Y, enseguida, con saltos de patita tierna, encorvadita bajo el peso del esponjoso nudo del "obi", inmaculado los "tabis" que asoman bajo el ruedo del "kimono", la veo alejarse, penetrar en un vecino "tokonoma" y luego volver. La gentil "hanaya" aporta ahora la indispensable bandeja del té, corolario de todo negocio, remate de toda buena compra. Y junto con el té: el estuche de las pipas y el "hibashi". De nuevo se acurruca ante mí, en esa postura típica: se deja caer de rodillas sobre la estera, y luego se sienta sobre los talones, para permanecer así largas horas, sin cansarse. Pronto el té humea en la tacita. Las pipas humean también, breves y aromosas. "Pan-pan-pan-pan". Las columnillas de humo ¿no ofenden ellas a las flores? No. Fumo mis pipas. Un par de chupetes. Sorbo, con fruición, uno, dos, tres de aquellos dedalitos, y me levanto. Al intentarlo, estoy a punto de rodar. La "hanaya", suelta a reír, con una risita que es una escala musical, y que a mí también me contagia. Y entre sus gorjeos joviales y mis risas, logro incorporarme. Pongo en sus manos dos "yens" y esbozo mis reverencias de despedida. Dos "yens". Una fortuna! Las "sonkei" entonces, son descomunales, descoyuntantes, aplastadoras. Me pongo a temblar, porque me parece que el peso del peinado arquitectural va a hacer perder el equilibrio al frágil cuerpecito y a echarlo a rodar sobre los "tatamis". Sus labios sangrantes de carmín, silban algo entre los dientes, lakeados de negro. Salgo.

—¡Sayónara!

—¡Sayónara!

Otra vez mi "kuruma-ya" patea furiosamente en el fango. Y veloz, veloz, me alejo de aquel antro florido, llevando, imborrable en la memoria, el brillo de las últimas sonrisas, y sobre mis rodillas, un fragante joyel de flores.

EN HIBIYA KOEN

turistas millonarios

HE salido muy de mañanita. Tokio apenas se sacude el sueño. El sol apunta entre las nieblas que se enrarecen. Soplan bocanadas de frescura, las que al pasar por el canal que corre a unos pocos metros del "Imperial Hotel" se impregnan de las emanaciones pestíferas de sus aguas cenagosas. Solas, abandonadas las avenidas modernas. La "hikité-tchaya", instalada en la otra acera, para exclusivo servicio de los turistas millonarios que se hospedan en el hotel, y en donde las "musumés" chapurrean sus palabritas de inglés, fuman cigarrillos de confección extranjera, y en lugar de té, toman "biiru"; en donde los "tokonoma" se iluminan con focos eléctricos, y en un rincón, junto al ventilador se encuentra un minúsculo teléfono; la "hikité-tchaya", familiar, en donde, todas las noches, antes de retirarme a mi cuarto del Hotel, recalo para tomar unas cuantas tacitas de té; la "hikité-tchaya", sonora, de noche, de las "biwas", los "shamisenes" y los "kotos", está a la hora del alba, muda, tras sus "shojis" corridos. Voy a pie hasta "Hibiya Koen". Silencioso en el misterio susurrante de sus árboles. Sobre la grava de las calles del jardín resuenan, estruendosas, mis pisadas. Ni un canto de pájaro que rueda desde lo alto de las frondas. Ni una sola ma-

riposa madrugadora, como yo, revoloteando, jovial, sobre los macizos de flores. Doy un paseo alrededor del lago. De las copas de los "kusomokis", "hinokis", y "yanagis" gotea, a intermitencias, el rocío de la noche. Las menudas gotas se desprenden, brillan un instante, como perlas de azogue, y luego se estrellan sobre la arena. En medio del lago, la cigüeña de bronce, impertérrita, lanza por el enhiesto pico el eterno chorro de su surtidor. El chorro emerge recto, redondo; luego se desfleca y desparrama a su alrededor rosarios de cuentas cristalinas. Entre el amontonamiento de piedras musgosas, apunta la lanza de un iris, recién abierto, o se despliega la calada palma de un "warabi". Los "matsu-no-ki" encorvan sus retorcidas ramas, para refrescarlas en las dormidas linfas. En la misma actitud atormentada, se les ve en las estampas de los grandes maestros japoneses. Llego hasta el kiosco rústico. No hay nadie. Me tiendo, tranquilamente, en una de sus acolchadas laderas, y me entretengo contemplando las graciosas evoluciones de cuatro "kamos" blancos que nadan, y al nadar, forman alrededor suyo, círculos concéntricos, que poco a poco van dilatándose, dilatándose hasta borrarse entre las piedras de las orillas. No sé el tiempo que he permanecido así, olvidado de todo. Al salir de mi cuarto del Hotel, he metido en mi bolsillo un volumen de Lafcadio Hearn: "Kokoro". Y sólo puedo asegurar que el libro se ha quedado sin abrir, abandonado por los suelos, junto con mi sombrero. Me levanto y sigo por una vereda hasta desembocar frente al gimnasio público, en el que ya dos estudiantes madrugadores, antes de ir a la escuela, disciplinan sus músculos en ejercicios de paralelas. Nadie más que esos dos entusiastas "sportmen". En la casa de té cercana, una "géjo" hace la limpieza, arremangado el "kimono" que deja al descubierto las pantorrillas y los pies

desnudos en las "ghetas" de madera. Salgo del parque. Por "Yureku-cho", se desliza un "tram" eléctrico, repiqueteando incesantemente su campana. He notado que los japoneses experimentan la embriaguez del "ruido civilizado". Sus "trams" no cesan de repiquetear un momento, al través de las calles; las bocinas de los automóviles, ganguean con el menor pretexto, y hasta sin él. Si llaman al teléfono, lo hacen prolongando el soniqueo. Y los pitos de sus fábricas, a la hora de la salida de los trabajadores, en Osaka, que es la Manchester del Japón, ejecutan verdaderas sinfonías. Pasan por la ancha calle las turbas de "kurumas". Pasa la muchedumbre afanosa. El sol, por fin, ha logrado desenredarse de la malla de nieblas que le aprisionaba, y veo reflejarse sus rayos en las pizarras de los techos de "Teikoku Tókijo".

NOBU, MI "KURUMA-YA"

ME encamino al Hotel, en busca de Nobu. Ahí debe de estar, en un rincón del jardín, acurrucado al lado de su "kuruma", limpio y gracioso como un juguete. Ahí debe de estar, en unión de los demás "kuruma-yas" que el "Imperial" tiene a su servicio, y en cuyos "manjú-kasa" va, estampada, la enseña del establecimiento. En efecto; ahí está "mi hombre", el compañero de mis correrías tokienses. Al verme llegar, sonríe. Se pone de pie, e inicia una serie de esas "sonkei", que no terminarán durante toda la tarde.

—Issho ni oide-ni-marimasu-ka?

—Doko ye oide-ni-marimasu-ka?

—Asakusa Kwannon ye marimasu!

Nobu va en busca de su "manjú-kasa", y vuelve.

Subo al vehículo. Partimos.

—Heí! Heí! Heí!

Es el grito gutural, estridente, de los "kuruma-yas", que anuncia a los otros su proximidad.

Nobu trota, trota, con la bizarría, con el empuje de un potro. De cuando en vez se detiene, y le veo enjugarse el sudor con el dorso de la manga de su "shátsu". Nobu, es de una resistencia feroz. Días enteros hemos ido juntos. En muchas de mis excursiones, cuando no he llevado guía, él, haciendo lo

posible, con gestos, con muecas, con palabras de su idioma que él comprende que yo entiendo, me ha informado de algún sitio famoso, de algún monumento, del paso de algún gran personaje. Recuerdo que él fue quien, frente al Hibiya Koen, al paso de unos "kurumas", me mostró, con orgullo, al Almirante Togo. El, el que me llevó a visitar las estelas de piedra que marcan las tumbas de los 47 "ronnin", a la orilla del Sumida-gawa, en las vecindades de Shiba Koen. El, mi guía nocturno en el resplandeciente Yoshiwara. Y él, el que todas las mañanas, sin faltar, sube las dos interminables escaleras del Hotel, y va a mi puerta, a golpear con los nudillos de la mano.

—Kon nichi wa!

Nobu será uno de mis grandes, de mis imborrables recuerdos japoneses.

Sin duda alguna, llegó a ponerme cariño. Por sobre la ambición del lucro ante el extranjero que larga buenas y frecuentes "dachin", adivinaba yo que se sobreponía otro sentimiento, exento de bajeza. La mañana lluviosa en que fue a dejarme a la Estación de Shimbashi, para no regresar más, vi sus ojillos vidriosos, húmedos, que se clavaban persistentes en mí; que seguían mi menor movimiento; que acechaban, impacientes, la marcha del gran reloj de la sala de espera. Y cuando, después de haber acomodado mis maletas en el carro, le tomé la mano, y se la estreché, "a la europea", me convencí de que aquel pobre hombre me había cobrado afecto en nuestros días de compañía, y de que su emoción, en aquel momento, era sincera.

Cuando fui a Nikko, le llevé conmigo. Es aquél, seguramente, "el gran acontecimiento" en la vida de Nobu. Le había hecho decir el día anterior, por medio de Gen. Muraoka, mi intérprete, que deseaba llevarle a la Ciudad Sagrada. El "Manager" del Hotel

otorgó el permiso gustoso, si bien extrañando el capricho. Yendo con Nobu, creía encontrarme menos solo, sentíame menos propenso a la melancolía que suele invadirme en casos semejantes. A la hora convenida, Nobu, como cualquier "turista", llegaba a la Estación de Uyeno, vestido de nuevo, habiendo sustituido su clásico "manjú-kasa" con un "bóshi" de paja de arroz. Llevaba consigo una petaquita de fibra de bambú, y una "amagasa" de madapolán azul bajo el brazo. Nobu parecía todo un respetable "mochimushi" que fuera de vacaciones, habiendo cerrado previamente su tienda de comestibles, allá por Honjo, o Fukagawa. Daban ganas de quitarse el sombrero, y de estrecharle la mano, como a un caballero. Los "tabis" de paño azul, eran nuevos; y, extraordinariamente, había sacado las "ghetas", unas "ghetas" de madera de abeto, lustrosas, de cordones rojos. Nobu sonreía, sonreía feliz. En sus ojillos chispeaba la alegría que inundaba su alma. Fuimos a ocupar nuestros respectivos carros. Y durante todo el trayecto, desde Uyeno hasta la estación de Hachiishi, de Nikko, en cada una de las paradas reglamentarias, veía asomar por la ventanilla del "pullman" la carátula gesticulante de Nobu, que me preguntaba:

—Nani goyó desu-ka?

—Nanimo arimasen.

Ya en Nikko, juntos fuimos a visitar los templos funerarios de los primeros Shógun Tokugawa. El, a su vez, ahora, se hacía arrastrar como un "shinshi", arrellanado en su "kuruma". Y con las dos manos abiertas, apoyadas sobre las rodillas, con la cabeza descubierta para evitar que su sombrero de paja de arroz volase, cobraba el patético aspecto de una divinidad, trasportada de un santuario a otro. Es indescriptible el pasmo que el buen Nobu experimentó ante aquel desfile de maravillas. Pero en ese pasmo,

había algo que no se encontraba en el mío; porque hay que confesarlo: ésa, y no otra es la impresión que se experimenta en el santuario de Nikko. Yo contemplaba aquello con ojos de turista, más o menos documentado; con pasión de artista tal vez, y por aditamento, con un poco de vanidad de cronista que piensa en que mañana podrá hablar de algo de que no a todos les es concedido el hacerlo. En el sentimiento admirativo de Nobu, por su sobre su ingenuo amor por la Naturaleza, innato en todo japonés de elevada o de baja posición, flotaba un intenso espíritu de misticismo, un soplo de misterio. Para Nobu aquel viaje a Nikko, acompañando a un turista generoso, el cual hablaba en una lengua fabulosa, era como una peregrinación al Arca Santa de las creencias ancestrales.

Nobu, nacido en Tokio, en el barrio de Hondo, a la orilla izquierda del Sumida-gawa, en las proximidades de los "hatoba" del arroz, nunca había puesto pie fuera, sino para ir una vez a Kobé, por dos días. Así es el buen "edokko", apegado al fango de sus calles y a la pestilencia de sus canales. Nobu, había nacido entre los "benkyoka" de los muelles. Había pasado por todos los oficios. Primeramente fue aprendiz de "daiku" en casa de un tío que tenía un obrador de carpintería, y que fabricaba cajones para la exportación de "karakanes" y "akaganes". Luego colgó el oficio, y se dedicó a pasar sus largos días ocioso, enmedio del "mucha-kucha" de las calles de Asakusa. Les hizo compañía largo tiempo a las palo mas, en el jardín de Asakusa-Kwannon. Y pasó sus noches a la puerta de los "katsudó-shashin" de los "gekijó y de los "kóyókan" ínfimos. En ésas, lleg la guerra ruso-japonesa, y fue a la Manchuria, co Kuroki. Estuvo en el paso del Yalú, y en Mukden A la vuelta de la guerra, no queriendo volver más su vida de "gorotsuki", sintiéndose fuerte, lleno d

salud, se enganchó al batallón de los "kuruma-yas". Siempre, hasta que yo me di con él la tarde del domingo de junio en que llegué a Tokio, había trabajado por cuenta ajena, enganchado, pasando de amo en amo, como un caballo.

Cuando en mi última tarde de Tokio, quise por vez postrera pasearme bajo los árboles de Uyeno, y contemplar Asakusa Kwannon con su techo gris cuajado de palomas blancas, Nobu me llevó, conocedor del itinerario que para ir a esos lugares me gustaba siempre seguir. A mi regreso al Hotel, Nobu subió conmigo para dejar alguna bagatela comprada al acaso de la excursión. Por entretenernos, hice que Gen. Muraoka preguntase a Nobu, cuál era su mayor deseo.

—Ser propietario de un "kuruma" —me dijo por medio de Gen. Muraoka, como pudo haberme dicho:

—Quiero ser "kimmanka".

Con Gen. Muraoka nos informamos de si alguna vez creía llegar a ver realizado su deseo. Nobu tenía fe en que algún día podría corretear las calles de Tokio tirando de un "kuruma" propio. Con sus exiguas economías, esperaba llegar a reunir la suma necesaria.

—¿Y cuánto tienes reunido ya?

—Cuarenta "yens".

Inquirí con Gen. Muraoka el valor de uno de esos ligeros vehículos.

—Unos setenta "yens", aproximadamente —me dijo.

Le faltaban a Nobu, treinta "yens" para completar el total de la ansiada suma.

Gen. Muraoka partió. Nobu remachaba la caja en que un "toro" de bronce, debidamente empacado, iba a hacer el viaje a través del Pacífico, en unión de un Daikoku y de un Ebizu. Rematada su tarea, ya

se iba, cuando puse en sus manos tres papelitos grises del "Nihon Ginko".

—Kuruma... kuruma... Shiju yen.

El pobre Nobu se puso pálido, sus ojos brillaron, como ante las maravillas del santuario de Nikko, y no pudo, tanta era su emoción, ni darme las gracias.

Ahora, en estos momentos, tal vez Nobu esté en la esquina ~~de una de~~ las calles que desembocan en Ginza, en espera del cliente, y arrellanado en el asiento de un coqueto cochecito, todo barnizado y relumbrante, lea su "Ashi" o su "Nihci" y recuerde por un acaso, al "gwaikokujin" que por un capricho le ayudó a realizar el más ardiente deseo de su vida.

EN ASAKUSA KWANNON

La europeización japonesa
está en su apogeo

NO tengo más remedio que abandonar el "kuruma" junto a la garita que a la entrada de la calle que conduce al templo, sirve de estación telefónica. Siento rabia, verdadera rabia, al encontrarme, aquí también, estos antipáticos chismes, por los que los japoneses sienten tan frenético entusiasmo. Sin explicarme la causa, vuelvo los ojos a lo alto, y diviso una tupida red de alambres telegráficos, rayando el bello cielo de esta tarde de otoño. El telégrafo! El teléfono! La europeización japonesa está en su apogeo. ¡Y esto ocurre a las puertas mismas de Asakusa Kwannon, a unos cuantos metros de Higashi Honwang-ji, en las vecindades del portentoso Yoshiwara! Nobu deja recomendado su cochecito a un vendedor de naranjas, conocido suyo, y echamos a andar entre la multitud que pulula por la angosta calle. Al paso, curioseo las tiendas afiladas sin interrupción a uno y otro lado. Son, como todas las tiendas japonesas, como las de Kanda, como las de Shitaya y Honjo. El comerciante, sentado sobre sus "tatamis" en medio de su tienda, hace sus cálculos al rodar de las pelotitas de su ábaco, o, con sus pinceles humedecidos en la tinta china, apunta la contabilidad de la casa en largos cuadernos de papel de arroz. A su alrede-

dor, desparramadas por los suelos, se exhiben esas mercancías que, en todas partes, con muy ligeras variantes, son las mismas.

Seguimos caminando hasta abordar "Ní-o-Mon" la puerta de doble techumbre, que da acceso al templo de Kwannon. Bajo su porche, que la tardía solicitud del gobierno está haciendo, hasta ahora recubrir de un trenzado de bambú que le libre de las injurias del Sol y de las lluvias, se balancea una gran linterna ovoidal. A ambos lados, en sus nichos enrejados, se alzan dos "Ni-o", de madera roja, que tienen la exclusiva misión de guardar la entrada para evitar que los "onis" no lleguen a perturbar el sereno reposo de la diosa Kwannon. Los "Ni-o" están todos salpicados de pelotitas de papel mascado. Son oraciones que los devotos les han consagrado, implorando alguna merced.

Penetramos a la plazuela. Anchas baldosas de piedras desgastadas recubren el piso. A un lado, se alza la gran pagoda, de cinco pisos, de madera roja y techos curvilíneos. Por todos lados, "toros" de bronce, "toros" de granito rosado, gigantescos entre los árboles. Y al pie de esos "toros", bajo frondosas "amagasas" abiertas, se apiñan los vendedores de frutas, de dulces, de flores, de juguetes. Hay algunos puestos de "curios"; pero éstos son de pura pacotilla, sin valor ninguno. En el fondo, se alza el templo agobiado bajo el peso de su inmenso techo acanalado, de un tinte gris, el cual soportan cuadrados pilares de madera lakeada, cubiertos de caracteres que parecen no resistir más, y echar a rodar la sagrada caperuza. Por las gradas del templo entra y sale la multitud, atropellándose. No hay necesidad de descalzarse para penetrar al espacioso recinto cuadrangular. Está sumido en una suave penumbra apenas teñida por la claridad de la tarde que logra meterse, y por las exiguas llamas de las lámparas

En medio del techo cuelga de las vigas labradas una desmesurada linterna de papel, que es como el centro alrededor de la cual pulula un semillero de ellas, todas de papel. En un extremo un gran "gong" de bronce. El cuero está resquebrajado ya. El altar, defendido por una baranda dorada, está casi a obscuras. Arden lámparas de bronce. En los pebeteros de cobre se queman gomas aromosas. Vasos de porcelana ostentan flores. En platos de laka hay frutas. En tibores de loza vitrificada, se apiñan lotos de estaño. En otros tibores, hay iris de hierro, negros. Y en el fondo, en un relicario, reposa la imagen de la diosa Kwannon. Ante el altar, se arrodillan las "chichi-oyas", los "hahaoyas", las "obasanes", los "ojisan", las "musumés", los "otokonokos" y hasta el "otóto" menorcito, que parece surgido de una caja de sorpresas. Toda la familia está allí, prosternada. Las viejecitas, los viejecitos, murmuran sus preces, zumbantes como abejas que rondan la colmena, entreverándolas de profundos "sonkei"; las muchachas, dando, de cuando en cuando, secas palmadas, para atraer la atención de la diosa. Los niños corretean entre los fieles, riendo, jugando. En los templos japoneses y en los chinos, no se obliga a los niños, como en los nuestros, a permanecer formales, forzados en actitudes para ellos fatigantes. Los niños saltan; los niños ríen, y alborotan, tal como en los jardines, tal como en las calles. La alegría infantil, es grata a las divinidades. Recuerdo que en un templo de Singapur, en Indo-China, vi al bonzo que se entretenía en jugar tejuelos con los niños, sin descuidar, por eso, de alimentar los pebeteros. Los fieles van y vienen. Entran y salen. Dos "onnas" se codean bruscamente. En el mismo instante se enzarzan en una serie de reverencias de excusas que nunca acaba. Las "musumés" ambiciosas, se detienen, riendo, ante la capilla en que un bon-

zo vende oraciones y exvotos. Es aquél un buen bonzo que por unos cuantos "rin" proporciona a las muchachas oraciones, de una eficacia pasmosa en asuntos de amor. Las "ghetas" traquetean sobre la madera desgastada del piso.

Salimos del santuario y descendemos al jardín por las gradas laterales. De nuevo las ventas se extienden ante nosotros. Bajo los árboles, al abrigo del papel de las frondosas "amagasas", junto a los "toros" de bronce y de granito rosado. En las "sakayas", al aire libre, con su especie de "tokos", bajos, recubiertos de una frazada roja, y sus dos cojines de paja colocados uno frente al otro, en ambos extremos. En una "teburu" están, ordenadas con simetría, las botellas de "biiru", las de "tamsan", las de "remonsui", las de "ichogosui", las de "saké", transparente al través del vidrio, como un champaña. En los platos de madera lakeada, los "kashis" y los tallos de bambú cristalizados. En cofines de mimbre, los "mikanes". Los puestos de tarjetas postales, de álbumes, de estampas, alternan con el taller de fotografía, improvisado bajo un manteado tendido en sus estacas. En los precisos momentos en que pasamos, una honorable familia se hace tomar un grupo. El padre y la madre, muy formales ambos, muy orondos, se colocan en sus sillas de mimbre. La "musumé", con la más fresca, la más graciosa de sus sonrisas en los labios pintados, apoya su codo en una valla forrada de género pintarrajeado. El pobre fotógrafo, no sabe cómo encontrar postura para el "otóto", insurrecto, indócil, con la carita de gato toda mojada del jugo de una naranja, la que por nada del mundo quiere soltar sin haberla exprimido hasta la última gota... Budhas de piedra, medio desportillados. Linternas de bronce, teñidas de lamparones de cardenillo. "Sotobas" de granito enmusguecido. Una gran bayoneta de hierro, consagrada a los soldados muertos en la

guerra. Más "sakayas". Cosmoramas. Fonógrafos que chillan. Luego: un estanque, cuyas aguas apenas viven, dormidas a la sombra de las wistarias. Un puente curvo. Y entre todo esto, un desfile interminable de "kimonos", en kaleidoscópica mescolanza de colores. "Krrin... krron... krrun..." de "ghetas". Niños que pasan, en pandillas, sonando sus largas cornetas de papel, que producen un graznido semejante al de los pavos. El tumulto crece más y más por momentos. Es la hora del crepúsculo.

De pronto, nos encontramos en una calle llena de teatros, cinematógrafos, circos que comienzan a encender sus millares de luces. Es Asakusa, el barrio de la alegría. El ruido es ensordecedor. Tras una barrera de madera, retumban los parches y los cobres de una charanga. Siento que me mareo. Y rápidamente, huyendo del tumulto, vamos en busca del "kuruma" y nos alejamos de aquel sitio en el que todavía puede uno llegar a creerse que está en el Japón impoluto con que tanto se sueña al emprender este largo viaje.

LAS TIENDAS DE GINZA

ESTA tienda es una "uchiwaya", en la que la variedad de los abanicos es infinita, es inclasificable. Los hay de todas las formas, de todos los matices, exornados de una pasmosa diversidad de motivos ornamentales. Esta otra tienda, junto con las "ghetas" de madera, sencillas o de lujo, presenta a la curiosidad del transeúnte linternas, nada más que linternas, las que pendientes del techo, en guirnaldas, en apretados racimos, dan al humilde tenducho el alegre aspecto de un jardín en flor. La de más allá, es una de esas tiendas que sólo por estas calles suele encontrarse ya en toda su pureza original. Forman el surtido solamente esos "karakanes", esos "akaganes" que las inagotables canteras artísticas de Kyoto desparraman a mano llena por todos los "shina-jina" del Imperio. Allí, junto al Daikoku, dios de la riqueza sentado sobre un saco de arroz, encontraréis al Ebisu, dios de la probidad, con su caña de pescar al hombro y su "aji" atragantado por el anzuelo, ondulante del cordel; junto al Jurojin barbudo, con su siervo de opulenta ramificación cornal al lado, veréis al Hotei, dios de la bondad, con su monstruosa panza rematada por el hongo del ombligo y con su grasienta calva pelada; haciendo "pendant" a un Fujkurakuju, dios de la popularidad, con

su cráneo en punta, completamente mondo, acompañado de su grulla familiar, se encuentra a Bishamon, el dios de la guerra, metido en su escamosa armadura de laka, empuñando su lanza en una mano, mientras con la otra, en la palma extendida, sopesa una pagoda minúscula. En un rincón forman amigable olimpo; una Fugen, con su ramo de lotos y su tiara; una Monju, con su espada de cuatro filos; dos Ni-o, de bronce enrojecido; una Amida, un Jizo, un Emma-o, un Shaka Muni y una Benten, tañendo su "biwa". Hay también una Kwannon, con las manos juntas, acurrucada sobre la corola de un loto, entre la selva intrincada de manos ofrecedoras de dones. Es un desfile de toda la estupenda mitología japonesa. En esta tienda no hay más que dioses y monstruos sagrados. Nada más. Los hay de enroñecido bronce, de acardenillado cobre, de lakeada madera, cuya pátina le da aspecto de metal. En la siguiente tienda, sobre la misma acera, hay lakas y marfiles, alineadas en las tablas de pino de los sencillos anaqueles. Lo que atrae sobremanera es una colección infinita de "netzkes", esos "netzkes" en cuyo esculpido fueron y son inagotables las fantasías japonesas y las manos de una incomparable delicadeza. Los hay en marfil, los hay en laka, los hay en coral, los hay en tierra esmaltada, los hay en porcelana; pero la inmensa mayoría de los "netzkes" de esta tienda, están en marfil y en metal cincelado. Estos "netzkes" son de prosapia regia. Korin y Ritsu, no desdeñaron consagrarse a esa minúscula labor paciente. Y junto a los "netzkes" hay máscaras, muchas máscaras, copiando fielmente las máscaras sagradas de la portentosa colección del Museo de Uyeno. Hay también numerosas copias de esas bellas máscaras de teatro, en las que la risa, la cólera, la concupiscencia, el dolor, están estereotipados de una manera pasmosa. Y junto a las máscaras; los estu-

chos para pipas, en forma de flautas, de una sobria elegancia. Unos son de bambú incrustado; otros, de ébano serpeado de venas de oro; otros, de madera negra con reflejos azules; otros, de cuerno de ciervo; otros, imitando el marfil viejo. Hay que ver todo lo que los artistas han grabado en esos estuches. Uno sobre todo, provocó mi admiración; y sólo el precio, excesivo para mi bolsillo, hizo que no cargara con ella. Era de ébano, y por la redondez del estuche, subían, despatarrados, arañando la corteza, hasta cinco "keike-gami", en rojo, extraídos seguramente de las estampas zoológicas de Hokusai. Durante el tiempo que permanecí en la tienda, fue una agria tentación la que corría por mis nervios. Pero no hubo más remedio que dejar aquella preciosidad para que arramblara con ella algún salchichero yanki. Recostada en un rincón, al sesgo, había también una caja para "biwa", en laka color plomo, salpicada toda ella de finos capullos de "botan" y próximas a las cuales revoloteaban unos cuantos "tombó" de esmeralda. Había además, regadas por las lustrosas tablas de pino de esos anaqueles: tabaqueras en laka de oro, incrustada de nácar; cajas para guardar espejos, redondas, ovoidales, romboidales, en laka negra con dibujos en oro mate; ceniceros en laka verde, incrustada de plata; estuches para horquillas, en laka sangrienta con incrustaciones de plomo, de un bellísimo efecto. Nuestros ojos se fatigan de ir de una a otra entre tanta cosa bella. Pero a este paraíso del arte japonés, sucede ¡ay! un infierno de vulgaridad occidental; una tienda en que los "nippones" que pretenden "civilizarse" van a surtirse de cuellos postizos, de pañuelos, de camisas escocesas, de corbatas de tintes rabiosos, de sombreros de fieltro, de guantes, de bastones de mangos demasiado ridículos. Allí están en estos momentos algunos de ellos, envueltos en sus macferlanes arratonados, gastando

sus "yens" en esas porquerías. Más adelante, el comerciante de una tiendecita, ha dispuesto de una manera tan graciosa sus postales con paisajes y tipos nacionales, que logran producir muy agradable efecto. Al paso, divisamos, hábilmente esparcidas por los cartoncitos, en atrayentes colores: el Shinobazu no Ike, de Uyeno; la pagoda de Shiba Koen; la avenida de las cryptomerías y el puente sagrado de Nikko; el bullebulle pintoresco en Moto-machi, de Kobé; el Daibutsu de Kamakura; el "torii" rojo sobre el mar azul de Miyajima; los canales tranquilos de Osaka, surcados por los "funes", los "shosenes" y los "ko-bunes"; el lago Biwa; los rincones sagrados de Kyoto, en que resplandece la laka y el oro en los templos; los islotes de Matsushima; el santuario vedado de Yamada; el indispensable cono nevado del Fuji-yama, tan difícil de darle los buenos días. Todo el Japón pintoresco que desfila en aquella serie de pequeñas cartulinas. Un grupo de "musumés" y "onnanokos" se ha estacionado frente a una tienda, sobre cuyo dintel se balancea una desmesurada linterna roja exornada de caracteres blancos. Con los ojos desencajados por la admiración, mudas de pasmo, las "musumés" y "onnanokos" contemplan una odiosa exposición de esas churriguerescas, de esas antipáticas sombrillas de modelo europeo que han venido a desterrar, casi por completo, a esas coquetas "kasa", a esas soberbias "amagasas" que tanto gustaron de pintar Kiyonaga y Shunsho. Y no son solamente las sombrillas las que dejan con la boca abierta, y despiertan la codicia de las ambiciosas "musumés". Es que el comerciante ha sabido, con verdadera maña, combinar, entremezclar un torbellino de esas cintas y de esos listones que vomitan los telares germanos, con los cortes para "kimonos" fabricados en Kobé y Osaka, y que recuerdan, como

un huevo a otro huevo, las zarazas, los madapolanes, las indianas, toda la insípida gama de los algodones manchesterianos. La mercadería de este otro tenducho atrae a un enjambre de niños. Son muñecas, muñecas vestiditas al estilo nacional. Muñecas, con sus "kimonos", sus "obis", sus "tabis", sus "ghetas", acondicionadas en sus cajas de cartón, como en un ataúd; muñecas de pie, como personitas, con su "kasa" en la mano y su abanico prendido en el "obi", apenas apoyadas en el papel gris del "fusama"; muñecas, con suntuosos trajes de ceremonia, recamados de dragones y de lotos de oro, el peinado traspasado por esas grandes horquillas que ya no se verán más; muñecas, con su sencilla "yukata" y sus "warajis" de paja de arroz, pendientes de un hilo, como ahorcadas, y que se mecen al menor sacudimiento del techo. Es como un enano museo de la mujer japonesa. Es de ver, con amable sonrisa, la carita que aquellos niños ponen ante aquel microcosmo de tentación. Ellos, con su cabecita rapada toda alrededor, azul del afeite, y su rabito de pelo, trenzado, pendiente a la espalda. Ellas, con su "kami" presuntuoso, adornado de unos cuantos capullos de peonías, con su "kimono" y su "obi" anudado a los riñones, en equilibrio sobre sus "ghetas" de abeto, están encantadoras, agarraditas de la mano de la "anesan", temblorosas, mudas de emoción. Tal vez su incipiente vanidad las haga concebir que un día no lejano, podrán lucir "kimonos" mucho más lujosos que los de aquellas "minjyó", cautivas, como pájaros, tras las doradas rejas de las jaulas del Yoshiwara, entre las cascadas de luces y las copas de los cerezos que van desgranando, inconscientes, el tesoro de sus flores. Esta otra tienda, posee vitrina de grandes vidrios, como las tiendas de París y de Bruselas. Es un almacén de pinturas. Tras los cristales, sobre pequeños caballetes de bambú, hay flores, hay fru-

tas, hay mariscos, todos ellos tratados "a la europea", por pintores que han ido a estudiar en los grandes centros artísticos del Occidente. Al penetrar, lo primero con que tropiezo es con un retrato del Marqués Ito (recién muerto en Corea) en su gran cuadro de caoba con "passe-partout" de terciopelo granate. El Marqués está muy Carolus Duran, muy Benjamín Constant. Pregunto. Es de un joven pensionado en París, que desde su buarda de la calle Bonaparte, ha querido rendir ese homenaje póstumo al gran Reformador japonés. Hay rincones de Nikko. Hay marinas de Yokoama; mares sangrientos, soles chorreando oro, olas desflecando rabiosos violetas. Hay paisajes de Matsushima, en donde se ven los grupos de islas coníferas brocheadas a la manera de los neo-impresionistas. Hay pinos, resbalando por las colinas de Nagasaki, y en los que el verde ofende la retina. Hay apuntes de danzas de "geishas", pretendiendo seguir la manera de las bailarinas de Degas. Y la manchita de un "ryóshi", acondicionando la red en su "so" ennegrecida, que vale, ella sola, por todo lo demás. Es de un pintor de Osaka, que nunca ha salido de las orillas de los canales de su Venecia asiática, y que vive a gusto y que pinta maravillosamente entre el humo apestoso de sus fábricas y fundiciones. Ahora es una "kinu-mono", una tienda de sedas, exhibiendo "kimonos" y "yukatas" para la exportación. Uf! Paso de largo tapándome las narices. La misma impresión repulsiva experimento ante una agencia de automóviles, en cuyo anchuroso garaje acristalado, se enfilan los antipáticos armatostes. Una farmacia, con sus drogas en tarros de loza vidriada, la etiqueta azul en la panza, alineados en los estantes barnizados, y tras el mostrador, un dependiente, prepara en un mortero algún ungüento. ¡Un restaurant a la europea, con sus cristales recubiertos de visillos de encaje! Es el "Viena",

como si se dijera, el "Café de París" de Tokio. Un grupo de elegantes empuja las vidrieras, monogramadas de oro, y penetra. Y al batir de las hojas, salta a la calle el eco de una orquesta, que en un compás de marcha funeral ataca una fantasía del "Fausto". En el piso alto, en el alféizar de las ventanas de guillotina, hay tiestos con flores, y se divisa el fleco de una cortina de damasco rojo, y el remate dorado de un cuadro. El cocinero del "Viena" ha sido traído de Londres, y su "menú" está redactado en francés y en inglés, y no en japonés. Estas son las cosas que a mí me ponen nervioso. Luego llegamos a una tiendecita de flores: un verdadero oasis en medio de toda esta aridez.

La calle es un mar. Esta larga vía, algo así como los "grandes bulevares" de Tokio, arranca de más arriba de la Estación de Shimbashi, y viene, como sus hermanos mayores de París, cambiando de nombre y de aspecto. Shimazonob, casi en su origen, allá cerca de las arboledas del parque de Shiba... Udaguwa-cho... Shilazuchi... Shimbashi... Ginza... Kyóbashi... Nihonbashi...; para pasado el gran canal por un puente de hierro, seguir por Maromachi y Kaji-cho, y perderse en los barrios de Kanda y Hongo. Ginza es lo que podríamos llamar el "bulevar de los italianos". Y como la calle es anchurosa, con sus dilatados andenes, con sus uniformes filas de árboles defendidos por enrejados de hierro, con sus focos de luz pendientes de elegantes postes de hierro, a ella afluye todo el movimiento de la enorme ciudad. Sus almacenes resplandecen de luces. Sus escaparates están arreglados con verdadero arte. Tiene su "hora crepuscular". Desfilan carruajes de lujo, de bizarros troncos y relucientes arneses, tras cuyos biselados cristales se divisan, acurrucados en los cojines, a los "kimmanka", que desdeñan los primitivos "kurumas". Desfilan automóviles, de las

mejores marcas, en que un "daijin" regresa de su despacho del Ministerio, o un banquero va hasta Uyeno. Desfilan "kurumas", "kurumas", "kurumas" en aluvión. "Kurumas" con "musumés" que regresan al hogar después del trabajo. "Kurumas" con "geishas" que van a la "hikité-tchaya" llamadas para amenizar algún festín, y que llevan la "biwa" en su funda de crespón violeta, o el "koto" en su caja de laka. "Kurumas" con oficiales de la marina, vestidos de blanco, que llevan fajada de negro la manga de la guerrera por el Mikado difunto. "Kurumas", con "namaikigakusei" de gorra y macferland, que regresan de la Universidad. "Kurumas" con cortesanas de alto rango, de vistosos "kimonos" y peinados relumbrantes de afeites. "Kurumas" con "goyakunin" que llevan sobre las rodillas algún paquetito atado con listones de color, y en el bolsillo un diario de la tarde. Hasta el "benkyoka" de los muelles, hasta el pobre "heimín", ocupan el "kuruma" y el "tetsudo-basha", cuya red de rieles recorre casi toda la inmensa área de la metrópoli.

Los focos eléctricos se han encendido. En los andenes, los pequeños vendedores de "curios" han instalado sus ventas. Bajo la sombra de un árbol calada por la luz, al resplandor de la nafta de un quinqué ¡qué triste es la expresión de un Budha! Pasan los vendedores de diarios sonando la campanilla pendiente de sus cinturones de cuero. Pasa el vendedor de pastas, con su cocina ambulante acondicionada en un carretoncito pintarrajeado. Pasa el "zukukai" empujando su carretilla vacía, sonriente bajo su negro y grasiento "manjú-kasa". Todo el mundo pasa. Todo el mundo se aleja.

Del cielo de Tokio se ciernen los polvos de carbón de la noche. Me alejo del "mucha-kucha" de Ginza. Camino del Hotel, cerca del puente de tablas saltan por los corridos bastidores de una "hikité-

tchaya", los bordonazos vibrantes, acerados, de un "koto", y una vocecita maúlla una canción impregnada de melancolía infinita.

EL DESPERTAR EN KYOTO

LAS primeras claridades de una mañanita estival, traspasan libremente los "fusamas" de mi "nema". Estoy en Kyoto, cerca del barrio de Gión, a unos cuantos metros de distancia del parque Maruyama. Mi "nema" es pequeña, tan pequeña, tan exigua, como la caja en que los comerciantes de "curios" acondicionan para la exportación a un Hotei de avejentado bronce, o una Kwannon de frágil madera dorada en que el tiempo ha puesto su pátina. Mi "nema", a pesar de su pequeñez, casi de las dimensiones de un camarote de trasatlántico, es cómoda, es agradable, es alegre, con esa alegría fugaz del "home" improvisado. La madera que encuadra los lienzos de papel engomado de los "fusamas" los cuales, cerrados, constituyen las paredes de la habitación, es de abeto, y reluce, barnizada, como si fuese de marfil. Los "tatamís" que cubren el piso, son de finísima paja de arroz, tejidos con un gusto y una delicadeza extremas, y de ellos se desprende un olor a miel. Hay, como en todas las "nemas", un "chigaí-dana", que no es otra cosa que una "étagére", empotrada en el muro, de tableros disparejos, la cual se utiliza para guardar los "karakanes", los "ataganes", los marfiles curiosos, las lakas preciosas, todas esas chucherías, todas esas rarezas que

la mano ávida e insaciable del turista recoge en sus frecuentes excursiones y rebuscos por Tera-machi Shigo, Manjuji-dori y Sanjo Higashino Tóim. Dos cojinetes, prensados, de la misma rubia paja de arroz de los "tatamís" y una "teburu" una de esas "teburu" de "take", que no se elevan del suelo más de diez pulgadas, y que soportan la caja de los pinceles, y el recipiente de porcelana para diluir la tinta china, completan el menaje. Por la noche, la graciosa "géjo" prepara el lecho: un triple "futon", y el "makura". Nada más sencillo, nada más elemental, nada menos complicado que una alcoba japonesa. El "hoteru" en que me hospedo, queda en las propias vecindades del parque de Muruyama, a la orilla izquierda del Kamogawa, ya en el dintel mismo de las montañas Higashiyama, sede de los más suntuosos templos de Kyoto. ¡Qué lejos, qué lejos este hotelito, limpio, alegre, pacífico, de las ridículas pretensiones del Imperior Hotel, de Tokio, o del británismo insoportable del Oriental Hotel de Kobé! Japonés, japonés por sus cuatro costados, japonés sin la menor mácula de occidentalismo. Unos cuantos "mommijis" le rodean, lo que le da un aspecto poético a la casita, y a la vez le proporciona, a la hora del mediodía, sombra y frescura. Para penetrar en ella, hay que dejar en el vestíbulo, ineludiblemente, el calzado, cuyas suelas aportan todo el fango de las avenidas y callejuelas de Kyoto: y una vez "at home", las deliciosas "géjos", que son las únicas que llenan los distintos servicios del hotelito, acuden, reverenciosas, solícitas, y entre sonrisas y muecas, nos ayudan a despojarnos de nuestro odioso traje para vestir, desgraciadamente por cierto, el "kimono" casero, el cual para los extranjeros que viven en el Japón llega con el tiempo a constituir un hábito. Recuerdo una mañana en la que, al paso de mi "kuruma", en una calle de Tokio, saludé al

Excmo. señor Embajador de España, correcto en la apretura de su levita y el flamear de su alto de forma, y por la tarde al visitarle en su casita de Kanda, me le encontré transformado en un perfecto japonés, con su "kimono" gris cruzado al pecho, sus albos "tabis" y sus "ghetas" de paja, fumando en su diminuta pipa de plata, larga como un lapicero.

Las primeras claridades de la mañanita estival, traspasan libremente, los "fusama" de mi "nema". Extendido en los mullidos "utones", la nuca apoyada en el rodillo acolchonado del "makura", siento la mañanita que llega hasta mí, paso a paso; la claridad, que va detallando ante mis ojos los contornos de las cosas. De una de las bruñidas vigas del techo, pende una "chochin", en la que la luz ha rato se ha extinguido. Frente a mí, prendido un "kakemono" comienza a dejar percibir, todas rojas y frescas, unas "keshís" en ramillete. Sólo unas cuantas flores; pero clavadas en la seda con todo el prestigio de la vida, con todo el esplendor del colorido. El verismo de los pintores japoneses es asombroso. Del "niwa" llega el rumor del agua que las regaderas desparraman sobre los arbustos enanos, sobre los cuadriláteros de grama, sobre los montones de pedruscos. Al mismo tiempo, una risa, una risita en fuga de notas cristalinas, resuena bajo mi ventana. Me levanto, y hago correr el "shóji". Una bocanada de frescura perfumada me azota el rostro. La siento, impetuosa, en las mejillas, como un beso imprevisto, un beso a plena boca; la siento en el cuello, como el apretado nudo de unos brazos ávidos; la siento desparramarse, correr por mis espaldas, como la hábil y persistente caricia de unos dedos diestros en despertar sensaciones y en realizar agotamientos. Es la frescura de todos los "keyakis", de todos los "Kusumokis" y todos los "yanagis" del parque de Muruyama. Es el aliento fecundo, amplio como una olea-

da, de las cryptomerías gigantes y de los centenarios pinos de las Sagradas Montañas, a cuyo dintel estoy. Ante mí, los techos plomizos de Kyoto se extienden, se apretujan entre el anillo de esmeralda de sus colinas superpuestas. Parecen las casas, apoyadas, como amuletadas las unas en las otras, abandonados carapachos de tortugas. Las verdes frondas de los árboles, que emergen como aislados florones, ponen una nota alegre, pero leve, un regocijo efímero, en medio de aquella monotonía de color, de aquella uniformidad de líneas y de formas. Es el mismo tono sordo: el mismo plomo, cuya única variante es, de vez en cuando, un gris de ratón, un gris de ala de murciélago. Todas las ciudades japonesas, vistas así, de lo alto, son lo mismo. Tokio desde la terraza de Uyeno, hacia la bahía, hacia Honjo y Fukagawa, es colosalmente antipático, atrozmente desesperante. Semeja una colonia de frondosos hongos. Y en la travesía del Mar Interior, maravilloso, incomparable, en las tranquilas riberas, entre las espesas arboledas de un verde intenso y severo, los pueblecitos, las aldeas de pescadores, se apiñan, se arrastran como nudos de cucarachas. Desde mi "shóji" domino todo Kyoto. El extenso bloque de verdura de Muruyama, y el de los templos y grandes hoteles circunvecinos, parecen puestos ahí como para servir de tamiz, como para atenuar al paso, entre su tejido de hojas y su entreveramiento de ramas, el ruido de la ciudad. Ahora llega a mí un sacudimiento de despertar, el reflejo de un desperezo. Kyoto abre las pupilas. Kyoto salta del lecho. Hasta mí llegan, asordinados, los primeros hervores de vida del barrio de Gión, en el cual, durante la noche, se concentra, se cristaliza toda la alegría, todo el regocijo de la antigua capital de los Shogun. Paseo la mirada por todo el ámbito de horizonte que abarco. Templos... Templos... Templos... Los te-

chos de Choin-in... Kodaiji... Kenninji... Nishi-Otani... Los cinco pisos rojizos de la pagoda Yasaka... A lo lejos, el castillo de Nijo, antigua residencia de los Shogun, tan poderosos como los Mykados... A la izquierda, los techos de Nishi-Hongwanji, de Higashi-Hongwanji... Kikokutei... A la derecha, próximas a las riberas del Kamogawa, las opulentas arboledas del Gósho, el palacio de los Mykados... Y a su lado: Doshisha... Sokokuji... Uno que otro edificio a la europea, apunta por ahí su techumbre de pizarra, sus tubos de chimenea, sus veletas, sus lumbreras, sus cornisas, como un ultraje. Y como fondo a todo el panorama: colinas... Colinas... Colinas... Y luego, respaldando las colinas con sus moles altaneras, montañas... montañas, hasta perderse, hasta borrarse en el fondo insondable del espacio. Un tren, el "express" Kobé-Osaka, silba largamente al entrar en agujas y el eco repercute en la Montaña, alternando el sueño de las vetustas divinidades acurrucadas en las capillas de sus templos. Casi al alcance de mi mano domino el arranque de Shingo-Machi, "la gran arteria de Kyoto", recta, ancha, por la que veo deslizarse la nube de "kurumas" como escuadrones de zompopos; en la que las tiendas, las más grandes, las de más lujo, las más famosas de toda la ciudad, van, seguramente, abriéndose una tras otra; en la que la multitud se afana, se apretuja, transita sin estorbarse, sin codearse siquiera, cambiando incesantes sonrisas y ceremoniosas reverencias... Kyoto... Kyoto, ciudad sagrada del budhismo... Kyoto, la de los palacios, grandes como ciudades... Kyoto, cuna y tumba de los Mykados... Kyoto, "Capital del Oeste"... Kyoto, la de los jardines de gracia esotérica y los canales silentes... Kyoto, sede de las más prestigiosas "geishas" y de las más hermosas "djoros"... Kyoto, vieja Saikyo, muda, altiva, impoluta en me-

dio de la contaminación del Imperio, arca santa de la fe ancestral...

Me retiro del "shoji", y voy de nuevo a tenderme a mis "futones". Tomo un libro: el que precisamente tiene que estar al alcance de mi mano: Lafcadio Hearn, llamado Koizumi Yakumo. Y leo una página, en el oro de cuyo estilo una leyenda popular está engarzada como un diamante. El rumorcillo metálico de una cadenita de hierro, distrae mi atención, concentrada en saborear la gracia indecible del autor yanqui, que tan admirablemente ha comprendido y tan maravillosamente ha reflejado el alma del Japón desconocido. Dirijo la vista al techo. La "chochin" pendiente de la viga bruñida, se agita a impulsos de la brisa que llega de fuera. La "chochin" es toda una respetable señora linterna de seda blanca, de forma ovoidal, con sus ruedos de laka negra, sobre cuya panza hay bordadas unas cuantas cigüeñas en seda roja, en distintas actitudes. La "chochin" oscila, rítmica, musical. Sigo con atención sus oscilaciones. El libro de Lafcadio Hearn, el breviario del Japón desconocido, ha vuelto a su sitio: junto a mis "ghetas", junto a mis "abis", junto a mi "kimono".

De pronto, mi "nema" todo, de arriba abajo: los bastidores de papel, el "chigaídana", los "fusamas", los marcos del "shoji", el vaso de bronce colocado la tarde anterior sobre la "teburu" por la graciosa "géjo", y en el que dos "bótanes" se han amustiado ya en el espacio de una noche, el "kakemono" de las "keshis" en ramillete, mi valija de cuero tirada por un rincón, la "chochin", todo, todo tiembla. ¿Qué sucede? ¿Qué es lo que pasa? La "nema" se estremece. La "nema", inválida por una vibración broncínea, zumba como una colmena. Me incorporo, inquieto. Voy a inquirir... Un nuevo estruendo... Nuevo estremecimiento de la "nema"... El zumbido

broncíneo, esta vez más intenso, más onduloso, aturde mi oído, sacude mis nervios... Pero esta vez comprendo, y me río de mis fútiles temores. Es el "góhn" de una campana: de "la campana", para expresarme de mejor manera. Es la campana de un santuario budhista de las vecindades, conceptuada como la campana más grande y más vieja de todo Kyoto: la abuela de las campanas japonesas. Ayer tarde, en mis correrías por la Montaña, la he visto de cerca, colgada de su polvoriento travesaño, bajo su kiosco rojo y dorado en forma de champiñón. El bronce está cubierto literalmente de una costra de roña; y el badajo primitivo es una viga de madera, pendiente de unas cuerdas. Al pie del artefacto sagrado, de cuclillas en sus esteras, dormita un "bonzo", musitando oraciones, en espera de las propinas. He puesto un "sen" en su mano arrugada y huesuda, y en seguida, he dado un golpe con el badajo al bronce dormido. El bronce se ha despertado, ha rugido, me ha envuelto, primeramente, en su ruda caricia vibrante, para luego enviarla, desparramada, hacia Kyoto, sobre la que ya las cenizas del crepúsculo se cernían, arropándola como en una mortaja. Es ella la que ahora suena. Es ella la que ahora altera la dulce tranquilidad de mi "nema". Ella la que lleva hasta Kyoto, que se despereza, la salutación matinal de su bronce milenario. Ella la que canta, a gritos, en su zumbante lengua, la gloria imperecedera de Budha.

...Oigo el chirrido de mi "tó" que se desliza sobre sus ranuras.

—"Kon nichi wa!"

Es la graciosa "géjo" que llega, trayendo en una bandeja, alineado en fuentecitas de porcelana, mi desayuno de muñeca. La "géjo" me observa, maliciosa. La "géjo" comprende mi asombro, adivina mi

pasada turbación. Y la "géjo" se ríe de mis puerilidades de bárbaro.

—"O-Kane!" "O-Kane!" —clama, gozosa, para hacer desaparecer el último resto de temor.

—"O-Kane!" "O-Kane!"

Sí, sí, deliciosa "géjo", encantadora "musumé". Es la campana. La campana del santuario budhista que suena. La venerable campana que nos da a todos los buenos días.

Y la "géjo" sigue riendo. Ríe infantilmente, con todo su menudo, con todo su delicado y frágil cuerpecito, agitándose, como un pájaro que, después del baño, esponjara su plumaje. Las japonesas se ríen de todo. Ríen sin motivo, por cualquier futilidad; por reírse únicamente. Ríen, incesantemente, tal vez porque saben que riéndose se ven muy bonitas. La risa les va bien. Las anima. Las ilumina, como una luz interior. La boquita de la "géjo" que me sirve, es pequeñina, pequeñina cual el ruedo de un dedal y sangra carmín natural, jugo de "nanten". Al reírse, enseña las apretadas filas de dientecillos albos, minúsculos como granos de arroz, y en cada una de las apetitosas mejillas rosadas, se forma un hoyuelo, un "camanance" provocador. Ríe la "géjo" mientras, acurrucada sobre sus talones, al lado de mi "toko", escancia el té, cuyo aroma capitoso se expande por la habitación como un incienso. Ríe. Y al verla así, la "yukata" de seda entreabierta, indiscretamente; el busto echado delante, en realce; la cabecita agobiada bajo el peso del peinado, todo claveteado de frescas flores, medio escorzada en coqueta actitud; el brazo bien fuera de la manga en campana, alargándome la humeante tacita, pienso en que la vida sería una verdadera delicia, un verdadero encanto, pasada por siempre en este sombroso y fresco rincón del mundo, frente a frente de Kyoto, en las vecindades del parque de Muruyama y del puente de Gión,

al dintel mismo de las montañas de Higashiyama, cerca de los vetustos dioses que duermen en las capillas de los suntuosos templos su sueño de siglos.

HARU-KASE SAN

NAGASAKI!

Nagasaki, alegre bajo el claro sol de Estío y entre el sonoro estridular de las cigarras.

Nagasaki, sonriente y pintoresco entre el verdor intenso de sus pinos y de sus "hinochis", y el azul mineral de las aguas de su bahía.

Nagasaki, místico y profano a la vez, con sus "toriis" de bronce acardenillado, sus pagodas de resquebrajada laka roja, sus descantilladas "sotobas" de granito, sus "toros" de piedra leprosa de musgo y carcomida por la invasión de los "kinokos", entreverado todo ello a sus "hikité-tchayas" que han perdido su misterioso recogimiento, a sus "izakayas", en las que las apestosas bebidas occidentales han desterrado, por siempre, al perfumado y tibio "saké", y la ponzoñosa cerveza, ha sustituido al té, verde como infusión de algas marinas, humeante en el diminuto cuenco de las tacitas, frágiles como cáscaras de huevo, con su enjambre de "katsudó-shashines", de "films" tan obscenas, tan repugnantes como las de las barracas de Port-Said, o las del "Zazá", de La Habana; con sus "oiránes", pintarrajeadas, policromas, desvergonzadas, cínicas, como sus lejanas compañeras de París y de Londres; con sus "yakushas" y sus "hokanes", tan borrachos y tan vagos

como los comiquillos y los cantantes de café de cualquier capital europea.

Nagasaki, tranquilo en esta tarde de domingo, apacible y silenciosa, contemplado desde lo alto de un "shoji" descorrido, al abrigo del reservado de una "hikité-tchaya", de las contadísimas que por milagro han escapado a la odiosa contaminación extranjera, y permanecido incólumes, fieles a la tradición nacional. Silente, atractiva, la casa de té, abrigadita entre la espesa verdura de los árboles, en la honrada y santa vecindad del "Templo del Caballo de Bronce", disfrutando de la sombra y de la frescura de las sagradas cryptomerías y aromada perennemente por los alientos resinosos de los pinos de las colinas circundantes.

Llego a ella, sediento, fatigado de mi larga excursión. He ascendido a las colinas; he visitado cementerios abandonados y ruinosos; he penetrado a templos, en los cuales, después de prosternarme, como es de ritual, ante el santuario, el buen "bonzo", malicioso y tímido, me ha ofrecido "saké" en un cuenco, "saké" extraído, ante la mirada indiferente de la divinidad, de un tibor de barro escondido tras los dorados y los lotos metálicos del altar. He ido buscando puntos de vista; he escogido perspectivas de la bahía, cuyas quietas aguas el sol hace reverberar; he sorprendido pedazos de horizonte marino en el que las islas aparecen, emergiendo del azul mineral, como conos de esmeralda rematados por un pino diminuto, cuyo redondo follaje hace el propio efecto de un parasol abierto; he contemplado capas de lotos flotando en minúsculos lagos; me he asomado al brocal de cisternas de estancadas linfas, en las que hojas desprendidas de los árboles se pudren, y entre cuyo limo viscoso las ranas croan incesantemente; he cruzado puentes curvos sobre arroyos en miniatura; héme plantificado ante casca-

descalzarse

líquenes, que luego devanan sus guedejas cristalinas entre pedruscos puestos ahí adrede para producir un asombroso efecto ornamental. Llego fatigado, casi sin aliento, seca la garganta, a la "hikité-tchaya" hospitalaria. He llamado dando dos fuertes palmadas. Mi "annaisha", un japonés listo, ha gritado algo, guturalmente. La "shujin" de la casa, acude a recibirme presurosa, cortés. Genuflexiones. Más genuflexiones. Genuflexiones a nunca acabar. Palabras que yo no comprendo, pero que probablemente serán frases de salutación. Manifiesto gratitud a mi modo. Mis frases en español, le hacen a ella, el mismo efecto cabalístico que a mí las suyas en japonés. Veo su entrecejo que se contrae ligeramente en un gesto de atención.

—"Yoku irasshaimashita!"

Me siento en las gradas del dintel, y me descalzo. ¡Qué deliciosa sensación de frescura la que experimento al abandonar mi odioso calzado, e introducir mis pies en las sandalias de paja de arroz, suaves, mullidas! Mientras me dedico a la larga operación de despojarme de mis altas botas, la "shujin" me ha contemplado sonriente. Ellas, cuyas "ghetas" van apenas retenidas entre los dedos por una cuerda de seda en V, y de las que se despojan con una facilidad y una presteza pasmosa. Cruzo un pasillo. Asciendo una escalera. La "shujin", de "kimono" color de flor de morera, cruzado elegantemente sobre el pecho y que sujeta frondoso "obi", cuyo nudo, a la espalda; pesa como una joroba; la "shujin", cuyo paso apenas gravita sobre los "tatamis", hace correr sobre sus ranuras los pulidos bastidores del "io" de un "tokonoma". Un penetrante efluvio de alcanfor se levanta, llega a mí. De pie en el umbral, alcanzo a divisar, entre el claro obscuro de la estancia, el paisaje en blanco y negro de un

"fusama". Oigo, sobre las esteras, el pasito de la "shujin", menudo como el de una corneja sobre el tapiz de hojas otoñales. Un "shoji" chirría. Un marco de luz se abre frente a mí. Y llenando ese marco, como un cristal, el azul del mar, abajo; arriba, el azul del cielo; y ambos azules, divididos por una raya negra. Todo ello dispuesto a la manera de los cuarteles en un escudo heráldico. Como en casi todos los "tokonomas", en éste no hay más menaje que un "chigai-dana", empotrado al muro, sobre uno de cuyos tableros, en un vaso de bronce de lianesca forma, dos iris, dos iris solamente, esponjando sus corolas entre los estiletes verdes de unas cuantas hojas alternadas. Sobre la lechosidad del papel de los bastidores fijos, tres "kakemonos" penden. Están tratados a la manera clásica de Hokusai. Flores y pájaros. Plenilunios y ramas floridas de cerezo. Sobre los "tatamis", pequeños como pañuelos de bolsillo y adheridos los unos a los otros con cintas negras e imitando el encasillado de un tablero de ajedrez, hay, diseminados, hasta cuatro cojines de seda sangre de dragón. La "shujin" ha desaparecido a una palabra mía:

—"Chá!"

Y té, té de Uji, que huele, él solo, más que todas las flores de todos los cerezos de Mukoshima. Té bullicioso, que al borbollonear en la "kyusu" de porcelana, hace bailotear la tapadera, pareciendo que un enjambre de abejas zumbadoras forcejease dentro por buscar salida. Té verde, verde como infusión de algas marinas, como esencia de retoños de pino. (Ese verde japonés, sin igual en el mundo, que enterneciera a Sir Rudyard Kipling). Té, que se sorbe de un solo trago, con delectación, y que deja la boca impregnada, cual si por ella hubiere pasado, derrochando lujuria, el alma de la primavera. Té, liviano e intenso, engendrador de suave bienestar, estimulador de apacibles ensueños, aplacador de agudas nostalgias, cómplice del amor... Té de Uji, legítimo, aporta para mí la diligente "shujin". Y ello, con el mismo aparato de siempre, con la misma escrupulosa pulcritud. Genuflexiones. Sonrisas. Zalamerías. Revolotear de pájaro. Cháchara enigmática... Junto al estuche de pipas, deja el cilindro de bronce, el "kibashi", para depositar en él las cenizas. La "kyusu", junto al par de tacitas, junto a las escudillas, grandes como un "yen", con las consabidas confituras de habas, y sin faltar el "yokan" clásico. ¿Dos tazas? ¡Esto es significativo! —¿Para quién será la otra?— ¿Querrá la buena, la amable "shujin", dispensarme compañía, compartir conmigo las delicias del "hirume", disfrutar de la frescura y elasticidad de los "tatamis"? No... Ella ha creído adivinar mis deseos, y se ha adelantado a satisfacerlos. Una de las "geishas" de la casa va a llegar. Así lo supongo, porque en lo que ella me dice, distingo claramente las palabras: "geisha"—"uta"—"biwa"—"utau"—"Haru-Kase San". La "geisha" que va a llegar de un momento a otro se llama: la "Señorita Viento de Primavera". Ella traerá consigo su "biwa". Ella va a cantar para mí, para mí solo, esas "irohautas", esas adorables canciones ligeras, que huelen como la flor del ciruelo: a miel y a rocío. ¿Será bonita? He quedado nuevamente solo. Me aproximo a la "shoji". Contemplo el paisaje, bañado de sol. Cerca, un "torii" de bronce, plastifica en la diafanidad del ambiente sus formas angulosas. Bajo el "tori", va pasando una fila de "musumés" que van a orar al templo. Oigo el "krrin, krron, krrun, krron, krrun, krron" de las "ghetas" de madera sobre las gastadas baldosas de piedra. A ambos lados de la avenida sagrada, bajo la copiosa sombra de las cryptomerías en que chillan los "kolos" y alborotan las urracas, los "toros", enverdecidos por el musgo, alinean sus

pétreas linternas desportilladas. Percibo límpida la risa de un "otokonoko" que salta, juguetón, llevando atado al extremo de un hilo un gran pescado de tripa teñida de rojo e inflado de oxígeno. La "geisha" va a llegar. La "geisha" llega. En el pasillo silencioso siento repercutir sus pasos menudos, oigo risas sofocadas, palabras inteligibles. Es ella. Entra toda encogidita, tímida, con una deliciosa mueca de desconfianza. Trae bajo el brazo su "biwa", envuelta en su funda de crespón violeta. Es menuda, es delicada, es fina como una libélula. Sus pintados labios sonríen. Su peinado, lustroso de aceite de camelias, es toda una admirable obra de arquitectura. Una crisantema de color amarillo bronce, va prendida a él con un gracejo sin igual. El "kimono" es de seda de un rojo asalmonado, sin cambiantes, asolapado de raso marrón. Lleva, bordados en oro, unos cuantos "mon". De la manga en campana, surge un brazo desnudo, rosadito, regordete, al que remata una mano ideal, imponderable, sin el baldón de una sola sortija, sin la ridiculez de una sola pulsera. Bella, naturalmente. Bella, dentro de su género. El "obi" que cierra el "kimono", es un "obi" de lujo, bordado de sartas de capullos de glycina; un "obi" de "geisha" casta en la que se conserva todavía inalterado, puro, el antiguo esplendor de los trajes y la audacia fantástica de los peinados de la corte de los "shógun". El "tabi" es albo, aprisionando el tobillo. La "gheta" es de laka negra, con su trenzado cordón de seda azul. Entre el escote del "kimono", que se cruza sobre el pechito apenas abultado, asoma el arranque del cuello desnudo, un rinconcito de la piel, de una blanca palidez de marfil. Se arrodilla, sentándose sobre los talones, y así, en esa postura familiar, desenfunda la "biwa" de afilado mástil. Puntea una, dos cuerdas. Las notas vibran, sonoras, repercutiendo en la caja del instrumento, como en

el cuenco de un caracol marino. Sus deditos afilados van y vienen, de arriba abajo, de abajo arriba, como queriendo, con la caricia de la yema, suavizar la rigidez de las cuerdas tendidas. Luego, apoya la caja del instrumento sobre sus piernas, deja descansar el largo mástil sobre su hombro, y arrimando a las clavijas en forma de remos de "fune" sus mejillas, hinchaditas y apetitosas como un melocotón, comienza a preludiar. En seguida, canta. ¿Qué es esto que canta la "geisha"? No es la misma música que he oído tantas y tantas veces en las "hikité-tchayas" del Yoshiwara, de Tokio; en las del barrio de Gión, a las orillas del Kamogawa, en Kyoto; música contaminada ya del espíritu bárbaro, adaptada a una técnica extraña y nueva, que va a las delicadezas y ternuras de la música japonesa, como un molde de hierro. Esta, con que hoy recrea mis ocios de turista fatigado la "Señorita Haru-Kase", es de una armonía rara, nueva para mí, imbibida de sorpresas cromáticas y en la que flota, como un capullo de loto en el agua glauca de un "mizuúmi", el alma de una melodía inefable: el alentar, suave, melancólico, plañidero, del Japón que se extingue. La "geisha" canta. Su vocecita de cigarra, en la que los trémolos tienen algo de los maullidos de una gata, repercute en mi corazón, acaricia mi oído, y siento que bajo su sedante influjo, mis párpados se van cerrando, y que me adormezco, me adormezco como al arrullo de una suave canción infantil.

BAJO EL CIELO DE LA CHINA

EN EL BUND, DE SHANG-HAI

I

RECORDANDO MARKET STREET

AL promediar de la tarde abandono el "Shingo-Maru", de la Toyo Kisen Kaisha, y pongo pie en el "Passenger jetty". Estoy en Shang-Hai, en el famoso Bund; y al hacerlo, creo pisar de nuevo el asfalto de Market Street. El mismo apretujamiento de colosales inmuebles. El mismo ensordecedor movimiento de "trams" eléctricos; la misma nube de autos apestantes, y de motociclos detonantes como petardos; el mismo enjambre de ciclistas; las mismas filas interminables de grandes camiones rechinantes bajo el peso de los bultos apilados. Al igual que en Market, la muchedumbre afanosa, zumbante como una colmena, se codea en las aceras, asalta las rejillas de los bancos, invade las oficinas de negocios, se estaciona ante los despachos de las agencias de vapores, entra y sale de los "hall" de los gigantescos hoteles, y hace alto en los "bars" luminosos, resplandecientes de cristales y de luces como catedrales. Como en la encantadora metrópoli californiana, el mismo vendedor de diarios me ofrece las ediciones vespertinas. En el quicio de los zaguanes, el mismo lustrador me invita a tronar un instante en su reso-

bada butaca. Y hasta en las esquinas, los mismos vendedores de tarjetas postales, los mismos puestos de flores, en cuyos tubos de hojalata la jardinería china exhibe, ante ojos extraños, todas las rarezas de sus formas, de sus matices y de sus perfumes.

II

AL PASO DEL RICKSHAW

He tomado el "rickshaw" frente al Astor House en Whangpoo Road. He atravesado el puente de hierro, sobre Soochow creek. Al malecón de piedra del Boat House se apiñan, se anudan como gusanos negros, los juncos cuyos curvos cascos, cuyas angulosas velas de bambú, se difuminan entre el apelotonamiento de nieblas. Huelen mal las aguas del canal: huelen a limo, a pescado podrido, a alquitrán, a humo de hulla, a opio, todo ello amalgamado. Un olor especial, penetrante. Pasamos frente a los jardines del H. B. M. Consulate. Frente al Public Garden, entre cuyas uniformes pelusas, meticulosamente peinadas, entre cuyos geométricos macizos de rosas y gardenias, se alza un kiosco ¡ay! de estilo florentino, en el que una banda de marinería tritura las flexibilidades, estruja las suavidades melosas del "Encanto de un vals". ¡Cómo suena la embriagante música vienesa en medio de este ambiente exótico! Siento que la tristeza me invade... Pero el "rickshaw" ha pasado de largo... Masonic Club... Palace Hotel... Custom House... Eastern Telegraph Co... Commercial Pacific Cable Co... Shang-Hai Club... Paso frente a la amarilla torre del Semophoro, hasta llegar a la entrada del canal que limita la Concesión francesa y la separa de la Ciudad China. Hago alto un breve instante. Mi "coolíe" se acurruca entre las ruedas del "rickshaw", saca una nauseabunda pipa, la carga, y encendiéndola, se pone a fumar con beatitud. Más allá de Melcher's Wharf, más allá de Warung Wharf, columbro el Pootung, invadido él también, como todo, por la niebla. Y cerca de mí, a unos cuantos metros de distancia, siento el hervor sordo de la Ciudad China; y alcanzo a divisar, tras las murallas, un tanto borrosas, los techos de un templo erizado de dragones y de monstruos grifudos, las ramas torturadas de unos cuantos árboles, el remate curvilíneo de una glorieta, las labradas astas de una portada... Los europeos son ya muy raros por acá. Pasan chinos, chinos, chinos. Siento el olor peculiar de las ciudades amarillas. Mi "coolíe", acaba de fumar. Golpea su pipa en el suelo. La guarda. Y poniéndose de pie, da la vuelta. Partimos. Trota de nuevo, con el mismo brío, con la misma presteza. El "coolíe" que tira de mi "rickshaw", es feo, antipático, repulsivo. Sus ropas andrajosas despiden un penetrante mal olor; y su trenza grasienta, que le cae casi hasta las corvas, oscila, animada por la viveza de la carrera, como un péndulo macabro. Pero tiene nervudas las piernas, no siente la fatiga, y está bien adiestrado. Tanto como un caballo de carrera. Su trotar es suave, ligero y firme. En sus puños, las varas del frágil vehículo van seguras, como adheridas a los flancos de un excelente automedonte. Sabe, a maravilla, sortear las dificultades, evitar los accidentes. Es un tesoro. Hace recordar a los mejores "kuruma-ya" del Japón. A él confíome. Y alzando el cuello de mi abrigo, enrollando a mis rodillas, con más cuidado, la manta escocesa, voy impertérrito, deslizándome sobre el resbaladizo asfalto del Bund, bajo el polvo de agua que se cierne, que me envuelve con su fría caricia, y por entre la niebla que se me mete, sutil, por las narices, y me hace estornudar.

III

LAS MISSES

Ante los luminosos escaparates de las grandes tiendas cosmopolitas, se detienen, por grupos, las "misses": cajeras, dactylógrafas, contabilistas, dependientes, simples paseantes, llevando todas su "roman" bajo el brazo, y el velillo de tul anudado tras el sencillo "canotier" o el costoso Panamá. ¡Las eternas "misses"! Las indispensables, las inevitables... e infumables "misses"! ¡Las "misses" en turba, en enjambre, en avalancha! Me las encuentro aquí, en el Bund, frente a los escaparates, siempre en turba, siempre en enjambre, siempre en avalancha, vestidas de la misma manera, blanco o gris, con el mismo gesto puritano cincelado en todas las fisonomías, o corriendo por todas las angulosidades, o por todas las turgentes carnosidades de sus cuerpos. Llevan el mismo sencillo "canotier", o el mismo costoso Panamá; el mismo velo de tul anudado a la desnuda nuca, entre el vaporoso revuelo de los rizos; el mismo Guía voluminoso, lleno de cintas y tarjetas señalativas, el mismo "book-notes", encuadernado en piel de Rusia, y monografiado de plata vieja. Son las mismas. Las mismas de siempre, las que me encuentro aquí bajo el cielo de la China, como me las he encontrado antes en los "spardeks" de los grandes barcos; como en Honolulú, en la playa de Waikiki, contemplando los fantásticos cambiantes del mar; como en las "kinumono" de Bentendori, en Yokohama; como en "Kameido Tenjin Sherine", de Tokio; como frente al kiosco de las sagradas "maiko" del templo Ieyasu, de Nikko; como en los suntuosos "shima-jina" de Téramachi-dori, de Kyoto; como en Tennoji, de Osaka; como en la terraza del Cliff House Hotel, ante la bahía de Nagasaki; como en Minatogawa, de Kobé; como ante el Daibutzu, de Kakamura, o ante los fosos del Castillo de Nagoya. Por donde quiera que he ido, por donde quiera que he vuelto los ojos y clavado la mirada, he tropezado con las "misses" que observan, en silencio; que consultan, concienzudamente, sus Guías voluminosas; que garrapatean algo, tal vez una banalidad, en las páginas de sus "book-notes". ¡Siempre, siempre las "misses"!

IV

SHANG-HAI ENTRE LA NIEBLA

El día es lluvioso y húmedo. Un polvo de agua se cuela entre los intersticios de las nubes, compactas y grises, y desparrama su melancolía por todos los ámbitos. Shang-Hai está amortajado. La niebla del Huang-pu asciende del río, se arrastra por los suelos, deshecha por el rudo pisotear de los caballos y por las llantas de los autos, amasada por las ruedas de los carruajes y de los camiones, y por el talón veloz de los tiradores de "rickshaw", restregada por las suelas de los zapatos de los transeúntes, y acaba, así batida, por formar sobre el asfalto del Bund, una densa capa de fango, especie de lejía pegajosa que lo salpica todo, que en todo, sin excepción, pone su pringue nauseabundo. En el puerto, amarrados a los muelles, en pleno Huang-pu, en el Soochoow creek, los cascos de los barcos, las velas de bambú de los juncos, desaparecen por completo entre la niebla que los envuelve; y es apenas la punta de sus mástiles la que forcejea, la que lucha por lucir un retazo de bandera, un remate de gallardete, cuyos colores parecen absorbidos por la atmósfera, como por un papel secante. Suenan las sirenas; ensordece

el crujido de cadenas de las grúas que funcionan; resoplan, estridentes, las calderas de los remolcadores que pasan; zumban, asordinados por la niebla, los toques de campanas que regulan alguna maniobra; y el pito de un contramaestre, en lo alto de un puente, se pierde como el grito de una gaviota en la inmensidad del mar. Pasa una fila de chinos, automáticos, disciplinados como un escuadrón de hormigas azules, transportando grandes pacas de algodón. Van, cada uno su fardo pesando sobre la espalda, encorvados, alentando su esfuerzo de bestias con una melopea, monótona y triste como un lamento. Y les veo desaparecer por la puerta de una inmensa bodega de ladrillo rojo, lo mismo que las hormigas por la boca de una cueva. Van desapareciendo, uno a uno, uno a uno. Y cuando el último pobre "coolíe" se pierde en la sombra de la bodega, es sólo el eco de su canto, monótono y triste como un lamento, el que queda vibrando en mis oídos.

INSTANTANEAS DE SHANG-HAI

I

EL CREPUSCULO EN EL BUND

Mi "rickshaw" va a dejar el tumulto del "Bund". Las cenizas del crepúsculo se ciernen sobre el Huang-pu, y los últimos resplandores del sol que se extingue, reflejan en los cristales de los vastos inmuebles una visión de incendio. El "Bund" hierve de la animación vespertina. En medio de la calzada, en las anchas aceras, se atropella, se baraja el hormiguero humano. El ruido ensordecedor del día va apagándose paulatinamente. Es, apenas, la sirena de un vapor que silba estridente, entre la niebla que va levantándose del río; o son, al otro extremo de los muelles, en las vecindades de la "Ciudad China", los toques de campana de unas bodegas los que indican a sus obreros el momento de la cesación del trabajo. El "peck peck peck" detonante del motor de una gasolina que pasa, semeja eco de lejana fusilería. En las esquinas, a las puertas de los almacenes, bajo los árboles y en los bancos de piedra del malecón, se estacionan los "coolíes" andrajosos, siguiendo con ojos de codicia, tal vez con mirada de melancolía, el movimiento de la gran arteria inter-

nacional. Pasan los "trams" eléctricos llenos de pasajeros. Pasan los automóviles repletos de turistas. Pasan los pesados camiones, más estruendosos aún ahora que regresan vacíos, camino de los establos. Pasa, en la victoria barnizada de colores chillones y regida por el "coolíe" vestido de blanco, la "mistress" hastiada, que se recuesta con negligencia sobre los blandos cojines, el libro sobre las rodillas y el faldero apelotonado a su vera. Pasa el cargador indígena, bajo su sombrero de paja en forma de cono, los pantalones azules arremangados, empujando la primitiva carreta de una sola rueda. Pasa el "rickshaw" en que el chino que ocupa su día en la afanosa colmena de la Concesión, regresa a la "Ciudad China" que va a cerrar su muralla. Pasa la motocicleta de un oficial colonial, de albo casco de corcho y polainas de lona... Los "bars" encienden sus ramilletes de focos; y la procesión de bebedores va traspasando los acristalados dinteles. El grito de un vendedor de diarios, suena, extraño, en una melopea plañidera. La niebla del Huang-pu va espesándose. Ha inundado ya los muelles de piedra, ha arropado los árboles enfilados, ha borrado por completo el paisaje marino. Y es ahora el "Bund" resplandeciente de focos eléctricos, de escaparates luminosos, de anuncios que desgranan sus collares de perlas de flamígeros colores, de fanales de "trams" y de faros de automóviles, el que naufraga entre estos densos vapores que trascienden a yodo, a alquitrán, a pescado podrido, a todos los agrios efluvios de la marea...

Mi "rickshaw", huyendo de la invasión, dobla por Nanking Road, y sube hasta perderse entre las luces, los ruidos y las músicas, de las tiendas, de los restorán y de los teatros de las calles chinas.

II

EN LA "CIUDAD CHINA"

Para penetrar en la "Ciudad China", hay que atravesar un puente de tablas mal unidas, tendido sobre un foso en el que el agua se estanca, cenagosa, apestante, cubierta de lama, y por la que flotan, junto con el cadáver de algún perro, inflado y blancuzco, troncos de berza, cáscaras de naranjas, corchos, restos de paja, pedazos de tabla, plumas de ave, tallos de cebollas, todo el desperdicio de los hogares que tras estas murallas se apiña, y cuyo sordo rumor llega hasta nosotros.

He tenido que dejar mi "rickshaw" al término de la Concesión francesa, y en una de las sórdidas oficinas que por allí pululan, enganchar un guía. Son estos guías de los tipos más particulares de Shang-Hai. Vistiendo terno de dril blanco, de flotante corbata Lavaliére, botas de cuero de Rusia y arbolando sombrero de paja y lentes, hacen recordar, en el acto, a los "europeizados" de Tokio. Hablan "pidjin". El "pidjin" es una mezcla endemoniada de chino, portugués e inglés. Tuve la suerte de que el mío, además del "pidjin", para uso de turistas, chapurrease un poco de francés, deformado. Hemos atravesado el puente. Junto a las orillas del ancho foso, inmóviles, se apiñan los racimos de juncos, cargados de mercancías. Un enjambre de "coolíes", como tropa de hormigones negros, van descargándolos, y en fila, con los fardos a la espalda, murmurando una monótona cantilena, se pierden en los huecos de la puerta de la ciudad, rematada de astas, de tableros descoloridos y polvosos, y de engrifados techos. Hemos pasado frente a un kiosco de doble techo curvo, de seis garfios cada uno de ellos, de tejas plomizas, aislado, fuera del

recinto amurallado, en donde un chino viejo, de bata azul, lee en esos momentos un papel erizado de caracteres. He sentido una viva emoción, al traspasar el dintel de la ciudad. Mi guía se ha detenido un instante, ha hurgado en el bolsillo de su americana, y sacando un rollizo cigarro, lo ha encendido. Quiere, seguramente, representar a la perfección, ante los ojos de sus "bárbaros" paisanos, su papel de "chino civilizado". Por demás está apuntar que los chinos que pasan en turbamulta, codeándose, apretujándose, por entre las tortuosas callejas, no se fijan ni en él ni en mí. No es sino apenas algún comerciante curioso, el que, sentado tras su mostrador, nos da un vistazo indiferente, y prosigue fumando, tranquilo, en su gruesa pipa de bambú.

Y el corretear por las callejuelas, principia. Vamos de una a otra. Yo lo observo todo, me detengo, cuando la avalancha que pasa me da lugar, frente a una tienda para admirar algo admirable: un bronce, el bordado de una pantalla de seda, alguna laka, alguna pintura, algún marfil. La impetuosa ola humana no da tregua. Un empellón me lanza de mi sitio de contemplación, y me veo de nuevo arrollado, estrujado, hasta que mi guía, agarrándome por un brazo, casi arrancándome a la corriente, me hace penetrar por una puerta, la que se cierra tras nosotros. Estamos en el patio de un templo. Entre las junturas de las losas, crece la hierba. Unas palomas se abrevan en un charco de agua llovediza. Vamos por un lóbrego pasillo hasta una capilla obscura, guardada por dos dragones de madera. En el fondo, sobre un altar, entre lámparas que arden, se alza un Budha rechoncho, resquebrajado, cubierto de telarañas y chorreteado de mugre. De las labradas vigas del techo penden linternas vetustas. Al pie del Budha hay unos grandes lotos de madera dorada. Me aproximo al altar y dejo caer mi ofrenda dentro

de una arca enrejada. El bonzo, vestido de negro, con la frente marcada de signos sagrados, se acerca y me ofrece una varilla de sándalo. La tomo y llegándome al pebetero de bronce, la clavo entre las cenizas amontonadas, y la enciendo. La varilla arde; el humo asciende en espiral. Y por el antro del Budha se expande el suave, el delicado aroma de la madera. Salimos. Un nuevo patio, más extenso aún que el anterior, y en el que una multitud de comerciantes yacen acurrucados frente a sus miserables ventas. Por allí discurren mendigos andrajosos. Junto al muro, un ciego, de nariz carcomida y boca desdentada, tiende una mano roñosa y nauseabunda. Más delante, otro ciego, sentado sobre una estera deshilada eleva al cielo sus pupilas cubiertas por una nube lechosa, y sus pobres párpados se agitan como en el esfuerzo de una visión difícil. Nos detenemos frente a una nueva puerta encadenada. Al abrirse, nos encontramos en un jardín. Entre los árboles, un laberinto de rocas se ofrece a nuestra vista. La ascensión principia. El sendero ondula, se eleva, desciende, caprichosamente, estrecho como una cinta, y a cada vuelta, es un nuevo paisaje el que se descubre. Los macizos de verdura alternan con las arideces de las rocas. Las angulosidades de las piedras se disimulan, a veces, bajo los paños tendidos de las enredaderas. De pronto, al llegar a la cúspide, un panorama maravilloso se despliega a nuestros pies. Es el profuso apiñamiento de techos de la Ciudad circundante, cuyo hervor de vida llega asordinado. Son los curvos tejados de los templos, los remates labrados de los kioscos, los pisos superpuestos de las pagodas, las esculturas fantásticas de los arcos, los dragones de piedra de las portadas de los "yemen". En una asta resaltante, un interminable gallardete amarillo se agita en largas ondulaciones, como una serpiente de oro pendiente de una soga

negra. Y entreverados, árboles, árboles, árboles, que retuercen sus ramas en un gesto de mudo sufrimiento, levantándolas hacia las honduras de un cielo azul de Prusia, terso, sin el amago de una nubecilla, y del que fluye, implacable, una claridad ofuscante. Al descender, y cuando esperamos desfilar de nuevo por entre la corte de los mendigos, y detenernos un instante ante el altar del Budha, nos encontramos a la orilla de un lago en cuyas dormidas linfas, flotan lotos mezclados a las manchas de lama verdusca. De una a otra orilla, al sesgo, lo atraviesa un puente en zig-zag. Caminamos por él; pasamos frente a una glorieta acristalada, de techos curvos rematados por adornos de bronce. Es una casa de té. Sentados alrededor de toscas mesas, los chinos ociosos, beben té, fuman sus pipas y recrean la vista en la contemplación del bello paisaje circundante. Pasamos de largo. Y al concluir el último zig-zag del puente, nos sumimos de nuevo en el dédalo misterioso y sórdido de callejas de la "Ciudad China".

LAS NOCHES DE HONG-KONG

I

KRANKE FUMA...

NOS hemos hecho servir el café en el "smoking-room". Acomodados mi amigo Kranke y yo en sendos "rocking-chair", estos muelles, estos profundos "rocking-chair", del "Hong-Kong Hotel", que invitan a la meditación y al sueño. Todo el acervo de la sabiduría británica, está condensado en estos "rocking-chair", cuyo blando mecimiento cunea beatíficamente lo mismo la honda y trascendental lucubración filosófica que la recia digestión de los más endemoniados "curryes" y de los más sanguinolentos "roast-beefs". Y es que se está en ellos tan cómodamente, y es tan terso y huele tan bien el cuero verde que los aforra!

Mi amigo Kranke, alarga el brazo hacia la caja de cigarros que está sobre el cercano velador, y, al tacto, escoge uno. Lo palpa de arriba abajo entre el pulgar y el índice. La capa del cigarro, cruje bajo la presión exploradora. Luego lo lleva a sus narices, y lo olfatea, entornando los párpados, como en un éxtasis.

El cigarro seleccionado por mi amigo Kranke, es todo un respetable señor cigarro, uno de esos rollizos

cigarros de roja vitola, gruesos y largos cual vainas de algarroba, de profusa confección hamburguesa, y que en propia tierra británica, al pie de este peñón florecido y artillado, disputa la supremacía a los insípidos tabacos insulares y a las embriagantes y empalagosas mixturas chinas. Mi amigo Kranke, toma entonces una postura apropiada. Se arrellana, procurando que sus angulosidades encuentren propicio ensamblaje, apoya la nuca en el mórbido respaldo, y estirando las piernas, sus zapatones de Dusseldorf van, irreverentes, a magullar con sus suelas de a pulgada el empañado "pluch" y los apilados cojines de un diván cercano. Mi amigo Kranke, alarga de nuevo el brazo, y sin alterar su postura, aproxima a sí una fosforera de porcelana, toma una cerilla, la frota, y aproximándola al cigarro, bien afianzado entre los dientes, lo enciende lenta, calmosamente, a largos, intensos chupetes. El cigarro arde perfectamente. En la mano, la cerilla queda llameando aún. Puerilidades, refinamientos, tal vez extravagancias de fumador empedernido, el conservar, así ardiente hasta última hora, la cerilla. Cuando la llama va ya a tocar la yema de los dedos, Kranke, que ha mantenido la cerilla levantada a la altura de la punta de su nariz, observándola, despliega el brazo y la coloca en el platillo del cenicero. Es éste el solemne, el sagrado momento en que Kranke, extendiendo simétricamente entrambos brazos a lo largo de los palos acolchados del oscilante "rocking-chair", y clavando, con gesto ritual, la mirada en el artesonado techo del "smoking-room", deja de ser un hombre, un amable "commis-voyageur", para entrar a formar en la categoría de cosa. Es una chimenea en funciones. Para que el dusseldorfismo de la escena sea completo, no falta más que a la vera de la caja de cigarros, yazga un volumen de Krause y un broncíneo busto de Bismarck. El humo brota de los labios

de Kranke, en gruesas espirales, en tupidos flecos. Y espirales y flecos ondulan, pesadamente, flotan sin lograr disiparse, debido a la pesadez del ambiente. Ascienden las bocanadas, empujadas por entre los labios por la fuerza que las expele; la espiral es apretada, es compacta; pero cuando llega a cierta altura, la fuerza que la animaba la abandona, y la espiral se trunca, se desflora, como un capullo que se abre, y va extendiéndose, va desplegándose en una nube ondulosa, zigzagueante, que se desliza tardíamente hacia las grandes ventanas abiertas, que se pierde en la atmósfera, y se va hacia el cielo negro, hacia el mar negro que rezonga en las sombras. La cabeza de Kranke, cuyo pelambre enrarecido es de un rubio sucio de estopa de coco, se encuentra ahora circundada de un nimbo de humo. Flota en la humareda borrosa, como la silueta de una luna llena reflejada en la lámina cenagosa del extenso pantano de Kandy, removida por las patas de los sagrados elefantes blancos. Kranke ha penetrado en el nirvana. Kranke no existe ya para la vida real. Kranke está a millares de millas de Hong-Kong, tal vez paseando por una calle de Dusseldorf del brazo de una frescota "fraülein", o en el fondo de una taberna, alrededor de una mesa de pino, frente a un ornamentado "bock" de cerveza, entre el humo de las pipas de barro, familiares y propicias a las digestiones del "sauerkraut".

II

POR LAS CALLES DE HONG-KONG

Mi amigo Kranke y yo hemos abandonado el "smoking-room". Mi amigo, después de haber fumado, cómodamente, su "tabak"; yo, después de consu-

mir todo el contenido de la cafetera, y de haber hojeado una pila de ilustraciones londinenses.

Mi amigo Kranke y yo, nos hemos detenido en el vestíbulo, lleno de tiestos de palmeras y de helechos frondosos. Frente a nosotros, se prolonga una apretada ringla de "rickshaws" con sus varas apoyadas en el piso de la calzada, y sus cajas en alto. Los cojines de los asientos están, uniformemente, acolchados en su funda blanca. ¡Qué lejos, qué lejos estos sucios, resquebrajados "rickshaws" chinos, de aquellos limpios, prestos y simpáticos "kurumas" japoneses! ¡Qué antagónicos estos "coolíes", de ojos de ave de rapiña y jetas de marsupiales, de aquellos "kuruma-yas" de Tokio, de Nikko, de Kioto, diligentes, finos, agradables! Los harapientos "coolíes", con el robusto tronco desnudo, y los pantalones de dril azul arremangados más arriba de las rodillas, descubriendo las nudosas pantorrillas; los "coolíes" descalzos, la cabeza descubierta, rapada toda alrededor, y del occipucio pendiente la trenza cerdosa que al correr, les golpea las ancas como fusta que estimula; los "coolíes" alborotadores, alharaquientos como canasta llena de pericos furiosos, caen sobre nosotros, en enjambre. Nos halan, nos estrujan; en nuestros rostros sentimos su aliento que huele a cadáver; vemos sus apretadas filas de dientes amarillos y afilados, abiertos en un gesto de tarascada; sus ojillos circunflejos, arredondados por la codicia. Es necesaria la intervención del "policeman" indio, que impasible, recostado en una de las columnas del vestíbulo, presencia la escena, para que hubiera paz, y pudiéramos tomar nuestros "rickshaws". Nuestros "coolíes" empuñan las varas, y arrancan con violenta viveza, con una rapidez que no hay cuidado que persevere. A los pocos metros del Hotel, amengua la inicial velocidad, y la briosa carrera se convierte en un trote pesado y remolón.

—¿A dónde vamos?

Vamos al acaso y a la sorpresa de las avenidas y de las callejas de Hong-Kong, atraídos por la bulla, por el ruido, por el estruendo que a estas horas de vida nocturna estremece de arriba a abajo, a esta gran ciudad, puerta de oro de un mundo nuevo.

Vamos desfilando por Queen's Road, frente a la doble hilera de los grandes almacenes iluminados, con sus resplandecientes escaparates, abarrotados de riquezas, y que hacen recordar, con sonrisas de compasión, en las pobres grandes tiendas de la Rue de la Paix, de Picadilly, o de Regent Street. Al paso del "rickshaws", alcanzo a dominar, como en un desfile de visiones feéricas, los "curios", amontonados tras los deslumbrantes cristales. No hay idea de lo que es penetrar en una sedería de Cantón, o en una tienda de "curios" de Hong-Kong o de Shang-Hai. Es una fiesta ofrecida a la mirada; es una embriaguez en que los sentidos naufragan.

El "rickshaw" va avanzando. Y es, aquí, el jardín encantado de las sedas, tersas como pieles, o cargadas del prestigio de los bordados. Y es, luego, el mundo de los marfiles raros, riquísimos ejemplares de un arte esotérico, salidos de los "yemenes" de los mandarines. Es, allá, la exhibición de jades preciosos, la lucha por el prestigio de las cinceladuras maravillosas: jarrones, tibores, orzas, teteras, floreros, jarros, maceteros, toda esa variedad de orfebrería en que los chinos, sin llegar a la elegancia, a la sobria distinción de los japoneses, los sobrepujan en riqueza, en boato. Es, más allá, el santuario de las porcelanas de blancores inimaginables, o de amarilleces que sólo los pinceles del tiempo suelen dar. Y son, luego, las lakas, amontonadas, las lakas, tal vez demasiado ornamentadas, tal vez demasiado recargadas de dorados; los frágiles bibelots, delicadas flores de paciencia y de arte, que hacen suspirar por

las reservas de un Rockefeller que permitiera arramblar con toda aquella tentación; las joyerías, con ese cúmulo de dijes costosos, de arracadas labradas, de sortijas de extrañas formas, de pulseras serpentinas, de diademas, pesadas como coronas; de collares, capaces de doblegar un cuello al abrumo de su oro y de sus gemas; en fin, de toda esa cantidad de chucherías con que las damas chinas realzan sus delicadas fealdades, y que las hacen aparecer, así ataviadas, como ídolos que caminasen, impelidas por una fuerza misteriosa. Y luego, tras un "bar" todo cuajado de focos eléctricos, en que los chinos europeizados sorben bebidas inglesas y hablan inglés, es la vitrina en que los abanicos muestran la variedad de sus formas, y el capricho y la sutileza de sus pinturas. Y es la tienda de linternas, en donde las hay desde las dimensiones de una naranja hasta las que afectan las desarrolladas redondeces de una calabaza, desde la de pintarrajeado papel de fibra de bambú, hasta la que se aforra en la más fina seda de los telares cantoneses. Y es la tienda de flores, las flores en ramilletes, en guirnaldas, apretujadas en tibores o amontonadas, al acaso, en cestas de mimbre o en azafates de laka, que arrojan a la calle, dominando los vicios de la atmósfera, el capitoso sahumerio de sus corolas. Y es el muestrario de un zapatero. Sencillo. Sobrio. Sobre un lecho de tela, espesa, acolchonada, yacen abandonadas, como al paso furtivo de una media docena de Cenicientas, media docena de chinelas, media docena de estuches, en que la mano de un niño encontraría dificultades para entrometerse. ¿En dónde están las mujeres cuyos pies vengan holgados en estas bicocas? No serán, seguramente, esas pobres mujeres pintarrajeadas que en las callejas de las vecindades de los muelles, van arrastrándose penosamente, agarrándose a las paredes, camino de los restorantes

hediondos a pescado seco. Ni tampoco será la bailarina que, frente a la resplandeciente casa de citas, desciende de su silla de laka, fulgurante de bordados y de afeites. No. Estos brodequines, son para ir al fondo de algún "yemen" de mandarín, en que las princesas del amor, suspiran y esperan. Y es, ahora, lo que llama nuestra atención, y nos hace detener el "rickshaw", y descender, un rumor asordinado de gorjeos; un murmullo, muy quedo, de piídos; un remover, leve, de plumajes. Es una tienda de pájaros. Y mi amigo Kranke y yo, penetramos. Las jaulas se apilan contra las paredes, a miles; y es la luz cruda que fluye de los focos, la que ofende a los pájaros encaramados a los palos, apelotonados, en parejas, como protegiéndose unos a otros; es ella la que les hace piar incesantemente y removerse sin cesar. Los hay de todos tamaños. Desde el de las dimensiones de un pájaro mosca hasta el de las de una guacamaya. Y los plumajes recorren toda la gama de los colores; y los picos, y los ojos, todos los tonos de los metales y de las piedras preciosas. Salimos, con los oídos zumbantes de aquel metálico rumor. Y nuestros "rickshaws" siguen, hendiendo la ola humana, arrastrados, empujados por ella. Los anuncios luminosos parpadean sobre los altos techos, o al nivel de los pisos, por cuyas ventanas brota la claridad a torrentes. Son casas de té, restorantes, clubs alegres. Y por esos mismos boquetes, junto con las cascadas de luces, brota también a oleadas, el alboroto de los agudos cantos y de las músicas bizarras.

De pronto, un anuncio en roja luz, retiene nuestras miradas. Es un anuncio de teatro. Leemos: "The Geisha".

—Sería curioso —insinúa Kranke.

—En efecto. Sería curioso —afirmo yo.

Y descendemos frente al vestíbulo del "Theatre Royal", a tomar nuestras respectivas localidades.

Y nosotros, que venimos de las casas de té de Yokoama, de Tokio, de Kyoto, de Kobé y de Nagasaki; que hemos oído de boca de legítimas "Mimosa-san" el

Tchon kino
Tchon kino
Tchon... Tchon... Kino, kino
Yokoama, Kobé
Nagasaki sorié, ye...

penetramos tranquilamente al teatro, y vamos a sentarnos entre unos cuantos cientos de ingleses, estirados en sus "smockings" blancos y sus tiesas pecheras, a encalabrinarnos los nervios, y a renegar de todas las músicas en que se pretende aprisionar el alma multiforme y misteriosa del Japón, y que no producen sino el efecto de una mariposa clavada en el cartón de un entomólogo, de una flor comprimida entre los pliegos del herbario de un botánico, de un pobre y lindo ruiseñor, fijo en lo alto de una percha, entre hojas de papel y flores de rabiosos colorines.

PAISAJES DE HONG-KONG

ANTES que otro cualquiera, el "Peak". La cumbre de la roca, de la cual la testarudez, la paciencia y la ambición de los ingleses, ha hecho una montaña florida. En el "Peak", Inglaterra tiene sus cuarteles, tiene sus almacenes de guerra, tiene sus hospitales militares, tiene la regia mansión del Gobernador, con sus extensas pelusas de grama, sus dilatados patios de "tennis", sus soberbias terrazas, desde las que el anciano Lord, puede dominar el panorama marino. Sobre todo, tiene en el "Peak" una fortaleza inexpugnable, erizada de cañones. Y esos grandes cañones, cuyas bocazas se esconden en las laderas, entre la espesura de los laureles en flor, de las gigantescas palmeras, de los susurrantes bambúes, tienen a la merced de sus proyectiles a Cantón, a la vieja, la sagrada, la inviolada Kuang-Tung, que allá en la lejanía del Tchu-Kiang se agazapa, fosca y huraña, entre el apelotonamiento de las nieblas fluviales. En el "Peak", hay "chalets" rosados, hay palacetes de rojo ladrillo. Los millonarios, los banqueros, los armadores de la "city", viven ahí. Como nosotros hace un momento, ellos también, a la salida de sus oficinas, toman el carro del "funicular", y se alejan del estruendo de la activa colmena. En el "Peak" hay un suntuoso hotel: "Peak Hotel". Y es a

él, a donde, al dejar el "tramway" nos encaminamos. Mi amigo Kranke me conduce a una vasta galería encristalada, llena de palmeras plantadas en tiestos de porcelana. Nos aproximamos a la baranda. La vista da al país chino, al otro lado del estuario. El panorama es asombroso. Haced de caso que os encontráis ante uno de esos mapas en relieve, ante un descomunal, ante un desproporcionado mapa en relieve. Las vastas, las interminables llanuras verdes, cortadas por los cuadriláteros, por los triángulos de los cultivos; las hondonadas en que el verdor es casi de un tinte negro; las colinas montuosas y en el fondo, cerrando el horizonte, las cadenas de montañas, de dentelladas crestas y abruptas laderas. El Tchu-Kiang arrastrándose entre sus extensas riberas, parece una sierpe de azogue que se aleja, cansada, jadeante. El sol hace cabrillear sus millones de escamas. La niebla que comienza a levantarse por ese lado, se extiende indefinidamente, como cendal de muselina tejido con hilos de aluminio. ¡Cantón! El misterio atrae.

Kranke, quiere contener mi admiración que está a pique de desbordarse.

—Espere usted. Espere usted un momento más.

Salimos de la galería del "Peak-Hotel". A la puerta, tomamos un "sedan-chair" de los que ahí están para los que quieren hacer la ascensión completa.

—Iremos al semóforo —dice Kranke.

—Vamos al semóforo —asiento yo.

Y mecidos muellemente, entre los varales de bambú, comenzamos a subir la embaldosada rampa.

Y conforme el "sedan-chair" escala la altura, el panorama es cada vez más amplio, cada vez más imponente.

Es ahora Hong-Kong el que se extiende a nuestros pies, allá muy abajo. Hong-Kong que pulula, que hierve a las orillas del mar. La populosa ciudad, que desde aquí, se me antoja una colonia de hormigas que el humo del gas ha hecho abandonar enloquecida su cueva. Pequeños como juguetes los grandes muelles en los que se amontonan las pilas de madera, los hacinamientos de barricas, las montañas de fardos; reducidos como las lagunas que en los "nacimientos" fingen los niños con pedazos de espejo, las grandes dársenas, los diques; las grandes chimeneas de ladrillos, las grúas gigantescas, las bodegas colosales, los almacenes, las barracas, todo parece aplastarse, encogerse. Desde aquí, los inmensos transatlánticos, los terribles "dreadnoughts", los grandes buques de vela, parecen cajas de fósforos que la marea ha arrojado a la playa. Las columnas de humo de los buques de chimeneas, ascienden, diminutas, livianas, como las espirales de una pipa de "Maryland". Por toda la lámina espejeante del mar, cruza, en todos sentidos, un enjambre de puntos negros: son los remolcadores, de chimeneas amarillas; son las gabarras, de vela redonda; son los juncos de cangreja de bambú; son los lanchones negros, que se deslizan, a remo, como grandes escarabajos de ébano; son los quechemarines de gavias salitrosas, que vienen de Holanda, y hacen pensar en el Buque Fantasma; son los sampanes, con su toldilla de esteras como sarcófagos, hediondos a cocina china; son las lanchas, sencillas, livianas, ligeras como libélulas; son las panzudas boyas, fijas, en las que se detienen a descansar las gaviotas. En la playa, la alfombra de arena menuda, resplandece como metal repujado. Y ahí, entre el brillo cegador, como que la negrura de los montones de carbón de piedra es más intenso; las barracas parecen cucarachas que se arrastran, entre las grúas

gigantescas, alineadas en los malecones, y que parecen, de lejos, garras de gavilán. Grandes chimeneas cuadradas, de ladrillo encalado; inmensas chimeneas, redondas como pilastras, ennegrecidas por el humo y la sal marina; vastas chimeneas de hierro, sostenidas por cables tendidos, que agarran en los techos planos de las bodegas. Es una confusión indefinible, un mundo de hierro, de ladrillo, de acero, de piedra, que parece, visto desde aquí, sumido en letargo, pero que vive, con intensa vida activa y formidable grandiosidad.

Los vastos inmuebles de Hong-Kong se aplanan. "Queen's Road", "Voeux Road", "Chaster Road", las grandes arterias, no son más que hendeduras, pasadizos para liliputienses. Y entre el apretujamiento de los techos obscuros, por esas cintas estrechas y rectas como rasgos de lápiz o curvas, con sinuosidades de ofidios o en ángulos violentos, en haz de encrucijadas, bulle sin cesar, febrilmente, uno como mundo de larvas. Es Hong-Kong que trabaja. Es Hong-Kong en los afanes de su incomparable vida de actividad. El "sedan chair" ha llegado al pie del semóforo. Todavía para llegar a la meseta en la cual, la antena de acero se alza, y en donde en su asta, cruje, estruendosa al viento, la tela de una bandera, tenemos que subir, a pie, algunos centenares de gradas de piedra. El horizonte del panorama ha crecido de una manera estupenda. La intensidad emotiva no tiene límites. Se siente vértigo a aquella altura. Nada, ni el más mínimo obstáculo obstruye la mirada. Puede dilatarse, en todo sentido, a voluntad. Y es ahora, además de la bahía, el grupo de islas circundantes, cuajadas de edificaciones rojizas, ceñidas de collares de muelles, de dársenas, de grúas, de barcos atracados, de grandes chimeneas, de fábricas humeantes. Y todo ello en las proporciones propias para poder entrar dentro de la cristalina

cúpula de un fanal. Es el Océano, libre, imponente, de un violento azul. Y en el límite de la sabana espejeante, el sol, como una esfera de hierro candente, se sepulta en las aguas, en medio de un gran charco de sangre resplandeciente.

LAS MARIPOSAS DEL CEMENTERIO

LAS mariposas del cementerio de Hong-Kong constituyen una de las maravillas que el turista no debe dejar, ni por un momento, de catalogar entre sus sensaciones de viaje. Las mariposas del Cementerio, y la portentosa colección de orquídeas del Jardín Botánico.

A ver las mariposas, hemos ido esta tarde mi amigo Kranke y yo.

Mi amigo Kranke es un verdadero esteta. He tenido, en más de una ocasión, oportunidad de comprobar su exquisito gusto.

—Vamos a ver danzar a esas señoritas —me ha dicho sonriente, mientras encendía, calmosamente, su grueso cigarro en el vestíbulo del "Hong-Kong Hotel".

—A esas Loie Füller... sin proyectores —ha añadido, tomando asiento en los cojines del "rickshaw".

Mi amigo Kranke, me ha hecho dar un rodeo, con el exclusivo objeto de hacerme pasar por el "square" de los Reyes. Ahí, en el centro, se alza, en bronce, sentada en su trono, con el cetro en la falda y la corona en la cabeza, la buena abuela Victoria, rodeada del Rey Consorte, del obeso Eduardo VII. El Rey consorte, tiene un aire de ex-

celente marido; mientras Eduardo, obeso, rozagante, tiene, ¡hasta en el bronce! ese aspecto de "bond-enfant" que hasta última hora no le abandonó. Mi amigo Kranke, levantando el bastón, me ha mostrado las estatuas, desgalichadas bajo el furor del sol asiático.

—Las han hecho las autoridades —me dijo entre una densa bocanada de humo violeta.

—Como en todas partes —agregué yo. ¡La gloria siempre otorgada por los palaciegos!

Hemos llegado frente a Saint John, entre la espesura de cuya arboleda se hundían las torres de la iglesia. Entre los arbustos del jardín zumbaban las libélulas. Pasamos de largo. "Queen's Road", a estas alturas, pierde ya todo el prestigio de su magnificencia. Las edificaciones de ladrillo rojo, son, ahora, bajas, aplastadas. Casi todas son barracas de madera, habitadas por chinos. El hervor humano se va apagando. Escasos "rickshaw": solamente, camiones, carros, carretas, carretillas, todas ellas ocupadas en el acarreo de bultos; unas tiradas por grandes mulas, otras empujadas por "coolíes" astrosos. Por entre unos hangares de zinc, un recodo de bahía asoma. En un dique de carena, unos chinos, medio desnudos, golpean con sus martillos el carapacho metálico de un lanchón pardo. El golpetear de los martillos suena y repercute con ritmo isócrono. El sol cae a plomo, y reverbera en las arenas de la playa. El azul del mar, es azul de Prusia, detonante, procaz.

Penetramos en la sombra de los grandes árboles, que forman espeso túnel de verdura. En medio de la sombra vegetal, el rojo de la arena de la carretera es más intenso, más húmedo todavía. De paso, en el fondo de una barraca, divisamos unos cuantos chinos, de cuclillas, en una estera, agrupados alrededor de unos humeantes

cubos de madera, y a nuestro olfato llegan, sensibles, entre el hálito resinoso de los árboles y el olor a salmuera del mar cercano, las ásperas emanaciones de una cocina extraña.

Cuando llegamos a la entrada del Cementerio divisamos, tras la verja, al guardián chino, que con el rastrillo escarda un cuadrilátero de grama. A su lado, sobre la grava roja de la avenida, yace abandonada una regadera. El chino viste bata de dril azul, y su sombrero, es de esos sombreros de paja, amarillentos, en forma de hongo, que tanto usan los "coolíes". El chino abandona el rastrillo, y viene a abrirnos.

Penetramos, y seguimos, mi amigo Kranke y yo, por la avenida central. Nuestras pisadas resuenan, desproporcionadas, en el austero silencio.

En el Cementerio de Hong-Kong, los abetos, en forma de conos, se mezclan a los cedros, cuajados de piñas escamosas; los cipreses, de verde metálico, entrelazan sus ramas al laurel florido, al pino deshilachado, al enebro de corteza escabrosa y rojiza. En el borde de los cuadros de grama, se enfilan arbustos meticulosamente recortados. Entre la blandura de la colcha verde, asoma a trechos, la punta de alguna roca blanca, como lechada de yeso, que denuncia el origen volcánico de la tierra. Y en los claros de la arboleda, revueltas a las piedras funerarias, las matas se cunden de flores, entre las hojas, cristalinas al resplandor solar. Hay claveles, grandes claveles como rosas, en los que el aliento pimentoso llega a ser asfixiante. Hay peonías, con sus corolas en forma de cazoletas, de un brillante tinte cobrizo que hace pensar si serán de metal. Y junto a la peonía metálica, está la peonía roja, como sangre; la peonía anaranjada, la peonía rosada, la peonía de un blancor lechoso. La peonía es una de las flores

favoritas de los chinos. Hay adormideras, nevadas, abiertas como ostras, cuyo zumo proporciona inefables ensueños. Hay amapolas ocres, como amasadas en polvos de pimienta. Hay digitales, con sus flores apretujadas en racimo, en forma de cápsulas, como hechas de cera, recubiertas de un vello obsceno. Hay narcisos, purpúreos, como encías que entre risas se dejan al aire. Hay dalias blancas, dalias encarnadas. Hay adelfas color de rosa, en cuyo seno, como en una sonrisa de mujer pérfida, yace el veneno. Junto a las tuberosas, blancas, con blancura de espuma, de un olor suave y penetrante, apretadas en racimo al tallo como cascabeles al remate de un tirso griego, están los tulipanes azules, grandes como pebeteros; están las begonias plateadas; están los jacintos azules, nevados, y los ligeramente purpúreos; están los asfodelos en espiga, rayados de rojo, entre el erizamiento de lanzas de sus hojas carnosas; están los hibiscos volubles, que son blancos por la mañana, de un rosado pálido al mediodía y de fuego al anochecer. Y junto a los hibiscos, hay azucenas, azucenas en macollas, de un blancor casi enfermizo, blancor de anemia, y de una fragilidad inconcebible.

Y sobre toda esa desperdigada pedrería que esmalta suntuariamente el manto de terciopelo verde de la pradera, hay otra pedrería, que tiene alas, que vuela: las mariposas. Mariposas detenidas en los capullos, removiendo las alas diáfanas en el deleite de la succión; mariposas metidas entre el broche entreabierto de una rosa tinta, y que semejan amatistas realzando joyeles; mariposas, saliendo de la copa de una azucena, tambaleantes de la embriaguez del néctar, con las puntas de las antenas manchadas del polvillo amarillo del polen; mariposas en reposo, quietas, las alas plegadas sobre la borla encarrujada de una frondosa dalia. Mariposas en

grandes manchas, tendidas al sol sobre la arena roja de las avenidas, esparcidas ahí como las gemas de un maravilloso joyero que hubiera sido arrojado y hecho trizas por un opulento rajah. Mariposas sobre las piedras de musgoso mármol, como engastes miríficos. Mariposas, frágiles, traslúcidas, revolando en tropa, sobre el riel de oro de un rayo de sol, que cae de la cima de un pino. Mariposas, grandes pavones de alas aterciopeladas, como aplastadas sobre la tierra betuminosa, a las orillas de la acequia de agua glauca, entre los helechos húmedos y las palmeras enanas. Mariposas diminutas, como despenicados pétalos, flotando, volando en remolino, sobre la misma linfa fresca, sin detenerse un instante.

Vamos por veredas ondulantes, estrechas entre su apretada valla de cipreses recortados en caprichosas formas. Kranke penetra por algún portillo de la valla. Va, hollando la grama, evitando, con insólita agilidad, pisar las matas floridas, y se aproxima a las piedras blancas para leer las inscripciones. Todas estas piedras son de una sencillez conmovedora. Las inscripciones, lacónicas. En su mayoría son tumbas de marinos, de oficiales coloniales, muertos durante el servicio. El antibritanismo de Kranke, despunta hasta en este lugar sagrado. Lo conozco en su manera de aproximarse a la tumba, y leer, en alta voz, la inscripción, señalando las letras con la contera de su bastón. Ante las estelas de piedra apenas labrada, con sus dos o tres caracteres chinos en bajo relieve, pasa de largo. Hay millares de esas agujas pétreas, clavadas entre la hierba, casi sepultadas entre las manchas de flores. En el fondo del cementerio se alza un cerro. Es una roca a la que se le ha hecho florecer. En sus laderas han prendido los pinos, los cipreses, los tejos. De cuando en vez, apunta la arista de la roca

caliza. Hay también un pequeño lago, con lotos azules, con nenúfares blancos. Hay un laberinto para enanos. Pero por sobre todo, hay mariposas, muchas mariposas. En ciertos momentos, es necesario detenerse para no pisar sobre ellas. Y en otros hay que atravesar, rompiendo por entre una verdadera manga flotante que hace el propio efecto de caminar entre los restos desparramados de un arco iris roto en mil pedazos.

LOS BARCOS FLORIDOS DE CANTÓN

—Y los "Barcos Floridos"? —pregunto a mi amigo Kranke mientras, arrellanados en nuestros "sedan-chair" atravesamos el puente que une la isla de la Concesión extranjera al suelo sagrado e inviolable de Cantón.

—Y los "Barcos Floridos"? —pregunto de nuevo, recorriendo con la mirada toda la extensión del Tchu-Kiang, sucio, amarillento, que se arrastra, sordo, lento, hacia Hong-Kong.

A mi segunda pregunta, el amigo Kranke se encoge de hombros y sigue fumando, tranquilamente.

Esta notoria manifestación de indiferencia de parte de Kranke, por una cosa tan bella como son los "Barcos Floridos", me ha molestado muchísimo. Tengo la más alta idea del exquisito gusto de mi amigo, y el no verle, como yo, preocuparse por la ausencia de esos paraísos venenosos del amor asiático, me parece verdaderamente extraordinario.

—Y los "Barcos Floridos"? ¿Dónde están los "Barcos Floridos"?

Kranke, que conoce los secretos del "pidjin", trasmite entonces la pregunta a nuestro guía.

Nuestro guía, que como todos los guías chinos al servicio de los turistas occidentales, cree estar

más en carácter vistiéndose de dril gris y encasquetándose un desproporcionado hongo de corcho forrado de lienzo blanco, nos ha mirado fijamente, en silencio, con sus ojitos circunflejos, de esclerótica color de nicotina, y sonriendo, de manera enigmática, ha dicho, en tono sentencioso:

—"Barcos Floridos"? No más "Barcos Floridos"! No más?

El maldecido chino disfrazado de inglés, no sospecha siquiera todo el efecto que ese "no más" produce en mi ánimo. No sabe el confuciano endemoniado cómo esa su sonrisa ambigua es para mí un ariete que empuja y echa por tierra, despedazada, una montaña de ensueños.

Los "Barcos Floridos" han muerto!

Y recordando que el pasar una noche entera en uno de esos fantásticos "sampanes" había sido uno de los mayores alicientes de mi viaje, siento honda, intensa tristeza.

Ante mí el Tchu-Kiang presenta al sol su vasto carapacho de ballena vieja, cubierto de una muchedumbre de sampanes, de juncos, que se pegan unos a otros, que estrechan sus cascos roñosos, entremezclando sus palos llenos de guiñapos de colores, sus madejas de cuerdas grasientas y hollinosas, sus velas de remendadas esteras de bambú, sus redondas toldillas viscosas, sus humeantes cocinas de apestosas emanaciones. Es el "mundo flotante" de Cantón; los treinta mil "coolíes" que viven sobre el río, y del río. En el "sampán" nacen, en el "sampán" viven y procrean, en el "sampán" tienen sus tristezas y sus alegrías, y del "sampán" solamente salen para ir a podrirse bajo la tierra del cementerio, cuando más natural fuera que reposaran en el fondo del río, entre el colchón de limo, envueltos en el sudario de las algas. En el "sampán", el "coolí" está completo. Nada le hace falta. Ahí, está la mujer astrosa que rema, pujante, de pie en la proa, mientras el marido en popa, maneja el timón. Esto mismo lo veréis en cualquier puerto chino. La mujer es quien maneja siempre ese único remo corto, en forma de espátula. Bajo la toldilla, parecida a un nicho funeral, alborotan los chicos. Las gallinas picotean los restos de la comida, los granos de arroz, diseminados sobre las tablas. En un rincón, enrollado en el fondo de una cesta desportillada y mugrienta, dormita el ético gozquecillo lanudo. Y así, en ese concierto, van y vienen, río arriba, río abajo, del alba al crepúsculo. Son completamente felices. Su "universo" es el Tchu-Kiang, sucio, amarillento, al que, bajo el casco resquebrajado de su "sampán" sienten deslizarse, sordo, lento, hacia Hong-Kong.

Contemplo, con amargura, aquel nauseabundo hervidero humano.

Y pienso en que es aquí, entre toda esta miseria, entre el hálito de toda esta podredumbre, por donde, en la indiferencia absoluta de las horas, se deslizaban esos "Barcos Floridos" llenos de músicas bizarras, vibrantes, como campanas, del estruendo de los cantos y de los gritos, del estallido de los besos, de las risas y de los suspiros; naufragantes en las ondas del aroma afrodisíaco del opio y de las maderas preciosas.

Y toda la leyenda dorada de los "Barcos Floridos" va desfilando por mi memoria, con los resplandores, con el colorido opulento que mi imaginación presta a la evocación.

Y mientras tanto, el "sedan-chair" avanza, y se pierde en las sórdidas callejuelas de la inmensa ciudad misteriosa, en las entrañas de la vieja Cantón, hermética y sagrada.

LA PRIMAVERA DE LAS SEDAS

REGRESANDO de la pagoda de "Chong-Cha", pagoda en que los ricos cantoneses se hacen enterrar, nuestros "sedan-chair", a las indicaciones del guía, se detuvieron delante de una casucha de tablas. En la fachada, no había ni un dorado, ni un trozo de laka, ni el más insignificante colorín; tan siquiera, pendiente del alero saledizo, alguna de esas largas, serpentinas oriflamas de vivos colores, alguna de esas linternas con las señas del comerciante, pendiente del dintel, bandera y linterna que ostenta cualquier tienda, la más insignificante tienda china. Sórdida. Mezquina. Las ventanas, como atornilladas; la puerta, una pesada puerta de madera, sólida cual si fuere de hierro fundido, cerrada a piedra y lodo.

Kranke, desde lo alto de su "sedan-chair", repantigado como un Budha rubio en su palanquín, me mira con desconfianza. Yo me encojo de hombros; pero a pesar de mi exterior indiferencia, interiormente me pregunto:

—¿Y es aquí el sitio en que la seda china desplegará ante nuestros ojos de "bárbaros" toda la opulenta gama de sus matices? ¿Es aquí el jardín de las sedas, prometido a nuestra gula de removedores de raras emociones?

Nuestro guía había descendido de su "sedan-chair" y golpeaba la puerta de manera bastante ruda. ¿Era que los chinos no oían? El guía volvió a llamar. Tarea inútil. Nadie acudía a franquear la entrada de aquel antro prodigioso. ¿Cuál sería la palabra cabalística que hiciera descorrerse los cerrojos, y abrirse las hojas de hierro que vedaban el acceso al paraíso soñado?

Desistíamos ya de nuestro empeño con cierta tristeza de parte mía, de truculenta cólera de parte de Kranke, el cual, a esta peregrinación estética, también mezclaba su fin comercial, cuando, de pronto, una ventanilla se abrió, dejando, más que ver adivinar, tras el enrejado de orinientos barrotes de hierro, la rapada cabeza de un chino. Era un chino horroroso, un chino de pesadilla. Al través del enrejado, un vivo diálogo se entabló entre nuestro guía y el comerciante. La horripilante cabeza desapareció, por escotillón, para volver a asomarse de nuevo, recelosa, examinándonos insistentemente. Otra vez el chino se borró en las sombras del fondo. Pero esta vez, tras él, se cerró la ventanilla enrejada. ¡Se acabó! ¡Al infierno con el maldito chino! En esto sonó un pestillo al descorrerse, y luego otro; y una llave, estruendosa, y luego otra, más estruendosa aún que la primera; y por remate, a todo ese aparato de seguridad, una pesada barra de hierro cayó a un lado del vano. ¡Uf! ¿Qué era aquello? Una cueva de búhos, una pocilga de cerdos? De una de las vigas del techo, pendía una lámpara cuya luz rojiza rasgaba apenas las tinieblas. La pestilencia del petróleo, mezclada a las fuertes emanaciones del moho, sofocaban. Rápidamente llevamos nuestro pañuelo a las narices. Kranke estornudó estruendosamente. Yo creí que la barraca destartalada se venía al suelo. Aquello

era un infierno. Por ahí debió pasar algún Dante amarillo. La puerta, a nuestras espaldas, volvió a cerrarse. Doble llave. Doble pestillo. Morrocotuda barra de hierro, roñosa y rechinante como grillete. Sentí que en mi carne se producía un vivo hormigueo. Recordé, en silencio, para mí solo, los libros de Jaccolliot, y las leyendas de crueldad que por nuestros países corren por válidas. Recordé al transeúnte que va por la acera, y de pronto siente que le falta tierra, y se hunde, para luego caer en una repostería, entre cuchillos en ristre, y de donde no sale sino convertido en condimento de pasteles. Y el desollamiento de una extranjera, en Hankow, para que su piel blanca y satinada, sirviera de asiento de una silla, sobre las que tronara el desprecio mongol por el bárbaro intruso. Entre las tinieblas, mi amigo Kranke había dejado de ser. El comerciante, diligente y cortés, abría ya una nueva puerta, al fondo, y nos hacía ascender por una estrecha escalera, casi pina, de inseguros peldaños. Había que subir a gatas, por lo bajo del techo. ¿Para dónde íbamos? Se oía, en el silencio, junto al repercutir de nuestras pisadas el lamento de la madera carcomida, el menudo e insistente roer de los ratones, en su queda labor de destrucción.

De pronto, al finalizar de la escalera, tras una puertecilla reducida como una trampa, que corrió sobre sus ranuras, a manera de bastidor, aquello fue un deslumbramiento. La lámpara de Aladino, frotada, hacía surgir ante nuestros ojos atónitos, el prodigio inenarrable. Estábamos en el dintel de las Mil y Una Noches.

Oímos voces confusas, asordinadas, y reconocimos, reunidos, a los tres matrimonios ingleses, a los dos "globetrotteurs" alemanes, a la yanqui antipática que dejamos a bordo del "Siberia", en

Yokohama; a la morfinómana Condesa francesa que paseaba en "steamer" su hastío de los boulevares, compañeros nuestros todos ellos de la reciente travesía del Chu-Kiang, a bordo del "Charles Hardouin". Ellos estaban ahí, extáticos, embelesados, en medio de la locura de aquella primavera de sedas.

Una media docena de chinos, de impecable bata blanca, pantalones negros ceñidos al tobillo, y chinelas de satén de gruesa suela de fieltro gris, iban y venían, rebullían en medio de las filas de amplios y vastos mostradores de madera lustrosa, arrojando pilas de piezas, rompiendo envoltorios, desatando paquetes, y extendiendo, desplegando ante la mirada codiciosa de los extranjeros, toda la gama de riquezas, todo el diapasón de belleza de las sederías chinas. Las afiladas manos de los comerciantes cantoneses, manos prolongadas, huesosas, llenas de protuberancias, de resaltes de venas, manos de pergamino, a la extremidad de cuyos dedos se estileteaban las uñas sutiles, descoloridas, a manera de garras de muerto, iban sobre aquel prodigio, se deslizaban, suaves, suaves, diligentes y hábiles, de una habilidad supina. Y entre el filo de las uñas, y las rigideces cadavéricas de los dedos, y las angulosidades repulsivas de la mano toda, veíamos con angustia cómo aquellas telas, de una belleza incomparable, iban y venían; cómo se arrugaban; cómo se amontonaban, en insólito desorden; cómo se plegaban, injertándose unas en otras, para así mejor hacer apreciar un contraste, resaltar una tonalidad buscada; y cómo también, eran restregadas, con el dorso de la mano apuñada, para demostrar la firmeza del brillo; apelotonadas, amasadas con vigor entre las palmas, para luego, al extenderlas de nuevo, quedar como

antes, tersas, sin la sombra de una arruga. Eran sedas maravillosas. Era el oculto tesoro de las sórdidas tiendas de Cantón, prestigiosas en el mundo entero, que nos revelaba sus secretos. Y de un extremo a otro del desván, esclarecido por la luz solar que tamizaban cortinas de seda cruda, de un gris de plata, íbamos como en medio de un jardín mágico, cuyos esplendores no sospechaban siquiera los que, a unos cuantos pasos de distancia, transitaban por las pestilentes callejas. Y era ésta, una seda sutil, casi impalpable, como una tela de araña, de un matiz rosado, de un rosado de corola de futshia. Y era aquélla, azul, de un azul de campánula tempranera, avivado el brillo por la frescura del rocío. Y era la otra, blanca, blanca, de la misma blancura algodonosa del corazón de una letchía jugosa como la miel de la fruta. Y era la de más allá, del amarillo azufroso, vivísimo de los "kaki" maduros, rajados por el otoño. Y aquella otra, asomando por una esquina de su envoltorio de papel de arroz, era violeta, del violeta tirando al magento de la cáscara del "mangoustan". Y la que en esos momentos ponía a la altura de sus ojos una de las tudescas, y olfateaba en seguida, como si fuese una flor, era de un exquisito verde de pastel, tan tierno, que parecía, suavemente, suavemente, irse desmayando, irse borrando, convirtiéndose en un gris malva, conforme se le contemplaba, como si los ojos clavados en ella, succieran, por arte diabólico, toda la savia del matiz. Y a la vez que las sedas vaporosas, las sedas vernales, era, en el otro extremo del desván, ante los ingleses devotos, la exposición de los suntuosos trajes de ceremonia, de los opulentos mantos, en los que los bordados pesaban infinitamente con sus oros y gemas. Los astutos chinos sacaban las prendas de sus profundas

cajas de madera de alcanfor, y desenvolviéndolas, con mil precauciones exageradas, las desplegaban, despaciosos. Kranke, como perfecto comisionista, examinaba, revolvía, intentaba descifrar los caracteres de los cartoncitos, y tomaba, silencioso, notas en su cartera de cuero rojizo. De cuando en vez dirigía, en inglés, la palabra a los chinos, los que, a su vez, le contestaban lacónicos, en correcto inglés también. La codicia ardía en los ojos de esmalte de las "misses"; y las chatas narices de los que provocaban sus tentaciones, olfateaban la proximidad de las deslumbrantes esterlinas. Las yemas de los dedos, albos y delicados, cargados de sortijas, tanteaban, expertos, el relieve de los bordados, la pesadez de la tela; constataban, sonrientes, la innegable virtud del tejido. Tonos nuevos, frescos, como acabaditos de salir de los telares; tonos apagados, opacos, con la marchitez del tiempo y el aroma del dilatado encierro, y en medio de los cuales, las quimeras bordadas parecían irse apagando, disolviendo en una bruma de lejanía. Y eran, además, los crespones, sutiles como humo de bambú: las muselinas, livianas como espumas; los terciopelos, como desolladas pieles de mujer; los damascos, gruesos como cortezas de árboles y perfumados como si hubiesen sido sumergidos en esencia de sándalo... Todo un fausto principesco, toda una pompa áulica, pasando y repasando, con la majestuosidad ritual de una ceremonia. Y en medio de aquel encanto, las viejas y odiosas manos de los chinos de tentadoras frases y gestos persuasivos, perdían su fealdad. El desván también se embellecía. Y al influjo del ambiente, los tres matrimonios ingleses que recorrían el mundo "d' apres" Thos Cook; la yanqui antipática; las dos teutonas, cuyos "Mu-

y yo, simple cronista, sempiterno inconform

rray's Hand book" eran un acerico de anotaciones; la morfinómana Condesa parisiense, escapada de una novela de Pierre de Trévières, y yo, simple cronista, sempiterno inconforme, nos creíamos, no en el hormigueante e inmenso Cantón, en las vecindades del Templo de los Horrores, en la comarca lejana de los Barcos Floridos, en que Octave Mirbeau aposentó su portentoso y quimérico Jardín de los Suplicios; en la sede del Budha más vetusto del Imperio Celeste, sino en la mansión de alguna Hada, cuyos acólitos fueran aquellos chinos feos y trenzudos, y al conjuro de cuya varita de avellano, más pródiga y opulenta que todas las varitas mágicas de Perrault y de los hermanos Grimm, hiciese florecer y esponjarse ante nuestro pasmo de "bárbaros" los prestigios de una Belleza incomparable y fecunda.

ENTRE LAS ARECAS DE COCHINCHINA

APUNTES DE SAIGON

I

LOS CIVILIZADOS

ANTES de poner pie en Saigón, el viajero tiene que buscar y leer el truculento libro de Claude Farrère. A su paso por Hong-Kong, habrá podido encontrar en una de las librerías de los portales del "Hong-Kong Hotel", confundido entre los diarios y las ilustraciones de la Metrópoli. En las vitrinas polvorientas de la calle Catinat, a la vera de las "nouveautes" traídas por el último barco de las Messageries, podrá también hallarlo, siempre nuevo, siempre flamante, siempre atrayente, como un "Vient de paraître" bulevardero.

Me imagino que la curiosidad hará al viajero entrar en la librería, al divisar su carátula amarilla tras los cristales manchados por las moscas. Se aproxima a los anaqueles cargados de volúmenes a la rústica, lee los títulos impresos en los lomos de algunos de ellos, y al tropezar con el cuitoso, lo toma en silencio, como con miedo de que la viejecita enlutada que sentada detrás del mostrador hace calceta, llegue a darse cuenta de lo que el desconocido, inglés de seguro, ha escogido. Ha

puesto, en silencio también, los tres francos netos en la mano arrugada de la viejecita y ha salido a la calle. Al paso calmoso, bajo los sombrosos tamarindos que desgranan sobre el barro, como coágulos de leche, la granizada tupida de sus flores cinceladas, va desflorando con lentitud las páginas, sustituyendo la plegadera con alguna tarjeta de visita, o una postal, hasta llegar a las mesillas de hierro del "Café de la Terrasse". Y es allí donde, sentado ante un "vermout-gommé", o un "pepermint-glacé", paladeando las sabrosas mixturas, donde el viajero puede convencerse de cómo aquel pequeño mundo que pasa ante él, es el mismo que, palpitante, sudoroso de vida, está condensado, en carne y en espíritu, dentro de las páginas sorprendentes de la novela de Claude Farrére.

Es la hora del breve crepúsculo, todo rojo. La hora en que el "civilizado" sale de su siesta. Es la hora misma en que ese sér inútil, comienza a vivir. El momento del aperitivo en las terrazas de los cafés en los grandes bulevares parisinos, coincide con éste en que los Torral, los Mevil, los Fiarce, vestidos de blanco, las pupilas cargadas de fatiga bajo la visera de los cascos de corcho, apuran las cañas de "rainbows", para luego acabar su noche en los fumaderos de opio de Cholón. Y por el medio de la calle, toda tapizada por las flores blanquecinas de los tamarindos, que en algunas partes entrelazan sus ramas formando susurrante bóveda penumbrosa, desfilan los "pousse-pousse". Y es en ellos que van las ardientes congai, de grandes ojos adormecidos y de húmedas bocas prometedoras. Desfilan las pequeñas victorias acharoladas, de las que tiran troncos de caballos en miniatura y rige el "sai" de pintoresca librea. Y en ellas, recostadas con indolencia sobre los almohadones mullidos, es

Madame Arriete, es Madame Malais, es Elena Lisseron, son las Abel, las que pasan. Es la hembra del "civilizado".

La vida crepita, hierve en aquella estrecha arteria de la voluptuosa ciudad asiática. Las filas de focos se encienden, entre el ramaje de los árboles, y tejen calados de encaje sobre el barro rojizo de la calle. Pasan, por la acera, atropellándose, todas las razas de la tierra. Los vendedores de diarios comienzan a vocear las hojas de la tarde. Frente a los escaparates se detienen las mujeres, vestidas de telas tan ligeras, tan pegadas a la piel, que se las creería desnudas. De sus pupilas arrobadas por los cambiantes de las gemas de una joya, mana un efluvio que no es de codicia. Las profundas ojeras que circuyen esas pupilas, les dan a éstas las profundidades de un pozo en cuyo fondo brilla un lucero. Huele el ambiente crepuscular, a canela, a magnolia, a alquitrán, a pimienta, a ajenjo, a amor. A amor, sobre todo. Saigón ha sido levantada entre los arrozales y las palmeras de Cochinchina, para que la lujuria deshoje en ella sus manojos de rosas capitosas.

II

EL ANAMITA DEL "POUSSE-POUSSE"

El gracioso "kuruma" de las ciudades japonesas, el "rickshaw" de Shang-Hai y de Hong-Kong, es aquí, en Saigón, el "pousse-pousse", del cual tira, desgarbadamente, el anamita de flácida trenza y de gruesos labios ensangrentados por el jugo de la hoja del betel. Pálidos, macilentos, raquíticos, con sus pantalones despedazados, desnudo el tostado torso, los pobres anamitas trotan, jadeantes, encor-

vados sobre los varales, por los caminos de roja arena, bajo las llamas devoradoras del sol, a campo traviesa en la planitud mortífera en que los mangles, los helechos arborizantes, las cañas quebradizas, los palmitos punzantes, los juncos frondosos, desarrollan, con lujuria tropical, la maleza intrincada de su vegetación, entreverada por los troncos y los plumeros de las palmeras y de los coteros, salpicada, a trechos, por las manchas de las flores del hibisco y de los sibucaos. Pobres anamitas! Tristes, abatidos, con los ojos implorantes de las bestias aporreadas, son la víctima indefensa de la holgazanería y el vicio de los "civilizados" que Francia ha vomitado sobre estas tierras infortunadas.

En su rostro afeminado, máscaras de tristeza y de melancolía, no resplandece, ni un breve instante, la sonrisa plácida y cortés del "kurumaya"; ni tan siquiera, su fondo de odio (porque debe alentarlo, no hay duda) se refleja en una fugaz mueca de rebeldía, como la misma hermosa pasión, en los labios exangües y el brillo de los ojos de ave de rapiña del "coolie". Es la del anamita, la expresión de un sér embrutecido por la crueldad de sus conquistadores, amedrentado y sumiso. Sufre, callado, con todo su cuerpo. Es un mártir. El oficial colonial, ebrio, grosero, le aporrea, sin motivo, como a su perro. Los soldados holgazanes, les dan peor trato que a las bestias, les obligan, por la fuerza a arrastrarles, escatimándoles el mísero pago. El anamita tiembla ante el colonizador, odioso, antipático; más cruel, más insolente, que el inglés en la India y Egipto. Yo les he visto, en grupos, silenciosos, acurrucados alrededor del tendetere en que el ambulante cocinero chino condimenta y expende sus guisotes. Cada uno con su escudilla entre las piernas, devora, sin levantar los ojos, mientras los

perros héticos, tan hambrientos como ellos, les contemplan, a poca distancia, sentados sobre las patas traseras, con ojos que por lo tristes y por lo vidriosos, son hermanos de los suyos. Cerca de los anamitas, una cuadrilla de chinos, comía también. ¡Qué distinta a la actitud de los anamitas, la de los chinos, desarrapados como ellos, con el tostado torso desnudo y los pantalones en andrajos y como ellos, hambrientos. Pero la expresión del rostro de los "coolies" era otra. Su rostro era el espejo de sus sentimientos. Gritaban hasta desgañitarse, disputando entre sí, como si fueran a pegarse, manoteando, revolviéndose como azogados, pero sin dejar de dar los necesarios tientos a la cubeta de madera, repleta de arroz hervido, y a la fuente de loza, en que una salsa espesa y grasienta dejaba sobrenadar alguna piltrafa de carne.

El "civilizado" le aprovecha para sus vicios, porque en el temperamento femenil del anamita, encuentra materia dúctil para el perverso moldeo. Y es de entre esos infelices, de donde salen los "boy" que en los fumaderos de opio, preparan las pipas, y comparten con las congai las caricias de los parroquianos depravados. Entonces el anamita, por obra de su conquistador, se trueca en un sér asqueroso, repulsivo, como su corruptor, en ese "culíe-ché", que mientras os arrastra en su "pousse-pousse", os ofrece, con una sonrisa ambigua en los teñidos labios:

—Congai, mossié, congai!

Para luego, a vuestra primera, segunda, tercera repulsa, haceros la infame, la nauseabunda proposición:

—Boy, mossié, boy!

E intentar arrastraros a las sórdidas barracas, casi aplastadas tras los setos de lujuriosa verdura.

EN EL FUMADERO DE OPIO

¡OPIO! La palabra sagrada.

En cuanto se pone el pie en una ciudad china, ya está hiriendo la imaginación esa mágica palabra.

¡El opio!

El doctor Bonnet, médico del "Atlantique", me ha invitado para ir esta noche a Cholón, la ciudad china, distante cinco kilómetros de Saigón.

—Ahí verá usted una fumería tal como éstas son en las entrañas misteriosas e impenetrables de Cantón, y no como en los "barrios chinos" de la Concesión europea de Shang-Hai.

Y después de comida, a Cholón hemos ido, en el tranvía de vapor que va costeando el arroyo chino, lleno de sampanes y de juncos.

¡Cholón!

Cree llegarse, de nuevo, a la "Ciudad China" de Shang-Hai; encontrarse, perdido, en las encrucijadas sórdidas de Cantón, o en el "barrio chino" de Singapur.

Las mismas tiendas alineadas a uno y otro lado de las mismas calles estrechas y tortuosas, cubiertas de fango, sembradas de hoyancas. De los dinteles de las puertas, colgadas las mismas linternas de papel. De los aleros, pendientes los mismos inter-

minables estandartes de fondo rojo lleno de caracteres blancos o de fondo blanco lleno de caracteres rojos. Las mismas planchas de laka en las que brillan las mismas inscripciones doradas. El mismo chino acurrucado tras el mostrador, fumando la misma pipa de bambú, en la misma actitud de indiferencia.

¡Cholón!

La calle es un hormiguero humano. Los gritos, esos gritos desaforados de los chinos, hieren los oídos. El gas de las lámparas apesta.

Cholón trabaja día y noche; mientras Saigón dormita y goza. Cholón tiene tres veces la población de Saigón. Cholón es una colmena laboriosa. El chino de Cholón, sonríe burlescamente al pensar en el "colonial" de Saigón. En sus manos está el monopolio del arroz y del té, la gran producción de Cochinchina. A la orilla del arroyo chino se levantan los grandes molinos de arroz, y en los canales adyacentes los apretados nudos de grandes juncos y de sampanes cargan costales, filas de costales, montañas de costales, marcados con esos caracteres inconfundibles. Todo es de chinos, todo está en manos de chinos. En Cholón hay un chino archimillonario, que los demás toman por modelo. Se llama Tai-Maien, y todos, desde el artesano hasta el cargador de los muelles, trabaja para llegar a ser otro Tai-Maien.

Hemos ido a pie hasta una callejuela de barracas de tablas. Ninguna clase de alumbrado; nada más que los reflejos descoloridos de unas cuantas linternas señalando difícilmente, el paso. El olor a mugre, a cebolla cruda, a pescado seco, a vaina de arroz podrido, flota en el ambiente nocturno. Pero sobre él, se percibe, neto, sin mácula, un olor especial, un olor que ya hemos sentido en otras

partes de donde venimos. Es el olor del zumo de las adormideras: es el opio divino, cantado por los poetas... que no saben lo que el opio es en sí.

Mi amigo el doctor se detiene ante una puerta. Una linterna, que semeja una luna llena ahorcada de un cordel negro, se balancea pendiente de la viga del dintel. Golpea con el puño metálico del roten. El golpe repercute, sonoro. Después de unos instantes de espera, el doctor exclama, bajo las cerdas de los bigotes entrecanos:

—¡Diable de chinois!

Y vuelve a golpear. Nadie acude. El doctor, nervioso entonces, apoya un hombro en la puerta, y le aplica un rudo empellón. La puerta se conmueve, cruje; pero no cede.

—¡Diable de chinois! —repite el doctor. Y el roten, esta vez, aporrea verdaderamente, la puerta.

Sentimos que alguien se aproxima. Un paso afieltrado, temeroso: un paso de digitígrado. Se detiene tras la puerta, como huroneando por algún resquicio. Un cerrojo suena. Un rechinar de bisagras orinientas. Y con extremadas precauciones, una hoja se entreabre, al fin.

Penetramos de soslayo.

Una cueva, obscura. La cabeza toca el techo. Un pasillo, estrecho, largo, lóbrego, de piso de madera que chirría. Caminamos a tientas. Tras nosotros, el chino corre de nuevo al cerrojo.

De pronto nos encontramos en una espaciosa estancia. Las luces de las lámparas, opacadas por veladores de seda, dan al fumadero un fantástico aspecto, tal como si por un capricho nadase en un claro de luna. En el fondo, un altar. Un Budha de bronce. Y a su alrededor, unos cuantos vasos de metal con lotos de madera dorada. Por los suelos, esteras, esteras mullidas como lechos, en las que

se encuentran tumbados hasta una docena de chinos. La expresión de sus caras es una expresión plácida, beatífica, y no esa expresión de ansiedad, casi de sufrimiento que nosotros creíamos reflejaría la acre exaltación del goce. Unos yacen por completo echados de espaldas, abiertas las piernas, los brazos extendidos, como muertos, pero entre sus párpados, avioletados por la embriaguez, brilla la pupila, fugaz, con el azufroso destello de la oruga. Otro, de costado, apoyado el codo en un cojín de seda negra, alarga la mano a la pipa de plata, ya cargada, que el "boy" le alcanza. El chino, un chino esquelético, que muestra por entre la abertura de su bata un pecho hundido y huesoso, húmedo de sudor, toma la pipa, y con mano temblorosa, aproxima la chimenea de ébano a la lamparilla y da, uno, dos chupetes; una, dos succiones, en que parece querer absorber el alma entera de la droga. El chino deja caer la cabeza sobre los cojines; sus labios resecos hacen la mueca del deleitoso paladeo, y se queda inmóvil, quietecito. Pronto la droga comienza a producir su efecto. Aquélla era la pipa vigesimatercera. El buen chino esquelético, acababa de entrar en el paraíso de los intensos deleites.

El doctor me ha preguntado, sonriendo:

—¿Quiere usted?

—¡Nunca!

Pero lo que no me atrevo a confesar es que lo que experimento, más que asco, es cierto temor de lo desconocido. Recuerdo a Quincey y sus páginas glorificadoras del opio. Recuerdo a Baudelaire. Recuerdo aquel desván de fumadores de opio, a las orillas del Támesis, en el "Retrato de Dorian Grey", de Oscar Wilde. Pero no me atrevo. Los

deleites prometidos son tentadores. Pero algo en mi estómago, se subleva.

—No, doctor. Muchas gracias.

Leo en los ojos pardos del doctor como la chispa de un deseo. Sus miradas se detienen con insólita ternura sobre los intoxicados. ¿Será el doctor Bonnet un opiómano, y verá en todos aquellos sus hermanos de ensueño?

Me aproximo al grupo formado por un fumador y un "boy". El fumador está en su segunda o tercera pipa. Se conoce en la impaciencia febril con que sigue las maniobras hábiles del "boy". El "boy" introduce una larga aguja de plata en el frasco de la droga y saca, adherida a la punta, una gruesa gota morena. La aproxima a la llama de la lamparilla de cobre. La pelotita chirria, bulle, despidiendo un humillo denso y amoratado. Huele a bodega de buque de vela. Huele a suelta cabellera de "congai". La píldora, ya cocinada, va a la chimenea de ébano de la pipa de plata. La aguja la introduce, la amasa en el minúsculo recipiente. La pipa está lista. El fumador entonces la toma en sus manos, aproxima a sus labios el hueco absorsor, y aproximando la chimenea a la llama de la lamparilla, chupa, chupa. La píldora arde. Una columnilla de humo amoratado se expande, y se apelotona alrededor de la cabeza del fumador, tejiendo un halo caprichoso. La operación es sencillísima. Pero, a pesar de ello, no me atrevo.

Busco al doctor. El doctor ha desaparecido, mientras yo me entretenía observando al fumador. Comprendo. Y divisando en un rincón un amplio diván cubierto por una tela roja, bordada de dragones de hilo de oro, voy a sentarme. Un "boy" se aproxima.

—No! —contesto, secamente, a su propuesta.

El "boy" sonríe, da la vuelta y se aleja. ¿Por qué sonríe el "boy"?

Los chinos se remueven en sus esteras mullidas. Veo ojos profundos que se revuelven, inciertos, vacilantes, en lo hondo de sus cuencas. ¿Qué buscan?

De pronto siento que una mano suave toma la mía y la oprime. Y volviendo los ojos, me encuentro con una "congai", una de esas opulentas "congai", de ojos de leopardo, de cabellera obscura, que huele a puerto de mar; de boca criminal, sangrante del jugo del betel. Aquella "congai", huele a pimienta, a canela. ¡Es verdad! Ahora recuerdo. El doctor me ha dicho que estos chinos, sabios en la ciencia complicada del deleite, saben, que junto al opio, no hay nada como el amor para intensar, para "completar" el goce de la embriaguez.

SAIGON, LA INDOLENTE

DESPUES de almorzar en el "Continental", bajo la caricia fresca de los grandes "pankas" que removían sin cesar el ambiente caldeado, he subido a uno de los "pousse-pousse" estacionados frente al portón del Hotel y he ido, sin saber por dónde, al capricho del "culie-ché".

He ido, a la hora bochornosa del mediodía, por las largas avenidas silenciosas, bajo los sombrosos árboles que entretejen sus ramajes y forman deliciosas bóvedas de verdura. Y a uno y otro lado, tras las rejas de hierro arropadas por las vistosas enredaderas, semi ocultas por la tramazón intrincada de los baletes, de las acacias, de los tamarindos, de los sibucaos, de las magnolias, se alzan las mansiones de los "coloniales" que en estos momentos, al abrigo de las verdes persianas, duermen la siesta, la única, la verdadera ocupación de estos seres inútiles y costosos.

Porque Saigón, que así apacible, que así tranquila, ceñida de un verdadero bosque, de un verdadero jardín frondoso, se achicharra al sol, es la sede de la holgazanería, el trono más excelso de la pereza.

El Gobierno Francés, ha querido hacer así a Saigón. Ayudado por el oro de los pobres anamitas,

vilmente despojados, ha levantado a las orillas del Don-nay, entre las arecas y los cocoteros, una coqueta ciudad que es, para sus "coloniales", para sus orquídeas de vicio, un amable y suntuoso invernadero; una perfumada, elegante y voluptuosa prisión que les recuerda, a cada instante, en cada sitio, a su lejano y "très cher" París.

Y por ese afán comparativo, es que en la calle Catinat, de cuatro y media de la tarde a siete de la noche, toda llena de luces, de carruajes, de mujeres hermosas, de resplandecientes escaparates, de tiendas y de cafés hirvientes de risas y músicas, cree el saigonense "aclimatado" encontrar un minúsculo trasunto de los grandes bulevares. Por ese mismo afán, encuentra su Avenida de las Acacias en el paseo de la Inspección de Gia-Din, con sus bosquecillos de verdura, sus pelusas de hierba, y su ancha calzada de roja arena, por la que desfilan, a la puesta del sol, desde los lujosos carruajes y los estruendosos automóviles, hasta los modestos "pousse-pousse". En el Jardín Botánico, su "parisinismo" nostálgico le lleva a ver un Parque Monceau. Y hablando con franqueza, si al Monceau le quitáramos el marco de suntuosos inmuebles que le rodea y sobre todo, esos artísticos mármoles que a porrillo lo salpican, como jardín en sí, vale bien poco al lado del Jardín Botánico.

Todo es suntuoso aquí en Saigón. El Palacio del Gobernador General de Cochinchina, al final del "Boulevard Noradom", es de una magnificencia tal, que hace pensar con lástima, en el pobre monsieur Poncairé, acurrucado en una butaca, bajo los humildes artesonados de uno de los gabinetes del Elíseo, bajo, feo, con su piedra ennegrecida y su pórtico enano. Entre las frondosidades de los árboles, en medio de peinadas alfombras de grama, tras su verja señorial, la mansión gubernamental hace más bien pensar en Versalles, abrigo de un Rey, que no en la democrática morada de un empleado de la República. Pero hay que tener en cuenta, que ese modesto empleado de la República, es aquí un Virrey, con todo el boato de un Monarca asiático. ¡Y pensar que ese Virrey, fastuoso, es un buen señor que ha dejado su escritorio del Ministerio, o su sencillo pupitre del Palacio de Borbón, para venir a pasear sus hastíos bajo estas opulentas alamedas, apareciendo de cuando en vez, en carruaje a la Grand D'Aumont, entre lacayos de resplandecientes libreas, ante los ojos deslumbrados de los anamitas andrajosos, y las sonrisas burlonas de los colonos chinos, dueños de la verdadera riqueza del país! ¡Ah, la República! ¡la bendita República!

Próximo al Palacio del Gobernador General, está el del Vicegobernador, que ellos llaman: "le lieutenant gouverneur". En nada desmerece al lado de su hermano mayor; y con sus grandes cariátides de estuco, con sus altas ventanas encristaladas, con su techumbre muy Renacimiento y con su opulenta marquesina, recuerda los palacetes, las villas que se amontonan de allá por las calles vecinas al Bois.

El "pousse-pousse" camina, al trote lento y fatigoso del "culie-ché". Y es el "Hotel de Ville" el primero que desfila, con sus ventanas cerradas, defendidas por toldos de lona. Luego el Palacio de Justicia. Y el Palacio del Registro. Y el edificio del Tesoro. Y el del Catastro. Cada ramo de la Administración tiene, como todos éstos, un local fastuoso. En una plaza, con sus cuadros de verdura, y sus kioscos para la venta de periódicos y de tabacos: la Catedral, con sus dos torres roja y blanca, que se dominan desde el barco, desde muy lejos, al través

de los meandros que el río Don-nay va describiendo a través de la inmensa llanura. Y luego, el Palacio del Correo. Coqueto. Casi elegante. Desciendo de mi "pousse-pousse" para escribir y depositar unas cuantas postales. "Hall" espacioso como una estación de ferrocarril. Busco recado de escribir. Sobre los pupitres polvosos, los tinteros están secos, las plumas cargan con una roña de años. Tras los ventanillos dormitan los empleados. Cuando me acerco a uno de ellos para comprar sellos, el encargado, bostezando, toma la moneda, la arroja dentro de una gaveta, y después, con toda la solemnidad de una tortuga, se encamina a un próximo casillero, lo abre, saca unos pliegos, los coloca sobre su carpeta, se moja la punta de los dedos y, uno a uno, va cortando los sellos... Dos... tres... cuatro... Cuando llega al número doce, siento que mis piernas flaquean y me entran tentaciones de suspender el envío de mis postales y de mandar al diablo a los empleados de correos de Cochinchina. Al fin logro depositar las tarjetas en el buzón que el portero me señala, y salgo pensando en que, lo más seguro, dado lo expedito del servicio, es que mis pobres misivas no lleguen a su destino.

Y como el servicio de correos son todos los demás servicios en Saigón. Los franceses que han dejado el Continente, que han pasado durante cuarenta días metidos en un barco de las Messageries, para trasladarse hasta estas latitudes, no lo han hecho por venir a desempeñar el rol, ya ridículo, de "empleados cumplidos" a sacrificarse por nada ni por nadie. Vienen: o con la ambición de enriquecerse, los más listos; o para darse la mejor vida posible, los imprevisores. Algunos vienen huyendo de los acreedores. Y hasta los hay escapados de la cárcel. Y ésa es la razón de que, cuando se

os ocurre ir a una oficina cualquiera, acontece, o bien que no encontráis en su puesto al empleado, o que si dais con él, se os ofrecerá el edificante espectáculo de un hombre que, apoyada en el pecho la cabeza, o de bruces en el escritorio, continúa tranquilamente el sueño, o prolonga la siesta que para venir "a cumplir con su obligación" ha tenido que suspender en casa. Y eso, por ser empleado modesto, de los que en la Metrópoli se han detenido, como aves de paso, en todos los puestos a que él, dadas sus dotes, puede aspirar, y cuando ya el Ministro no ha sabido qué hacer con él, lo ha metido en un barco... y a Cochinchina. Para el empleado de alto rango, el amigo de un Ministro, el favorecido de un Senador o de un Diputado, el amante de la esposa de un Director General, el Redactor político de un diario fallido, para ésos, el cumplimiento de la obligación es una formidable fila. Su ocupación exclusiva es el amor... y la bebida. Se levanta tarde. En pijama, como todo el mundo. En pijama, va a la mesa. Almuerza. Y luego, en la galería, al frescor de las enredaderas y de los follajes del jardín, duerme la siesta, de la que no sale sino hasta las cuatro de la tarde, hora en que se viste de blanco, se encasqueta su casco de corcho, sube al "pousse-pousse" o a la pequeña victoria, y, o bien va a dar una vuelta por la Inspección, para ver y hacerse ver, o se encamina, directamente, al "Café de la Terrasse", al "Café de la Musique", a la entoldada galería del Hotel Continental. Ahí, con sus compañeros de dorada galera, frente a la bebida favorita, hablará de política y de mujeres; nada más. Sus ideas están circunscritas al ejercicio de esos dos deportes, y de ellos no sale nunca, no puede salir, como de un eterno atolladero. Y en la Francia, "cuando más lejana más querida", los dia-

rios hablarán mientras tanto de la "europeización" de Cochinchina, y en la Cámara de Diputados o en el Senado, un buen señor disertará horas enteras sobre "política colonial", esa cochina "política colonial" que a los de allá y a los de aquí, a ambos, solamente les sirve de pretexto para la infame explotación de estos seres miserables.

Regresamos a la plaza del Teatro Municipal, cuando ya el sol comienza a amenguar la fuerza de su hoguera. Las terrazas de los grandes cafés, principian a colmarse. Por el "Boulevard Bonnard", van y vienen carruajes de lujo, flamantes automóviles. Saigón comienza a vivir. Los "pousse-pousse" desbordan por todos lados en esas dos calles, en las cuales, por el momento, se condensa toda la vida de Saigón. Y es, instantes después, cuando el cielo blanco ha prendido en el fuego rojo del breve crepúsculo, que Saigón es incomparable, único. Es entonces cuando cae más nutrida la lluvia de las flores de los tamarindos; cuando huelen más intensamente las magnolias; cuando la luz de los focos hace resplandecer, en una visión de ensueño, a las mujeres que pasan, blancas y amarillas, hermosas ambas, ambas impúdicas, caminando con una dejadez lúbrica, y todas ofreciendo sus bocas húmedas y sus senos temblorosos. Es la hora en que el olor del ajenjo de las copas, se mezcla al aroma de la sudorosa piel femenina, al perfume acre de la tierra mojada, al hálito áspero de brea y alquitrán que viene de los muelles, a la pimienta del betel, a las emanaciones de los hibiscos y de las mieles chorreantes de las frutas maduras y todo ello forma esa especialísima atmósfera de Saigón, sólo de Saigón, que es como pebetero de oro en que se queman todas las mirras, como fanal en que se consumen todas las ansias.

I N D I C E

Entre las arecas de Cochinchina

La presente edición consta de 3.000 ejemplares. Este libro se terminó de imprimir el 5 de julio de 1974, en los Talleres de la Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación. San Salvador, El Salvador, Centro América.